

EL ESPAÑOL

3 Ptas.

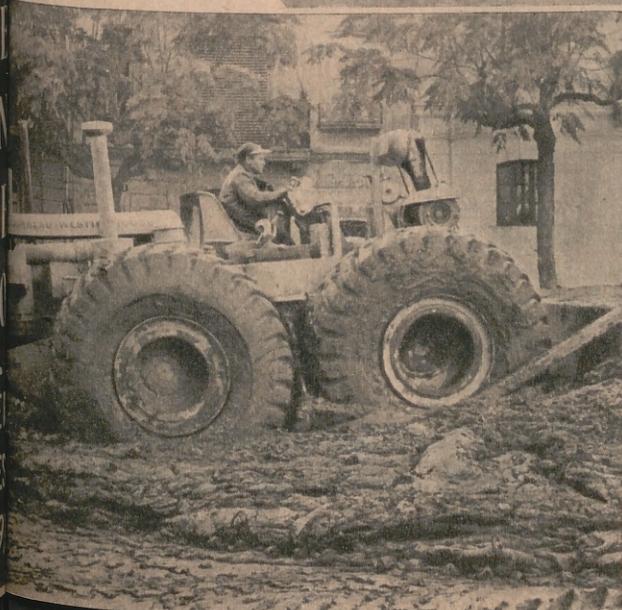
SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 3 - 9 noviembre 1957 - Dirección y Administración: Pinar, 5 - II. Época - Número 466

La campaña de Valencia

PARA CADA
PROBLEMA
LA MEJOR
SOLUCION

SE MOVILIZAN
TODOS LOS
RECURSOS



Los días españoles del Presidente Chamun (pág. 7) * viaje por América del director del Instituto de Cultura Hispánica (pág. 10) * Christian Dior, el «Napoleón» de la moda (pág. 13) * De cocina en cocina, por toda España Entrevista con Luis Antonio de Vega (pág. 17) * La última evasión de Kelly (pág. 21) * El valle de Albaida (página 24) * «¿Se puede comulgar a cualquier hora de la tarde?», por Timoteo de Urquira, C. M. F. (pág. 29) 700 millones de analfabetos en el mundo (pág. 32) * «¡Fe no es un grito», por Henry Dumery (pág. 34) * Adoró su casa con flores y plantas (pág. 47) * Se levanta la vec de caza mayor (pág. 50) * Relevo de mariscales rojos (página 57)

LAS MANZANAS DE LA «ASUNCION»
Novela por Laureano Gómez Moya

EUBRONQUIOL

LUBRICA BRONQUIOS Y PULMONES,
CORRIGE LA TOS Y FACILITA
LA EXPULSION DE LOS
EXUDADOS



GRIPLE

En el período inicial, cefalálgias, tos, fatiga, angustia, dolores articulares, antes que la fiebre acuse la posible gravedad, puede detenerse la invasión microbiana con **EUBRONQUIOL**

CATARROS

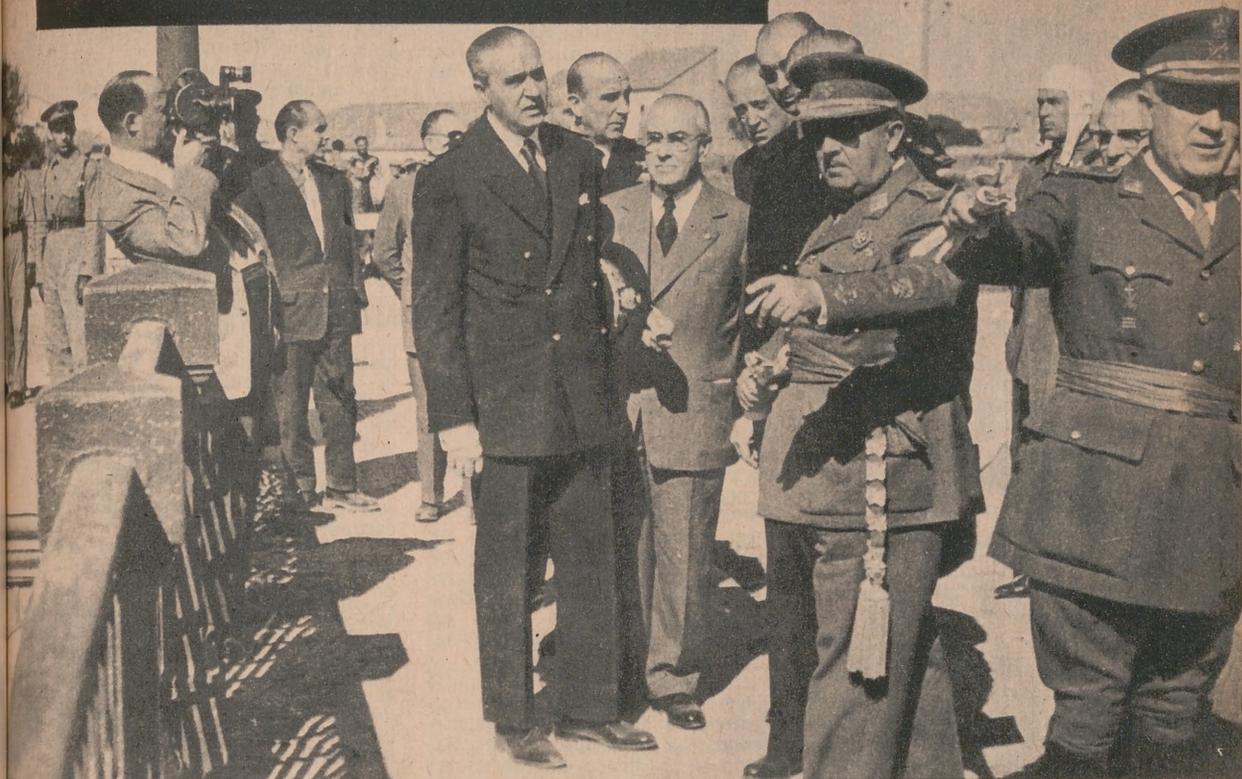
Desde el nasofaríngeo al pulmonar, se alivian, y aun se cortan, desinfectando la extensa mucosa respiratoria y fluidificando los exudados patológicos con el balsámico **EUBRONQUIOL**

BRONQUITIS

Cualquiera que sea su forma, seudomembranosa, capilar, fétida, crónica o aguda, encuentra rápido paliativo con un antiséptico broncopulmonar de la eficacia de **EUBRONQUIOL**

EL MAS EFICAZ COADYUVANTE DE LOS ANTIBIOTICOS

LA CAMPAÑA DE VALENCIA



Franco toma contacto directo con los problemas de Valencia y da las órdenes precisas para remediarlos

**PARA CADA
PROBLEMA
LA MEJOR
SOLUCION**

**SE MOVILIZAN
TODOS LOS
RECURSOS**



El Caudillo, con el Ministro Secretario General del Movimiento, visita a las familias damnificadas

—ES Franco, que viene a Valencia.

En el claro mediodía del jueves 24 de octubre—polvo, sudor y lágrimas en las calles, en los barrios, en los huertos de Valencia—ha corrido la noticia con fuerza, con esperanza. Han pasado diez días desde que las aguas tristes del Turia se llevasen por delante la vida, la hacienda y la alegría de muchos hogares valencianos; han pasado diez días, y desde aquella noche trágica, visión espectral de las catástrofes,

se han ido serenando poco a poco las situaciones, han ido llegando los auxilios, va volviendo lentamente la calma donde todavía es tiempo justo de dolor.

Pasaron los momentos de las aguas bravías, los instantes del salvamento heroico, los minutos del rescate de las vidas en peligro; ahora, jueves 24 de octubre, comienza verdaderamente la batalla por la paz, la lucha por la normalidad.

El Caudillo, sabedor de los esfuerzos de sus hombres, ha llegado a Valencia para ser su mano diestra, su mano generosa, su mano sacrificada, la que trace la línea por la que Valencia volverá a ser lo que ella fué. Sólo queda, como diría Franco, el recuerdo de los que murieron; para ellos está mejor que nada la ofrenda espiritual de las oraciones de todas las conciencias.

Viernes 25 de octubre, once de

la mañana. Corre por la ciudad un entero aire de seguridad y de buenaventura.

—Franco ha llegado a Valencia.

Ahí están en las calles los valencianos—palas, picos y azadones—quitando el barro que las aguas trajeron; ahí están, en las calles, recordadas, en la claridad del cielo, las casas derrumbadas, las casas que se llevaron a los hombres; ahí están, en los campos cercanos, en las huertas entrañables, la tierra estéril tumada sobre las acequias; ahí está presente la sombra de la desgracia.

Por las calles de Valencia, hoy viernes, once de la mañana, se ha sentido el tremendo escalofrío de los acontecimientos. Desde la Puerta de Capitanía—a su derecha y a su izquierda una raya blanca a la altura de dos metros y medio sirve de indicio a la inscripción «Altura de la riada. 14-10-57» que allí reza—, por la plaza de Tetuán y el puente del Real, una fila de automóviles avanza, entre nubes de polvo levantado, a la Alameda. En el primero va Francisco Franco; junto a él, el Alcalde de la ciudad.

—Allá al fondo, señor, de la avenida del Puerto, en la Escuela de Aprendices de la Unión Naval de Levante, hay 538 refugiados de la zona de Nazaret.

Francisco Franco ha penetrado en el edificio. Francisco Franco tiene húmedos los ojos y apretada la voz. Francisco Franco habla con su pueblo, con sus hombres, con sus mujeres, con sus niños. Francisco Franco está con ellos, allí, al lado de sus angustias, de sus necesidades. Y en sus palabras hay para todos, la plena seguridad y la entera confianza de que contra la voluntad de España nada pueden las desgracias de la Naturaleza. Cuando el Jefe del Estado habla así bien saben los vecinos de Nazaret que es el Caudillo el que personifica a la Patria. Una mujer se ha adelantado y se ha arrodillado junto al Caudillo. Mejor aún, se ha querido arrodillar, porque Franco no la ha dejado.

Hay lágrimas de gratitud en las palabras de la mujer:

—Gracias por todo el bien que nos haces, señor.

El Caudillo le ha preguntado por sus familiares, por su casa, por la de sus vecinos, por las del barrio entero.

Cuando Franco ha dejado la Escuela de Aprendices allí ha quedado la mujeruca valenciana, de rodillas, las manos en oración:

—Bendícete, Dios mío, bendícete y conserva su vida, que es todo lo que nos queda.

EL CAUDILLO ENTRE SU PUEBLO

En el puente de El Campanar, en el puente que une el poblado de dicho nombre con La Pechina, en aquel mismo lugar donde puede decirse que comenzó la riada, Franco ha permanecido cerca de media hora. Al lado de las palabras de explicación Franco ha estado contemplando con sus propios ojos todo el panorama de la huerta. Y a los pormenores de

los técnicos el Caudillo ha ido poniendo palabras de remedio y de medida.

Son ahora las cinco de la tarde. El Caudillo está otra vez entre su pueblo. Ha visitado el barrio del Carmen—la calle de Navellos, la plaza de la Virgen, las calles de Caballeros y el Tosal—y ha echado pie a tierra en la plaza de San Jaime. Al lado del Jefe del Estado va el Alcalde de la ciudad explicando la odisea. En las azoteas, en los balcones, la ciudad, agradecida, emocionada, vitorea a su Caudillo. Luego ha seguido por las calles de las Barcas, Pascual y Genis, Lauria, Colón, Grabador Esteve y Gran Vía del Marqués del Turia hasta el puente de Aragón. El Caudillo ha podido contemplar el trabajo de las grandes máquinas icescombradoras; el Caudillo ha correspondido, abierta la mano, al saludo de las brigadas que, pala en mano, continuaban quitando el barro.

Franco ha salido al campo. Si antes viera la ciudad si antes tuviese órdenes, orientaciones y sugerencias para la más rápida recuperación de la capital, el Caudillo de España está ahora en otra parte de Valencia que también supo de la desgracia.

Por la carretera del monte Olivete, camino de Las Moreras, aparece El Racón, un labrantío. Franco ha descendido y ha llamado a un grupo de labradores que permanecían junto a su tierra. Se ha acercado junto con todos; pero, casi como representación de los hombres de aquella tierra, un hombre de sesenta años, curtido su rostro por largos soles, menudo y firme, se ha destacado. El Caudillo le ha preguntado por su problema, por las soluciones que pensaba, por las dificultades que presentía. Enrique Navarro Mocholi, hombre de Valencia, ha pedido disculpas por hablar en valenciano. Mas el Caudillo ha hablado con él sin necesidad de otras personas, de hombre a hombre.

—Tengo cuatro hanegadas cubiertas de arena en exceso. Trabajando rápidamente trasladaré a una sola hanegada el sobrante de las otras tres que pondré inmediatamente en cultivo; la tierra de la otra hanegada no me preocupa, ya se la llevarán para otro sitio o para la construcción.

Franco le ha dado la mano. Y se la ha apretado fuertemente, porque en las palabras del labrador valenciano había un decidido ímpetu de resurgimiento.

Son las doce de la noche. Están encendidas las luces de Capitanía General. Allí, en un despacho, Franco sigue recibiendo Comisiones, o yendo pareceres, anotando problemas. Entre Comisión y Comisión, de aquel mismo despacho salen ya las órdenes precisas, tajantes, eficaces.

Valencia va a empezar otra vez a vivir.

UN MINISTRO SOLO PARA VALENCIA

Este mismo día el Jefe del Estado firma un Decreto. Un Decreto en el que se hace constar que, en virtud de los daños sufridos por Valencia y demás localidades afectadas por las inunda-

ciones, y dado que ya han sido desde el primer momento puestas en práctica órdenes y medidas de urgencia para remediar los peligros más inmediatos, es necesario canalizar las que se pueden dictar en el futuro con el fin de reparar cuanto antes los perjuicios causados y volver lo antes posible a la normalidad, tan lucuosamente alterada.

«Artículo único. Al Ministro sin cartera don Pedro Gual Vilalbi, en tanto las circunstancias lo aconsejen, se le designa Delegado permanente pro reparación de los daños de Valencia, el cual formulará ante el Consejo de Ministros cuantos informes y propuestas requieran las consecuencias de aquella catástrofe, especialmente lo que pueda favorecer la acción coordinada de las distintas Corporaciones ministeriales, manteniendo íntimo contacto con la provincia y con la Junta de Autoridades en ella constituida, ampliada con aquellas otras o con las representaciones que se estime convenientes.»

Un Ministro del Gobierno español queda en Valencia destacado, como personal centinela del Caudillo, para velar por el futuro de la economía valenciana.

Bajo la presidencia del Jefe del Estado, aquel mismo día también se habían reunido en Valencia los Ministros del Ejército, Hacienda, Gobernación, Agricultura y Secretario General del Movimiento, reunión que versó única y exclusivamente sobre los problemas venideros de la capital valenciana. Porque para los problemas pasados ya habían sido puestos con rapidez los medios precisos, unos medios que también tendrán su vigencia a largo o a corto plazo, según lo requieran.

EL EJERCITO Y FALANGE, EN LA VANGUARDIA DE CHOQUE

Desde el momento que se supo la magnitud de la catástrofe de la capital valenciana se pusieron en acción cuantos medios oficiales y privados podían reportar un beneficio a la capital dañada. En este sentido es de destacar con toda justicia cómo los distintos Departamentos ministeriales españoles han dedicado sus órdenes y tomado sus medidas en el momento preciso para remediar el mal.

Así, por ejemplo, el primer convoy con víveres, ropas y medicamentos, que llegó a la capital valenciana a mediodía del martes 15 fué el de la Comisaría de Abastecimiento, y Transportes del Ministerio de Comercio, que partió de Madrid la misma tarde del día 14, envió al que luego siguieron las ayudas de no sólo todas las provincias, sino de muchas entidades extranjeras.

En esta batalla valenciana los hombres, integrados en los equipos de salvamento, han sido tal vez los que palpablemente más han sentido y sabido del dolor y del sacrificio. Y en esta historia el Ejército español, junto con los muchachos valencianos del S. E. U., del Frente de Juventudes y las jóvenes de la Sección Femenina, ha sido el que desde el primer momento operó en la vanguardia para el rescate de vidas y hogares. Y no ya las operacio-

ros de alojamiento—en las caseríos donde hay Cuerpos, como la Guardia Civil, en los que algunos de sus miembros perdieron su propia vida por salvar las de los demás—, sino en las horas de calma, estableciendo cocinas de campaña, como esas cinco servidas por ex combatientes de la División Azul—, como esos soldados que se han negado a ser evacuados en uso de su reglamentario permiso hasta que no llegasen sus correspondientes relevos; como esos veinte trenes y otros tantos convoyes militares por carretera, donde vinieron con medios y maquinaria especiales dos regimientos de Fortaleza, un batallón de Infantería, un batallón de Zapadores, cuatro secciones de Caminos y dos unidades de Puentes, sin contar los cien barracones que el Servicio Militar de Construcciones envió desde Madrid para ser instalados en el barrio de la Malvarrosa, así como la reparación y arreglo de pabellones y edificios que a su específica jurisdicción han cometido.

En la Orden general extraordinaria del Ministro del Ejército a la guarnición valenciana hay un párrafo que dice: «Sé de vuestro comportamiento en estos días de prueba. Conozco casos heroicos de oficiales y soldados... Me consta vuestra abnegación de todas horas.»

Valencia entera, es la verdad, puede dar fe auténtica de las palabras.

YA HAY NUEVAS VIVIENDAS EN LUGAR DE LAS DESAPARECIDAS

Desde el primer momento el objetivo de dotar de nuevas casas a los que las perdieron en la riada ha sido preocupación esencial del Ministerio de la Vivienda. Fué el mismo director general de la Vivienda en persona, don Vicente Morles, el que inmediatamente estableció su despacho en el Ayuntamiento valenciano y trazó las primeras líneas de las futuras edificaciones. De tres fases consta el plan: viviendas de construcción urgente, muchas de las cuales han quedado solucionadas antes de que se terminase este mes de octubre, y que sirven para dar alojamiento a los miles de refugiados en la Lonja del Pescado, en la del Puerto, en

la M. estrari, en el Seminario o en otros locales habilitados a tal fin; viviendas de realización inmediata para las cuales ya han sido situados los terrenos y cuyas obras han comenzado ya, y por último, viviendas en general de la ciudad.

En el plan, como es lógico, se ha seguido el criterio de, en lo posible, llevar las nuevas casas a partes altas de la ciudad, teniendo en cuenta, no obstante, la proximidad de los lugares de trabajo. Se ha desechado el barrio de Nazareh por lo que de peligrosidad para un fuero pudiera presentar. Mas para todas ellas el Ministerio de la Vivienda ha gestionado las máximas facilidades en la entrega de materiales de construcción y ha dado solución de urgencia a todos los trámites habituales.

El mismo Director General de la Vivienda realizó un llamamiento a los valencianos con el fin de obtener solares, no ya de forma gratuita, sino en justas condiciones de venta, eliminando de esta manera las posibles tentaciones de especulación que pudieran surgir. A este llamamiento, inmediatamente respondido, hubo quien escribió: «Apenas han sufrido mis tierras, mi familia, nada. Quiero corresponder a esta gracia y regalar a los que han perdido sus casas un solar cerca de la mía para construir cincuenta.»

Por parte del Ministerio de la Gobernación se ha ordenado el urgente trámite de todo expediente de obras o adquisiciones para la construcción, reparación o reposición de edificios e instalaciones perdidos o dañados por la inundación, con dedicación preferente a tal finalidad de los créditos correspondientes.

PARA TODAS LAS CALLES LA CATEGORIA DE UNA CARRETERA DE URGENCIA

Las calles de Valencia han visto estos días moverse incansablemente las grandes palancas de las máquinas gigantes. El mismo martes día 15 ya llegaron las primeras máquinas del Ministerio de Obras Públicas. Apenas se supo la noticia, a la Dirección General de Carreteras fué ordenado el desplazamiento a Valencia del ingeniero encargado de la maqui-

naría, el cual, a la vez que se hacían los oportunos estudios sobre el terreno ordenaba la traída de todos los lugares de España de aquellas máquinas que eran necesarias para la ciudad valenciana, suspendiendo incluso muchas obras en las que estaban empleadas. Las acequias de riego de la huerta, las de Benaguacil, Lorca, Mestalla, Moncada y Tormos, así como las de la margen derecha: Cuarts, Favar y Mislata han sido ya limpias, o están a punto de serlo, de aquellos aterramientos de siete y ocho metros de altura que podrían poner en peligro, si la operación no hubiese sido realmente con esta rapidez, aquella riqueza agrícola que no estaba afectada por los temporales.

Junto a la reconstrucción y reparación de toda la red de acequias y desagües se establecerán las obras de defensa y limpieza de los canales. A todos estos trabajos, realizados por el Ministerio de Obras Públicas por cuenta exclusiva del Estado, se añadirá maquinaria para acelerar obras fundamentales para la construcción del pantano de Loriguilla—contraembalse del pantano del Generalísimo—, que tendrá por misión retener el caudal del río Chelva. Asimismo las obras de encauzamiento del río Turia por Valencia serán notablemente aceleradas, uno de cuyos trozos se acaba precisamente de subastar.

Las calles de la capital, pues, van a ser consideradas como carretera destruida en cuanto se refiere al pavimentado de aceras, jardines, alcantarillado y puentes.

PARA MIL MILLONES PERDIDOS, CREDITOS ESPECIALES A LARGO PLAZO

Ese campo que Francisco Franco anduvo por sus propias piernas y vió con sus propios ojos, ya hacía días que estaba presente en todo el gran conjunto de disposiciones legales que han surgido al triste conjuro de la desgracia valenciana.

A los cinco días, desde Barcelona llegaba para Valencia, salida del primer Consejo de Ministros después de la catástrofe, la noticia de la concesión de auxilios económicos con carácter urgente y de preferencia por la



Largas hileras de camiones transportando toda clase de productos llegan constantemente a Valencia

cuantía inicial de ciento cincuenta millones de pesetas a través del Instituto Nacional de Colonización para recuperación de terrenos agrícolas y reconstrucción de viviendas y dependencias de los terrenos afectados; la autorización al Servicio Nacional del Crédito Agrícola para otorgar préstamos en cuantía inicial hasta ciento cincuenta millones de pesetas, a fin de que los agricultores puedan atender a la implantación de nuevos cultivos; la orden de trabajos de repoblación y corrección hidrológicoforestal en la cuenca baja del río Turia realizados por el Patrimonio Forestal del Estado, con el fin de evitar las inundaciones y la erosión por los arrastres y la aportación de suministros especiales y extraordinarios de semillas, abonos, insecticidas y demás elementos precisos para la total recuperación agrícola.

Fué el mismo Ministro de Agricultura el que telefónicamente dió órdenes para que bajo el mando del director general del Instituto de Colonización se formase un parque especial de maquinaria agrícola. Parque que llegó a reunir catorce tractores de potencia media, seis palas mecánicas montadas sobre tractor, seis volquetes, una grúa móvil para cambios de emplazamientos de las bombas, de lodos, dos camiones cisternas de 3.500 litros, dos plataformas de treinta y cinco toneladas, un taller móvil y ocho unidades de transporte y enlace. Este gran parque, junto con la maquinaria de Obras Públicas, ha sido el ejército mecánico que ha dado la batalla contra el agua y el barro del campo de Valencia.

Esos mil millones de pérdidas de la economía valenciana serán paliados casi en su totalidad por auxilios económicos para obras, trabajos de recuperación y restablecimiento de terrenos agrícolas, plantaciones y reconstrucción de viviendas y dependencias rurales y demás mejoras permanentes, que con carácter urgente concederá el Instituto Nacional de Colonización, auxilios en los cuales podrán entrar la participación del parque de maquinaria agrícola con los equipos de movimiento de tierras necesarios para atender todas las peticiones y trabajos de recuperación de terrenos agrícolas y reconstrucción de elementos de riego.

EN UN AÑO NO SE PAGA CONTRIBUCION ALGUNA

Tres días después de que ocurriese la riada, el Jefe del Estado, a propuesta del Ministro de Trabajo y previa deliberación del Consejo de Ministros, firmaba un Decreto concediendo subsidios contra el paro a Valencia. De esta manera los trabajadores valencianos no dejarán ni un día de percibir sus salarios y las Empresas no verán mermada su economía partida.

Si para los obreros fueron subsidios, para los propietarios rústicos o urbanos, industriales o comerciales, tuvo también en la misma fecha el Gobierno del Caudillo atención precisa. Y en aquel mismo día el Jefe del Estado firma un Decreto Ley por el

que se concede Moratoria Fiscal para el pago de la contribuciones Territorial, Rústica, Urbana y de Comercio que a ven respectivamente fincas rústicas urbanas o instalaciones o explotaciones industriales y comerciales que hayan sufrido daños por causa de los temporales en la ciudad de Valencia o municipios afectados de dicha provincia. La Moratoria comprende las contribuciones que corresponden cobrar en el cuarto trimestre del presente año y en los primeros, segundo y tercero de 1958. Asimismo se concede Moratoria para las demás obligaciones de pago que comprenden créditos hipotecarios y pignoraticios, amortizaciones e intereses vencidos o que venzan en el período del 14 de octubre al 28 de febrero próximos, cuando los bienes gravados con hipotecas o constituidos en prenda hayan sufrido daños. Asimismo gozarán de Moratoria los créditos de todas clases contra personas o entidades que hayan sufrido disminución en su capacidad de pago como consecuencia de los recientes temporales.

También se concederá Moratoria para los Seguros Sociales y las prestaciones extrarreglamentarias de las Mutualidades Laborales se destinarán a aquella provincia.

UN SERVICIO ESPECIAL PARA EL COMERCIO VALENCIANO

El comercio valenciano, en la parte que se refiere no sólo a la capital, sino al campo en general, ha quedado gravemente dañado con la riada. Si antes fueron las medidas fiscales, laborales o de mecanización lanzadas por otros Ministerios, el Ministerio de Comercio ha tomado sobre sí la organización absoluta y total del nuevo comercio de Levante. En el Ministerio está al frente del Servicio de Ayuda a Valencia un hombre especializado, Florencio Sánchez, que a través de su contacto con la Delegación Regional de Comercio será el fondo eficaz en el resurgir de Valencia. Al lado de este Servicio de Ayuda funciona también desde el primer día la ponencia nombrada por el Gobernador Civil y Jefe Provincial del Movimiento e integrada por el Delegado de Sindicatos, presidente del Instituto Valenciano de Economía, Vicesecretario de Ordenación Económica, secretario del Ayuntamiento y oficial técnico de la Diputación Provincial.

Junto con el comercio, la Banca. Además de la facilitación de crédito a plazos y en condiciones asequibles para todas las Empresas damnificadas, se ha procurado especialmente la rapidez y la estrecha colaboración entre la Banca y el Estado. El Decreto-Ley sobre Moratoria es rebasado en cuanto a los plazos de aplicación. Asimismo se ha dispuesto la habilitación de los medios económicos precisos a fin de que los trabajos se realicen con la mayor urgencia.

Por otra parte, en cuanto a las reclamaciones por siniestro, cinco días después de la catástrofe, el director general de Banca y Bolsa e Inversiones comunicaba: «El Consorcio de Compensación de

Seguros, en su reunión celebrada en el día de hoy, y vistos los informes de carácter oficial recibidos en relación con la inundación de Valencia, considera que los daños causados se encuentran protegidos por la disposición especial señalada en el apartado A) del artículo 3.º de la Ley de 16 de diciembre de 1954. En su consecuencia, los damnificados asegurados con la póliza vigente del Seguro podrán formular sus reclamaciones de siniestro ante las respectivas Compañías para su tramitación reglamentaria.»

LA ACCION ALERTA DE LOS SERVICIOS DE SANIDAD

Mas junto a estas medidas, todas ellas tomadas en el primer minuto, han sido los servicios sanitarios los que se han mantenido más alerta y más en acción constante para prevenir todo brote epidémico. El mismo lunes, por indicación del Ministerio de Trabajo, el director general del Instituto Nacional de Previsión, don Luis Jordana de Pozas, disponía las órdenes oportunas para poner todos los elementos sanitarios y la asistencia del Seguro de Enfermedad al servicio de los dañados, así como, en colaboración con los Servicios Militares de Sanidad, disponer la instalación de ambulatorios provisionales para atender en todo momento a los que necesiten auxilio. Igualmente, todas las residencias sanitarias de las provincias limítrofes estaban en continuo estado de alarma.

Al lado de ello los guías de Montañeros del Frente de Juventudes fueron desde el primer momento los que se encargaron, junto con las correspondientes brigadas de limpieza, de retirar los animales ahogados y con peligro de descomposición.

UN BORRIQUILLO: MAS DE CIEN MIL PESETAS

Después ha estado la ayuda generosa, en metálico o en especie, constante y diaria, de todos los españoles hacia Valencia. Han sido, primero, las suscripciones abiertas en los Gobiernos Civiles de todas las provincias, que han aumentado extraordinariamente en el plazo de pocas horas. Y otras veces, las suscripciones espontáneas o aquellos medios arbitrarios, tales como subastas, para engrosar fondos.

Así, por ejemplo, en el bautizo de dos niños, hijos de refugiados acogidos en el Colegio de San José, se efectuó una puja organizada con la brigada volante en el fin de recaudar fondos en favor de los damnificados. El objeto de la subasta fué una moneda de diez céntimos, que en virtud de generoso ofrecimiento se adjudicó en la cantidad de dos mil pesetas.

Otras han sido subastas de más amplitud, como esa de Radio Juventud, de Murcia, en la que se subasta un borriquillo, «Platero II», por cuya propiedad se ha rebasado la cantidad de las cien mil pesetas. Ahí está también ese balón subastado en Molina del Segura y tantas y tantas muestras de ingenio en favor de los dañados valencianos.

Valencia, pues, está amparada. Con ella, todos los hombres de España. Valencia emplea otra vez a ser Valencia.

VISITA DE AMIGO

LOS DIAS ESPAÑALES DEL PRESIDENTE CHAMUN

EL LIBANO
puente cultural
entre Oriente
y Occidente



El Jefe del Estado español y su esposa reciben al Presidente del Líbano y señora de Chamun

EL Presidente de la República libanesa es en persona igual a la estampa que habían anticipado las fotografías de Prensa. Camilo Nemer Chamun hace su entrada en Madrid vestido de paisano, con traje oscuro de línea irreprochable, camisa blanca y corbata negra. Es un político que por sus modales y su porte más recuerda a la diplomacia clásica que a esa otra que tanto usa y abusa ahora de la palabra hiriente, del gesto descortés y de la actitud amenazadora.

«Qu'il est beau!» fué el primer comentario que el periodista francés Eduardo Sablier hizo de Camilo Nemer Chamun cuando le vió en Beirut. De elevada estatura, atlético, dinámico, de rasgos distinguidos, los americanos han dicho del Presidente libanés que por su presencia física destacaría entre las figuras elegantes que ha popularizado Hollywood.

Tras esas cualidades físicas hay todo un estadista prudente y experto. Por primera vez en la historia del país su elección para la Presidencia de la República se hizo por unanimidad en el seno de la Cámara. De un total de 77 diputados estaban presentes 74, y de las urnas salió un solo voto en blanco: la papeleta que por sus propias manos aca-

baba de depositar Camilo Nemer Chamun. Desde entonces, a partir del 22 de septiembre de 1952, el Líbano está representado por este hombre de Estado culto y ponderado. Su proclamación para la más alta magistratura es la culminación de una vida dedicada al sacrificio por la independencia libanesa, por su estabilidad como nación y por su prosperidad. Porque a Camilo Nemer Chamun le ha tocado vivir los azarosos días de la lucha por la existencia del Líbano como Estado, pasando del dominio otomano y del mandato francés a ser un país soberano. Esta es la trayectoria política del Líbano durante los años que van desde 1920, cuando nace en la pequeña localidad de Deir El-Kamar el actual Presidente, hasta noviembre de 1943, cuando el país ve reconocida su independencia.

EL LIBANO, UNA CARTA JUGADA POR OTRAS POTENCIAS

No podía sospechar el pequeño Camilo Nemer Chamun, al correr por los alrededores del palacio de Beit-Eddine, en su pueblo natal, que un día ese edificio, la más grande mansión de los emires en el Líbano, sería residencia veraniega del Jefe del

Estado y que él mismo lo ocuparía como huésped principal.

Aunque sus pensamientos no iban tan lejos, sus obras son las que pronto le ponen en ese camino. Desde muy joven dedica sus afanes y sus entusiasmos a la lucha por la independencia del país, sometido entonces a la soberanía turca. Su padre es figura destacada en ese movimiento político, actividad que acarrea a la familia no pocas dificultades y sinsabores.

La guerra europea de 1914-18 precipita los acontecimientos. El Oriente Medio se convierte en uno de los puntos neurálgicos de la contienda. El Imperio otomano abraza la causa alemana y entran en la guerra los territorios turcos propiamente dichos y sus posesiones de Siria, Palestina, Mesopotamia, Armenia y Arabia. El actual Líbano es entonces parte de Siria.

El año 1916 Camilo Nemer Chamun, en unión de su padre, son desterrados a Anatolia (Turquía) por considerar la Sublime Puerta que las actividades políticas del futuro Presidente eran peligrosas para el Imperio. Pero este exilio no sería duradero.

La guerra toca pronto a su fin. En 1918 las victorias logradas en Macedonia por el ejército de Franchet d'Esperey rompen el frente oriental organizado por Alemania, y los ingleses, que ven el portillo abierto, se lanzan a uña de caballo sobre Constantinopla para llegar los primeros y mover antes que nadie los hilos de la diplomacia. Esta delantera permite a los británicos entrar en negociación con el Gobierno del Sultán y obligarle a firmar

el armisticio de Moudros el 30 de octubre de 1918.

La obsesión de Londres sigue siendo entonces la salvaguardia de lo que considera el bujevar que conduce a la India. Todas sus maniobras diplomáticas alentadas por la derrota turca, se basan en la idea de ensanchar el glacis defensivo de la ruta imperial de la India hasta el Cáucaso y los Dardanelos. El Gobierno británico se esfuerza por obtener la desmembración casi total del Imperio otomano y por constituir sobre sus ruinas un sistema nuevo sometido a la influencia inglesa. Para ello intenta buscar el apoyo de los árabes y de los griegos.

Francia, que venía desempeñando el papel de protectora de los cristianos orientales, y que tenía en aquellos territorios intereses históricos, no puede ser dada de lado en la hora de la negociación y se le adjudican sobre el papel la Siria litoral (actual Líbano), la Cilicia, más un derecho de inspección sobre la región de Mosul. A Italia le asignan la zona de Adalia y la ciudad de Esmirna, mientras que a los griegos se les invita a ocupar militarmente las costas de Asia Menor. Los árabes reciben la promesa de un vasto reino. Todos estos convenios previos hacen laboriosas y difíciles las negociaciones para firmar la paz definitiva. El Líbano entonces es una simple carta jugada por unos y otros sobre el tapete de las conferencias.

LA DIPLOMACIA TEJE EL FUTURO DEL LIBANO

Mientras tanto, Camilo Nemer Chamun, de regreso a su país, entrecruza vínculos entre todos los sectores que claman por la independencia y por la soberanía. Sus partidarios van constituyendo una sólida fuerza que vela las armas en espera de la hora propicia para hacer valer sus derechos. Son momentos para perfilar una teoría política, para aunar voluntades y para propagar la idea hasta el último confín del país. Camilo Nemer Chamun es ya por esos días una figura relevante y popular en la nación, que se pone en marcha para alcanzar la meta de su libertad.

En el futuro del Líbano iba a ejercer influencia decisiva el artículo 22 del Pacto de la Sociedad de Naciones al establecer que entre los países liberados por la victoria aliada existían algunos que no estaban todavía en condiciones de gobernarse por sí mismos. Y se propugnaba como método ideal para el progreso de esos pueblos el confiar provisionalmente la tutela de los mismos a aquellas naciones que por razón de sus conocimientos, de su experiencia y de su posición geográfica estaban en mejores condiciones para garantizar esa responsabilidad.

El ajuste se hace, a duras penas, en abril de 1920, en la Conferencia de San Remo. Francia obtiene el mandato sobre Siria, pero de esta Siria tiene que separar la región petrolífera de Mosul, que es unida al mandato

confiado a la Gran Bretaña sobre Mesopotamia.

Por último, el 10 de agosto de 1920 se firma en Sévres el tratado de paz entre los aliados y la Sublime Puerta, tratado sumamente duro que pulveriza el Imperio otomano. Años después, el 24 de julio de 1923, Turquía firma el Tratado de Lausana, por el que renuncia definitivamente a Siria, Palestina, Mesopotamia y Egipto, pero conserva Armenia y recobra, a costa de los griegos, Jonia, Tracia oriental, Imbros y Tenedos. Los estrechos de los Dardanelos y del Bósforo son cerrados definitivamente. A partir de este momento será imposible ya a la Escuadra inglesa anclar delante de Constantinopla y penetrar en el mar Negro. Es el gran triunfo del caudillo Mustafá Kemal, a quien la Historia le conocerá por Atatürk. Para el Líbano se abre una nueva etapa histórica.

UNA BODA EN BEIRUT

Los territorios libaneses son parte de la zona de influencia francesa reconocida a este país por el Consejo de la Sociedad de Naciones.

Los libaneses, sin distinción de comunidades, ritos ni creencias, se mueven hábilmente para que se haga justicia a sus reclamaciones de independencia. En aquellos días una Delegación, presidida por el patriarca maronita Elías Hoyeck, se traslada a París para sostener la causa del país. Fruto de tales gestiones es el reconocimiento del «Gran Líbano», desde Nahr el Kebir hasta las fronteras de Palestina y las crestas del Antilibano. Después de este reconocimiento formal sólo faltaba el instrumento diplomático que reconociese la soberanía de tales territorios. Y en esta tarea trabaja día y noche Camilo Nemer Chamun.

El actual Presidente, por su formación cultural y por sus conocimientos de las leyes, destaca pronto entre la «élite» del país. Después de haber cursado estudios secundarios en el colegio de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, sigue las enseñanzas en una Facultad de Derecho francesa y concluye brillantemente la carrera en la Universidad de Beirut. Su cultura y su experiencia política facilitan su prestigio. La ininterrumpida actuación suya en el terreno de la abogacía y el constante estudio de las disciplinas jurídicas le proporcionan gran renombre, al mismo tiempo que se van acusando esas cualidades que perfilan su personalidad: claridad en los juicios, sólida argumentación y visión exacta de los problemas. Estas cualidades le abren el acceso a los puestos de mayor responsabilidad y destacan su nombre como jurista, político y figura de las letras.

Poco antes de ser elegido diputado por vez primera, contrae matrimonio en Beirut. A los treinta años se casa con una espiada y atractiva libanesa, nacida en la capital del país, hija de un súbdito de esta nacionali-

dad, y de madre inglesa. Tendrá recién terminados sus estudios en el colegio americano de Beirut, cuando Zelfa Tabet deja los libros para enfrentarse con las responsabilidades de un hogar cristiano, que llegaría con el paso del tiempo a ser el del Presidente del nuevo y moderno Estado del Líbano. Un hogar que pronto se incrementaría con dos hijos: Dory y Dany.

Zelfa Chamun iba a ser la más constante colaboradora de su marido, sin absorber esas tareas todo el dinamismo de su actividad creadora. La esposa del Presidente del Líbano proyecta sus desvelos en favor de los libaneses necesitados y gracias a ese trabajo es hoy una realidad la Asociación Benéfica de Ayuda a Ciegos y Sordomudos. En esta mujer tienen su más firme puntal todas las agrupaciones que cuidan del renacimiento del arte popular y de las antiguas tradiciones del Líbano. Camilo Nemer Chamun tiene todo el acierto de elegir a la buena madre de familia y a la buena esposa del hombre político.

CAMILO NEMER CHAMUN, MINISTRO LIBANES

El 2 de enero de 1934, Camilo Nemer Chamun es elegido diputado de la Cámara libanesa. El gran problema político que sacude al país en ese tiempo es el reconocimiento de su soberanía. El joven representante en Cortes colabora infatigablemente con los dirigentes del Movimiento de la Liberación Nacional para lograr ese objetivo tan deseado por todos.

Las negociaciones se llevan a París y tras vencer no pocas dificultades, el 9 de septiembre de 1936 se firma un Tratado que reconoce la independencia del Líbano y de Siria.

En ese acuerdo francolibanés se establecía un período de tres años para cesar la ocupación militar y se puntualizaban las garantías en favor de las minorías étnicas y religiosas.

Estas reclamaciones, los vaivenes de la política interna francesa y las graves alternativas de la política internacional que precedieron a la última guerra fueron retrasando la aplicación de aquel convenio francolibanés. La iniciación de la contienda relegó a un segundo plano el problema de la independencia del Líbano.

Camilo Nemer Chamun, entretanto, es reelegido diputado en todas las legislaturas. Así sucede en 1937, en 1943, en 1947 y, por último, en 1951. Pronto es designado para los cargos de máxima responsabilidad y del 21 de marzo al 1 de noviembre de 1938 desempeña la cartera de Hacienda. Para la del Interior y Comunicaciones es nombrado el 25 de septiembre de 1934, hasta el 3 de julio de 1944, en el primer Gobierno de la Independencia.

Porque es en noviembre de 1943 cuando el Líbano hace realidad sus aspiraciones tan largo tiempo sentidas, de ser un Estado soberano, libre y organizado. De pasar a la gran familia de las naciones independientes.

Pequeño territorialmente sí que es el Líbano: poco más de 10.000 kilómetros cuadrados. Una extensión inferior a la de la provincia de Murcia. Ese territorio, asomado todo él al Mediterráneo, está poblado por dos millones de habitantes. Y fuera del país existe otro Líbano formado por los ciertos de miles que escriben día a día la silenciosa epopeya de la emigración. En un número superior al millón se estima los libaneses que viven y trabajan en países extranjeros. En Estados Unidos hay 400.000; en Canadá han afinado 30.000; en México, 35.000. A lo largo y ancho de América del Sur hay distribuidos otros 520.000 libaneses y por África, Australia y Europa, 90.000 más. Cien mil viven por los países árabes y 16.000 en América Central.

Sin embargo, el orgullo y la mayor vanagloria de este nuevo Estado es que apenas existen analfabetos entre sus ciudadanos. Beirut, la capital, tiene para medio millón de habitantes, tres Universidades: la Nacional, la de San José y la Americana, con una matrícula superior a los 15.000 alumnos en conjunto. Salpicadas por el país hay más de 2.000 escuelas e institutos de Primera y Segunda Enseñanza, a los que asisten cerca de 300.000 discípulos. El Líbano, Beirut más concretamente, es un soberbio puente cultural entre Oriente y Occidente, tierra donde se citan filósofos, pensadores y literatos de todos los continentes. La nación libanesa es un abigarrado mercado donde se almacenan millones de libros, revistas y periódicos, visitado por compradores y lectores de los países limítrofes. Con sus dos millones de habitantes, tiene el Líbano 36 diarios, 43 semanarios, cuatro revistas mensuales y 87 publicaciones periódicas de carácter literario.

Tras ese brillante semblante cultural alienta un vivo «puzzle», armónicamente ensamblado, de ritos y sectas religiosas. Hay 17 de unos y otros entre los cristianos y musulmanes, cifra que supera a la de cualquier otro país, a pesar de la reducida población del Líbano.

Esa misma variedad de credos y prácticas imprime a la vida libanesa su sentido espiritual y cívico. En el país nadie es políticamente de derechas o de izquierdas, sino cristiano o musulmán. Dentro de estas dos grandes agrupaciones están los maronitas, los ortodoxos, los sumitas o los drusos. La labor de los católicos en el Líbano es un ejemplar exponente de eficacia y actividad. Allí funciona una de las mejores Universidades de los jesuitas: la de San José, que encierra entre sus claustros todas las Facultades y es la cantera de donde salen los médicos, abogados e ingenieros que luego ocupan muchos de los puestos más destacados de la Administración pública.

También católica, dependiente del Obispado maronita, es la «Escuela de Sabiduría», de enseñanza media. Los maronitas forman dentro de la Iglesia romana con ciertas peculiaridades, siendo la más notable la de poder ejercer el

sagrado ministerio aún habiendo contraído matrimonio. Viene a ser esta peculiaridad como una excepción al celibato en casos muy determinados, que actualmente han desaparecido casi por completo.

UN JEFE DE ESTADO CATOLICO EN LA LIGA ARABE

La armonía entre los fieles de las distintas religiones tiene su proyección en las normas políticas que imperan en el Líbano. Los cristianos de rito oriental son una mayoría que se aproxima al 53 por 100, pero nunca intentan basarse en ella para imponerse en las modalidades de la vida pública. Los musulmanes han adaptado también la tolerancia con base de la existencia social.

El reparto de los escaños en el Parlamento está fundado en el Confesionalismo, de acuerdo con el número de fieles que conculgan en cada religión. La costumbre ha preconizado que el Presidente de la República sea católico de rito maronista; el jefe del Gobierno ha de ser musulmán sunnita y el presidente del Parlamento, musulmán chiita.

Las elecciones, de acuerdo con las normas del sufragio universal, se celebran dentro de las comunidades respectivas. Cada grupo religioso elige el número de diputados que le ha sido adjudicado previamente. Cada representante corresponde a 30.000 habitantes y 5.000 electores. Hombres y mujeres tienen derecho y obligación de votar desde los veintiún años. Actualmente la Cámara está compuesta por 66 diputados.

El Presidente de la República, Camilo Nemer Chamun es católico y según las normas constitucionales fué elegido por la propia Cámara el mes de septiembre de 1952. Es así el Líbano el único país de la Liga Arabe que tiene un Jefe de Estado católico. Hace dos años fué recibido en audiencia oficial por Su Santidad, confirmandose con esta ceremonia las buenas relaciones diplomáticas del Vaticano con el Líbano. Es ésta la única nación de Oriente en la

cual tienen su residencia dos cardenales y precisamente los dos únicos miembros de rito no latino que tiene el Sacro Colegio Cardenalicio.

La visita de Camilo Nemer Chamun a Roma, es, sin duda, uno de los más relevantes acontecimientos diplomáticos en la vida del actual Presidente, en su larga experiencia política. Una experiencia que cuenta con la visita a la mayoría de las capitales del mundo árabe, a las distintas naciones americanas donde habitan importante número de libaneses y con la experiencia de tres años en la Embajada de su país en Londres y de haber presidido la Delegación del Líbano en la O. N. U. y en otros Congresos internacionales.

UNA AMISTAD TAN FUERTE COMO EL CEDRO

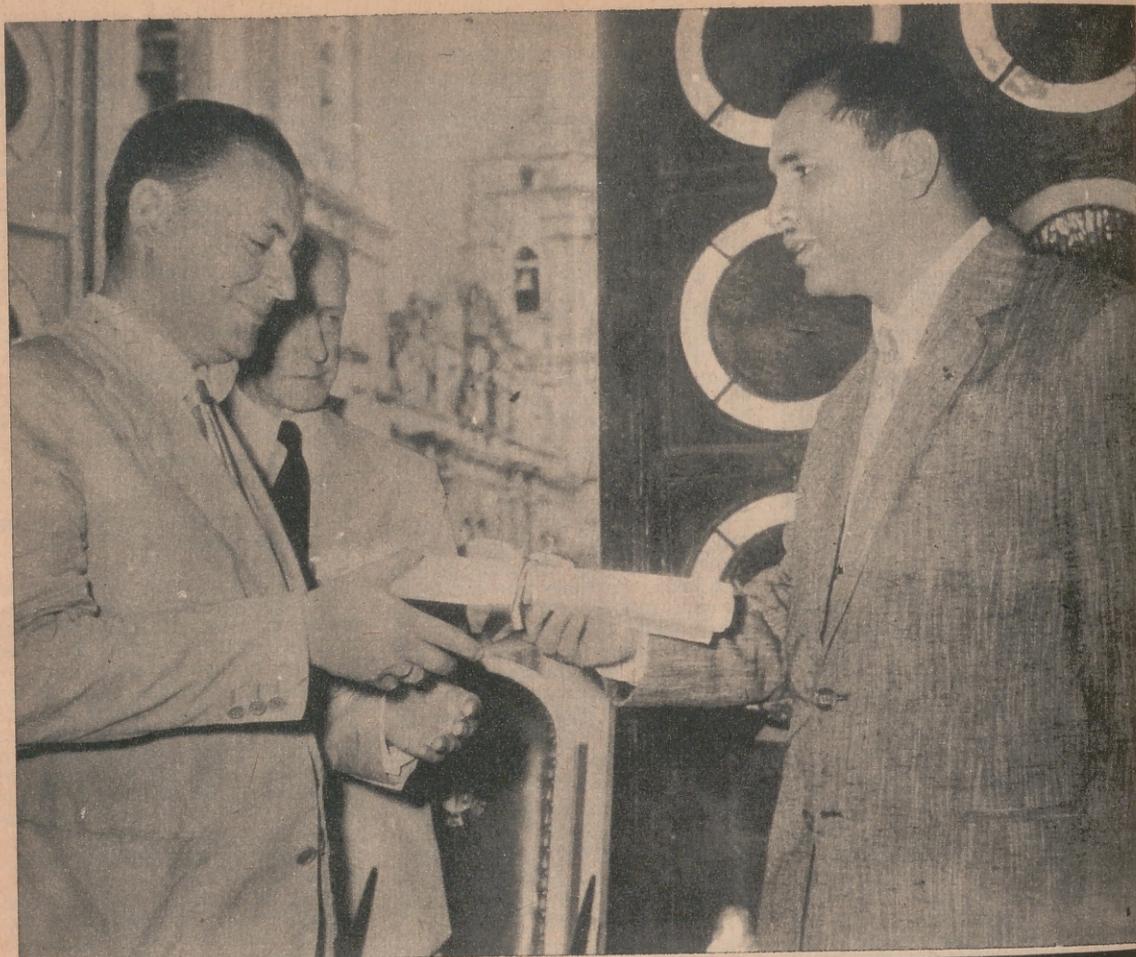
Su actual viaje a España confirma también las cordiales relaciones que siempre hubo entre los dos países. El Líbano defendió siempre nuestra causa, tanto en las Naciones Unidas como en la Liga Arabe. Pocos años después de conseguir su independencia, Beirut se hizo representar en Madrid a través de su Misión en la capital francesa, pero el 18 de julio de 1953 elevó al rango de Embajada su representación diplomática en la capital de España.

Como símbolo de esa amistad, Camilo Nemer Chamun trae a España el obsequio de cinco cedros libaneses, árbol cantado por la Sagrada Escritura y por la Liturgia, símbolo de fuerza y de hospitalidad, que es emblema de aquel país. Su madera sirvió para construir las quillas que repartieron por el Mediterráneo hasta España la civilización fenicia, y sirvió también para levantar el templo de Jerusalén. En frase del embajador libanés en Madrid, esos cinco árboles serán plantados «para que la amistad entre España y el Líbano sea tan duradera y fuerte como la madera del cedro».

Alfonso BARRA

Conversación cordial en un salón del Palacio de El Pardo





El presidente del Concejo Municipal de Panamá hace entrega a Blas Piñar del título de Huésped de Honor de la ciudad



Blas Piñar, director del Instituto de Cultura Hispánica, ha visitado recientemente nueve países hispanoamericanos

Y así, uno se explica el que en un rápido viaje haya taladrado, con toda precisión, una realidad tan heterogénea como la hispanoamericana.

Porque al abandonar el despacho de don Blas Piñar, director del Instituto de Cultura Hispánica,

EN SIETE SEMANAS NUEVE PAISES

EL VIAJE A AMERICA DEL DIRECTOR DEL INSTITUTO DE CULTURA HISPANICA

nica, no hay más remedio que agarrarse a la sencillez y al espíritu, abierto y franco, de este hombre, para tratar de penetrar en la Hispanidad. Lo que uno veía tortuoso y sin delimitar, aparece diáfano y definido.

Esa especial ingravidad que en él se adivina ha hecho posible el que en siete semanas saltase de un lado a otro del Nuevo Continente: de las praderas a las altas mesetas, del Atlántico al Pacífico. Siete semanas. Nueve países. Ocho jefes de Estado. Nueve ministros de Relaciones Exteriores. Nueve ministros de Educación. Numerosas visitas y conferencias. Un buen balance. Y todo, dando tiempo al tiempo.

—Con este viaje—habla don Blas Piñar, casi recién llegado—he querido visitar los países de Hispanoamérica que no conocía: las tierras y los hombres en su propio ambiente, directamente. Pero, sobre todo, los Institutos de Cultura Hispánica de aquel Continente. Aquel ambiente le envuelve a uno. Sitios había en que al salir de la Casa de España me tenía que meter en la de Asturias, en la de Galicia o en la de Be-tanzas.

—¿Se puede hablar realmente de un renacer de lo hispánico?
—Siempre está en el primer plano. Cualquier suceso que lo toque suscita mecánicamente una reacción en pro o en contra. La

indiferencia es imposible porque lo hispánico no puede vivirse más que como algo propio, sustancial. Y esta tensión y atención tiene más mérito si caemos en la cuenta de que la información que facilitan las agencias extranjeras en Hispanoamérica, silencia lo fundamental para dar nada más que lo anecdótico. Si aquí ocurre un accidente, pongamos por caso, un descarrilamiento o una catástrofe aérea, al día siguiente allí se conoce con pelos y señales; pero si lo que ha ocurrido es la realización de una gran obra como Avilés, Escombreras o cualquier otra, nadie se entera. En el lado constructivo, tanto de España como de los otros países hispánicos, todo procura silenciarse, no así en el aspecto negativo. Claro está que esto provoca una fuerte reacción en sentido hispánico.

Prueba de ello, según palabras del señor Piñar López, son los numerosos grupos que surgen, muy cualificados intelectualmente, que mantienen la bandera de este movimiento de rehispanización. Y no se crea que tales núcleos están encuadrados en un molde rígido. No; sus tendencias—siempre dentro de lo hispánico—son de una gran amplitud ideológica en diversos campos.

LO INDIGENA Y LO HISPANICO

La existencia de un movimiento de rehispanización es señal indudable de un fuerte tirar en sentido contrario, de un ataque a la Hispanidad.

—Existe el error—y la mano derecha de don Blas Piñar no cesa de accionar—de creer que la Hispanidad es algo que nació de 1936 para acá, cuando la realidad es que el hispanismo es cosa de América, de los americanos, creada por ellos y aquí perfilada; la instauración del Día de la Raza es cosa de allá; el himno de la Hispanidad, también, y centenares de facetas. Con respecto a esto se pueden distinguir tres tipos de países: los que ven en la Hispanidad un disfrazado imperialismo de España, tendencia que ya está siendo superada; aquellos que no hablan de ese imperialismo, pero sí de un medio para tratar de introducir ciertas ideas políticas, tendencia que también se va abandonando y, finalmente, los que creen que la Hispanidad se opone a lo indio, que trata de eliminarlo, cosa absurda que nunca ha ocurrido, sino que ha habido toma de contacto, de la cual surge, como algo nuevo y distinto, lo hispánico.

Y esto tan es así, que cualquiera que se tome la molestia de consultar algunas obras y monografías sobre Hispanoamérica podrá leer la conclusión a que llegan la mayor parte de los tratadistas de que el antiindigenismo surgió en América después de la Independencia. Con anterioridad a esta fecha era algo que no tenía razón de ser.

—Con respecto a eso que me insistía usted—comenta el director del Instituto de Cultura Hispánica—le diré que la clave tal vez se halle en la misión evangelizadora que dimos a nuestra colonización en América, claramente di-



ferenciada de la de otros países. No hay que negar que hemos tenido errores, pero el balance es asombrosamente positivo.

—¿Y el elemento indígena no podría hermanar y unificar a los países americanos?

—Imposible; no puede haber una hermandad india, ni podría haberla por su gran diversidad. Lo único que aglutina a todos estos pueblos es lo hispánico. En este aspecto, los que presentan la bandera del indigenismo tratan de asociar con tintas marxistas los rescoldos de luchas de clases y odios de razas.

En este aspecto de los posibles roces entre lo hispánico y lo indígena es definitivo el hecho que ocurrió en cierto país de Hispanoamérica en que se trató de crear una Universidad para los indios, con la mejor buena fe, desde luego. Ya estaba todo dispuesto, cuando la sensata reacción de un estudiante de aquel país hizo ver que tal cosa daría lugar a un problema de discriminación racial que nunca había existido en la América hispana, puesto que en Universidades y colegios nunca se habían tenido en cuenta las diferencias de razas. El problema es ajeno y extraño, desde siempre, en aquellas latitudes. Su casuística, siempre que se ha tratado de presentar, era producto de importación.

—¿Qué diferencias de matices, o tal vez de contenido, puede haber entre la Commonwealth, ciertos «pan» y la Hispanidad?

—Las veo totalmente diferenciadas. La primera, ya se sabe, es una comunidad especial para tratar de salvar un Imperio basándose en una fórmula jurídica muy artificial. Los «pan» pueden ser de tipo racial, como, por ejemplo, en el caso del paneslavismo, o meras definiciones de tipo continental. En cambio, la Hispanidad es una comunidad de pueblos basada en un asiento de gran amplitud, colmado de elementos afines, y en el que sería mucho más fácil hallar una fórmula jurídica que la encuadrara que en otras entidades supranacionales que la poseen.

COORDINACION DE LAS ACTIVIDADES ENCAMINADAS A HISPANOAMERICANA

Don Blas Piñar López es un hombre joven, muy joven, que a los treinta y un años era notario de Madrid y pocos años más tarde—y la fecha es reciente—fue nombrado director del Instituto de Cultura Hispánica. La juventud de su espíritu le raspa los pocos años con que cuenta, dándole, paradójicamente, una madurez intelectual plena.

—¿Cuál es la significación del Instituto de Cultura Hispánica con respecto a la Hispanidad?

—Estar a su servicio no sólo en lo cultural, sino en todo lo que sea vital e interesante. Cualquiera orden de actividades que tenga algún nexo con el mundo hispánico, nos interesa y a ellos tratamos de adherirnos, pues existe un sinfín de organizaciones surgidas sin nuestra ayuda que no podemos dejar de tener en cuenta.

—¿Qué peligro representa la aparición de países que podríamos llamar extraños en Hispanoamérica?

—Hoy los países van hacia aquellas tierras por claros motivos políticos: ya se sabe lo que pueden pesar unos cuantos votos en los organismos internacionales. Esta aparición de pueblos nuevos en Hispanoamérica no sólo representa un peligro espiritual, sino material. Los países que han perdido su Imperio o sus clásicos mercados, allí se descuelgan creando una situación digna de estudio. Por eso me decía el Presidente de Venezuela que mientras la Hispanidad fuese un movimiento solamente espiritual, no dejaría de ser una cosa etérea, fácilmente volatilizable. Y es que no se puede hablar de una política cultural sin un amplio movimiento económico. A este propósito le diré que ya se han dado los primeros pasos para la celebración en América del II Congreso Iberoamericano de Cooperación Económica.

En esta tarea de llevar nuestra presencia, en todos los órdenes, a la tierra americana, el director del Instituto de Cultura Hispánica ve una amplia labor de conjunto:

—Creo que es necesaria una coordinación, en la medida de lo posible, de todas nuestras actividades, por diversas que sean, a fin de que vayan encaminadas a reforzar la conciencia de lo hispánico. Ello las haría doblemente efectivas.

NECESIDAD DE UN CONTACTO AMPLIO

—¿Ha recogido alguna experiencia en lo que a la emigración se refiere?

—Es un hecho indudable que hoy se encuentra canalizada, principalmente, hacia dos países: Brasil y Venezuela. La cosa no tendría gran importancia si no hubiese otros países muy necesitados y en los cuales no se produce de forma sensible. Claro que esto puede ser debido a la no existencia de tratados entre los respectivos Gobiernos, circunstancia que tiende a remediarse. A ellos les interesa que los manantiales migratorios estén en pueblos afines, ante el temor de ver desfigurada su línea histórica. De aquí es del que se vea con simpatía, y se cada día es de mejor calidad.

—Aunque de otro tipo, ¿cuál es la situación de los emigrados políticos?

—El problema que pudieron plantear durante cierto tiempo se halla superado. Hoy es muy raro el grupo, organizado, de oposición a España. Es posible que a la larga la existencia de este fenómeno dé un balance satisfactorio,

ya que ha sido una aportación cultural importante para las naciones americanas. Pero al mismo tiempo ha sido beneficiosa para los emigrados, que han encontrado en América una España que desconocían, porque han visto la obra realizada por un pueblo católico con una estructura política que ellos creían caduca. Por otro lado, en muchos casos, el emigrado político ya ha sido absorbido y asimilado por la nueva generación de emigrantes nacionales, por el técnico y el joven profesor, que han elevado el nivel del emigrante español.

A causa de esta gran corriente emigratoria hacia los países del otro lado del Atlántico, surgen con frecuencia una serie de conflictos jurídicos, de índole privada, que obligan a un estudio detenido de las respectivas legislaciones. Recientemente se ha tratado de buscar remedio y facilitar la solución de la compleja casuística. Don Blas Piñar siente un vivo interés en hallar las vías más adecuadas para un mutuo conocimiento de los diversos sistemas jurídicos.

—Hay, ya de forma manifiesta, una tendencia a la nacionalidad múltiple que va abriendo camino a una situación favorable para un trato de preferencia en favor de los individuos hispánicos ante la ley. Para resolver los conflictos legales en el espacio, es evidente que debe irse a un concimiento mutuo de las organizaciones jurídicas; para ello está en proyecto una edición de todos los Códigos de los países hispánicos, volúmenes separados, con un estudio preliminar sobre cada país; el último tomo se dedicará al Derecho Comparado. Con esto se persigue el dar a conocer las respectivas leyes, presupuesto fundamental para llegar a una legislación uniforme en determinadas materias.

La necesidad de un más íntimo contacto en todos los órdenes, se la ha expresado claramente al señor Piñar, el ministro ecuatoriano de Educación cuando le hizo ver la necesidad de un contacto serio entre los médicos españoles y los hispanoamericanos. «Aquí —le dijo— nos encontramos con el hecho de que hay gran número de enfermedades que no pueden curarse según los sistemas empleados en países más próximos que España, pero que poseen una mentalidad distinta, realidad que se hace patente en el caso de las enfermedades psiquiátricas». De ahí el anhelo de un acercamiento a la medicina española y el desear un incremento en las reuniones de los especialistas hispánicos.

Por otro lado, don Blas Piñar viene propugnando también un acercamiento castrense:

—La psicología del soldado hispanoamericano, de una y otra orilla, es esencialmente similar; el cultivo de análogas virtudes militares; el adiestramiento en el empleo de armas concretas, permiten y exigen procurar encuentros, conversaciones y toma de contacto entre nuestros jefes y oficiales.

La creación de Academias militares con profesorado elegido entre varios países de la Comunidad Hispánica sería —a juicio del director del Instituto de Cultura

Hispánica— un gran paso para la preparación adecuada de oficiales de muchas naciones que por diversas causas envían a su juventud a escuelas militares encajadas en otra órbita cultural.

—¿Y qué problemas se presentan, dentro de la Comunidad, en el terreno religioso?

—Hay que lamentar una gran penetración protestante, peligrosa, porque ir independientemente de las perturbaciones que provoca desde el punto de vista religioso, es un elemento de desunión y de discordia en el campo de la Hispanidad. A esta infiltración protestante se trata de poner remedio con el envío de un mayor número de sacerdotes y religiosos, tarea en la que destaca notablemente la obra de Cooperación Sacerdotal Hispanoamericana.

LA RECUPERACION DE FILIPINAS

La cuestión de la recoordinación de Filipinas en el mundo de la Hispanidad, la siento como cosa propia el director del Instituto.

—Creo que estamos en el momento crítico y tal vez último de salvar el hispanismo en Filipinas. Esta cuestión ha sido, posiblemente, la principal de las que he planteado durante mis contactos en Hispanoamérica.

En este aspecto, la labor de don Blas Piñar ha sido de indudable eficacia. Aunque todavía es pronto para ver el resultado exacto —no hay que olvidar que únicamente dos Repúblicas de Hispanoamérica tienen representación diplomática en las islas Filipinas—, la impresión que ha traído de América es altamente alentadora.

—He puesto de manifiesto la necesidad perentoria de la ayuda y apoyo a los hispanistas de las islas. Todos me han oído con interés, porque he ofrecido una tarea conjunta y limpia de los pueblos hispánicos. El Presidente de Costa Rica sugirió plantear el problema en la O. D. E. C. A. —Organización de Estados Centroamericanos— con el fin de que los países adscritos al citado organismo, como primer paso, creen una representación diplomática colectiva para el Lejano Oriente con sede en Manila. En El Salvador, el doctor Travaino acogió con gran simpatía la idea del socorro a la presencia hispánica en Filipinas. Y en todos lados la insinuación ha sido acogida con un entusiasmo que ni yo mismo esperaba.

Hablar de Filipinas con don Blas Piñar es un despertar continuamente el interés hacia una serie de problemas que a nosotros, en cierto aspecto, no pueden dejar de dolernos: el olvido del idioma, la pérdida del espíritu que late en la Hispanidad, son hechos angustiosos que se acentúan al considerar que es posible —nos encontramos ante la última oportunidad.

Don Blas Piñar es hombre de sensibles antenas en el espíritu. Joven. Dinámico. Sencillo, que suelta el «tú» cada dos por tres, se ha lanzado con espíritu deportivo a la tarea de salvar a Filipinas y recuperarla para la Comunidad Hispánica.

Luis LOSADA



CHRISTIAN DIOR

"Napoleón de la moda"



El hombre a quien obedecían las mujeres de todo el mundo

Del "New-Look" a la "Judía verde" pasando por la línea H

FUE un abuso de confianza. Había obtenido una invitación para uno de los fastuosos desfiles de modelos en la Avenue Montagne, 30, y medio escondido entre el público que llenaba el salón, sentado en un peldaño de la escalera, se me ocurrió sacar papel y lápiz. No había aún comenzado el apunte cuando un empleado, que estaba rígido en el rellano, me miró con el horror de quien descubre de pronto un espía atómico.

Sin el menor escándalo, pero con una energía sin réplica, fui izado hasta el despacho de Christian Dior.

La conversación fué muy breve. Sólo recuerdo que a mis disculpas improvisadas, el máximo «divo» de la moda respondió con un «Pas d'histoires, monsieur!»

Nunca creí que fuese tan grave el intento de plasmar en el papel, con torpeza masculina, los detalles de un «froufrou» que anda por la pasarela. Debía ser aquel un modelo muy importante del «new-look», pero lo cierto es que a mí me había impresionado más su contenido.

Después el nombre de Christian Dior me ha quedado asociado a aquel «Pas d'histoires!» de una tarde parisiense, en la que

los periódicos hablaban más de la línea del Paralelo 38 que de las últimas creaciones de los modistas.

Queda la imagen de Christian Dior en el centro de un enjambre de operarias y modelos, dirigiendo los ensayos de desfile o escondiendo un vestido como si fuese un arma secreta. ¡Esos modelos que llevaban la marca «P. P.» («Pas pour la Presse») y eran siempre retirados de los primeros desfiles!

Con un puntero en la mano pasa el «dictador» en el hormiguero de una casa que resulta reducida para el gran movimiento de producción. Tiene una palabra cariñosa para una frágil modelo a punto de desfallecer por la fatiga, y anima a todas a la sutil batalla del encaje, que convierte el saloncillo en una plataforma de repercusión mundial.

Expertos de todos los países van, dos veces por año, a París para adivinar en un gesto del «vate» el porvenir de lo que se va a llevar en la temporada próxima.

EN MONTECATINI Y TAN CALLANDO

La primera ley de su vida era la de hacer todo rápido. Pensar

despacio y ejecutar de prisa, y así ha sido su muerte, tan rápida y callando, con un súbito ataque al corazón.

Acaba de cenar, en el hotel de Montecatini, con dos buenos amigos, Antoine Perottino y Andreina Brozzin. Bebió un «consomé» y comió algo de pescado y unas frutas. Dos días antes había visitado, en Cocodi, el monumento a Pinocchio. Aparenta estar contento hasta pasar por una de las personas más alegres del hotel. Está encantado de descansar en Toscana. Son las once de la noche cuando se retira a su habitación, confesando encontrarse un poco cansado, pero nada más.

Media hora después suena un timbre. Raymonde Zehemacker, persona de su confianza, se precipita en la habitación. Christian Dior yace pálido sobre la cama y con los ojos muy abiertos. Es llamado un sacerdote,

UN NORMANDO FRENTE AL MAR

Christian nace en Granville (Manche), en Normandía, el 21 de enero de 1905, hijo de Alejandro Luis Mauricio Dior, industrial al frente de una fábrica de abonos fundada en 1832 por un



Gaby Alexandre, una de las más destacadas colaboradoras de Dior, prepara el sombrero para una de las modelos



Christiane Tisserand, la primera sastre del «mago», vigila el trabajo de sus ayudantes

Uno de los catorce cortadores de Dior es el checoslovaco Jaroslav Lukas



tatarabuelo, y de Magdalena Martín (sus labores).

Christian nace, pues, en el seno de una familia acomodada y burguesa y en una pequeña casa. Dos años después de su nacimiento, sus padres compraron una casa mayor, separada de la población y sobre unos acantilados en la misma raya del mar. El acantilado está, entonces, desierto y es aquella la única edificación de los alrededores; hoy existen muchas más. Allí es plantado un jardín público, con muchos árboles que crecen, con Christian, contra viento y marea.

De la madre hereda Christian una extraordinaria afición a las flores, cuyos nombres y descripciones aprende de memoria sobre el libro abierto del jardín de la casa y sobre los catálogos a color que su madre le compra.

El niño tiene una cierta resistencia a salir de su casa y especialmente del jardín, donde se entretiene horas enteras; pero ese carácter sedentario no le impide asistir a algunos bailes infantiles en los carnavales, donde causa sensación por el buen gusto del disfraz.

Todo cuanto es brillante, adornado, florido, ligero o con ribetes basta para entretener al pequeño Christian durante horas enteras. Y un Carnaval de provincia francesa—y más si es normando—es todo eso.

Gusta de los rompocabezas por los grabados de colores que con ellos se pueden componer; por su estética más que por su ingeniería, y recorta de los cuentos de Perrault, ilustrados por Gustavo Doré, los encantadores grabados. Sus travesuras tienen siempre un fin estético.

La casa en que vive en Granville está pintada de rosa muy suave mezclado con piedra gris, dos colores que después, al cabo de los años, Christian Dior utilizará preferentemente para sus más delicadas maravillas.

La casa tiene salones heredados, saloncillos Luis XV y II Imperio, y un cuarto de jugar donde Christian se divierte modosamente con su hermano Raymond y con su hermanilla Catherine Ginette. Allí estos últimos permanecen muchas más horas. El lugar preferido por Christian es el costurero, donde las doncellas le cuentan historias de demonios. Allí mira a las mujeres manejar la aguja, en larga velada nocturna, sentadas alrededor de una lámpara de petróleo.

MIENTRAS DURA LA BELLA EPOCA

Cuando aun Christian no tiene cinco años de edad, sus padres deciden trasladarse a París, y el niño es arrancado de aquella dulce y encantadora vida de provincias.

Christian—no llegando aún a la edad de la razón—mira con ojos sorprendidos a la gran ciudad, que vive en la última fase de la «belle époque», en que no parece haber en ella otro fin que el de la alegría de vivir.

Mira la ciudad — las piedras ennegrecidas de los palacios, las riberas del Sena, el tráfago de la Estrella y los Campos Elíseos—desde el cristal de una de aquellas primeras «limousines»

«Peugeot» de pintados neumáticos que son el «dernier crit» del automovilismo.

La familia Dior se instala en la Murette, y más concretamente, en la calle de Ricardo Wagner; esa calle que después de 1914 se llamará de Alberic-Magnard.

La casa en París está decorada con colores claros y con habitaciones iluminadas con aparatos eléctricos en forma de tulipanes. Es un cuarto piso, y desde la ventana, el pequeño Christian ve los árboles del parque de la Murette.

Luego, la Exposición Internacional con su atractivo para todo el mundo. Christian, del brazo de su «fräulein», admira las explosiones de la «belle blue», los fuegos artificiales sobre el Sena y sube un día a la Torre Eiffel para saltar un globo desde el último mirador, el «somet» del telescopio, a 310 metros sobre el nivel del asfalto.

Debido a su natural pacífico—tímido más bien—, rara vez merece en el colegio correcciones o castigos, pese a la irritación que les produce a sus profesores la manía que tiene el niño de llenar los márgenes de los libros con siluetas de piernas de mujer calzadas con tacones altos. Algún profesor interpreta aquello como una precocidad procaz; pero en realidad lo que ocurre es que el pequeño Christian lleva ya dentro de sí el germen de un gran modista.

DIRIGIBLES ENEMIGOS SOBRE LA TORRE EIFFEL

La movilización de 1914 sorprende a la familia Dior en Granville, o sea en vacaciones.

Las circunstancias obligan a Christian a muchos cambios de residencia y de colegio hasta que la gran ciudad se llena de abrazos y se canta por todas partes la «Marsellesa». Es el armisticio.

En la posguerra, la familia Dior se instala en un piso de la Avenue Henri Martin. Quince años tiene entonces Christian y continúa siendo un muchacho tímido, elegantemente vestido y de buena familia, que estudia el «bach» en el Liceo de Tannenberg. Al margen de los estudios, con un grupo de amigos, forma una especie de tertulia preocupada por la música, la literatura y la pintura. La tendencia del grupo es netamente vanguardista. Buscan un «arte nuevo».

ESTUDIANTE DE CIENCIAS POLITICAS

Frecuenta las tiendas de pinturas de la rue Boétie y ciertas galerías «reservadas» de la orilla izquierda, y está siempre disponible para el áurea bohemia que le permite su situación burguesa y privilegiada en medio de los grupos de lunáticos, «crochists» y «zazous», que en aquella primera posguerra creían ya, sin entender de filosofía, que la existencia vale más que la esencia.

Sumido en tantas distracciones, apenas le queda tiempo de terminar el Bachillerato. Pero al fin, y un poco a trancas y barrancas, el título se obtiene y el escolar de segunda enseñanza debe convertirse en universitario. Impulsado por su afición a la

arquitectura, propone a su familia el estudiar Bellas Artes; pero la familia Dior le contesta que su puesto no está entre los bohemios.

Ciencias Políticas convence al pequeño conclave familiar. Las Ciencias Políticas pueden conducir a la diplomacia, y esto es muy elegante y «chic».

Ya está Christian Dior matriculado en Ciencias Políticas en la rue Saint-Guillaume. Sobre la intención de este acto nos caben algunas dudas. No sabemos si Christian pretendía de veras imponerse en el arte de gobernar a la sociedad civil, estudiar una carrera de casta, prepararse para un puesto en el Quai d'Orsay o bien hallar una manera hipócrita de seguir haciendo lo que le diese la gana, como hijo de papá que tiene la manutención asegurada. Esto último es lo más probable.

DE SUSPENSO EN SUSPENSO

Christian admira a Jean Cocteau, que le parece un ídolo que lo ilumina todo; los films impresionistas alemanes, los «ballets» rusos y hasta los «ballets» suecos — ¡tan de vanguardia! —, con sus espectáculos de escándalo.

En el circo—veladas del Circo Mediano, de Montmartre — se aplacó a los Fratellini; en el «music-hall», a la Mistinguett, a Chevalier, a las Dolly Sisters; después, a Josefina Baker, y luego se habla de Raquel Meller, que en «La violetera» bombardea las salas de pequeñas violetas.

Sin ser un joven libertino, sabe vivir, con desesperación de sus padres, que creen, no sin fundadas razones, tener un hijo incapaz de ocuparse de nada serio. Pero en aquel clima abigarrado y de un aparente desorden no solamente se forma el gusto estético de Christian, sino que entabla amistades que luego van a ser decisivas.

Luego, la renuncia a seguir con las «Sciences Po» y, en compensación, inicia unos difusos estudios de composición musical basados, fundamentalmente, en las últimas creaciones modernas. Con un grupo de amigos se sienta a oscuras en su habitación alrededor del gramófono. En tales noches sus padres, horrorizados, se encierran en sus habitaciones.

De suspenso en suspenso elude, o más bien retrasa, el servicio militar; pero finalmente, después de los fuegos artificiales de la Exposición de 1925, tiene que sentar plaza de soldado.

Se le destina al 5.º Regimiento de Versalles, con gran alegría de la familia, que ve cómo a Christian la entrada en el Ejército no le aleja mucho de París.

En filas tiene tiempo sobrado para meditar, en la austeridad castrense, sobre su futura profesión. Ya está: va a dirigir una sala de exposiciones.

Cuando llega la licencia y el cabo de segunda clase Christian Dior es enviado a su procedencia, pide a sus padres unas cientos de miles de francos para abrir con un amigo una pequeña sala de exposiciones. Se le ponen reparos en entregarle tal cantidad, pero la consigue final-

mente, con la condición expresa de que el nombre Dior no figure en la razón social. Para sus padres, colocar el apellido Dior en el rótulo de una tienda de cuadros es como exponerlo a la vergüenza pública.

Se asocia con su amigo Jacques Bonjean, y un pequeño comercio de cuadros es abierto en una planta baja de la calle Boétie.

Con otro amigo, Max Jacob, trabaja durante largas veladas en la preparación de operetas que nunca se terminan.

UN VIAJE A LA U. R. S. S.

En 1929 el «crac» americano pasa casi inadvertido en París. Norteamérica es aun país lejano. En 1930, al regreso de unas vacaciones, Christian encuentra un espejo que se ha desprendido solo y está en el suelo, roto en pedazos. Ve en aquello la señal de que la desgracia va a entrar en la familia, hasta entonces segura y feliz.

Su hermano contrae una enfermedad nerviosa incurable, y al poco, la madre muere, afectada por aquella desgracia. De la familia más directa le queda sólo su padre y su hermana. Por si todo esto fuese poco, en los comienzos de 1931 su padre, que había comprometido todo su capital en ciertos negocios de inmobiliarias, se arruina en unos días.

Ante una tan grande acumulación de tragedias, Christian reacciona con la huida al Este. Reúne unos miles de francos y se agrega a una expedición de arquitectos que salen para la Unión Soviética en viaje de estudios.

El viaje a la U. R. S. S. en 1931 es abundante en sorpresas, pero el «experimento oriental» no satisface a Christian Dior,

cuyo espíritu refinado se encuentra en violencia desde que llega a Leningrado hasta que sale, por el Mar Negro, rumbo a Atenas y la costa italiana. Llega al convencimiento de que la Rusia de los Zares debió conocer un nivel de vida general más alto del que pudo observar en los recorridos marcados por el «Inturist».

Un telegrama le espera en Marsella. Su socio le comunicaba que también él se había arruinado.

Por otro lado, incapaz de sostener los gastos de la casa de París, el padre Dior se ha refugiado en Normandía. Entonces es cuando Christian se encuentra de verdad en la calle y se refugia en casa de los amigos, que establecen una especie de rotación para darle un cobijo nocturno.

Christian y su socio malvenden los restos de la tienda, y lo que hoy sería una verdadera fortuna en cuadros de pintores que ahora son célebres, se convierte en un puñado de miles de francos. La tienda, ya sin objeto, termina por cerrar sus puertas, y Christian vive del crédito y a veces hasta del «sablaçon».

LA SALUD EN MALLORCA

Christian vive entonces en una buhardilla y parece haber vuelto a sus tiempos de estudiante.

Y he aquí que ocurre lo que tenía que pasar fatalmente. Después de tantos ayunos y privaciones Christian Dior cae enfermo, y de bastante gravedad.

Christian marcha a Font Romeu, en la Cerdeña, donde se repone en primera cura; luego pasa a Mallorca, donde la vida es mucho más barata que en Francia.

El contacto con España le acaba de curar, y de regreso a París encuentra a su familia con él.



Ensayo general. Dior, rodeado de su estado mayor, vigila todos los detalles

agua al cuello. Acaban de vender los últimos objetos de valor que poseían. Christian les convence de que acaben de liquidarlo todo y se marchen al Midi.

Todos los días, Christian Dior se despierta con el temor de no llegar a tiempo a los quioscos donde leer los anuncios por palabras que ofrezcan algún empleo.

Un dibujante de modas, Jean Ozenne, se lo lleva a su casa, y un americano, Max Kenna, creador de modelos, le enseña a manejar los pinceles y a utilizar los colores. Con verdadera furia, Christian Dior se pone a calcar los figurines de todas las revistas.

Después de una temporada corta en el Midi en período de creación de nuevos dibujos, Christian vuelve a París, donde se instala en un hotel barato, lleno de intelectuales presartianos.

Entonces era aún fácil en París encontrar un piso; y volviendo de vender unos dibujos, Christian va, en la «rue Royale», un letrero que dice: «Se alquila», y queda nuevamente instalado con casa propia, aunque vacía de muebles.

EN LA ZONA DE VICHY

Luego, la segunda guerra mundial le moviliza y le aleja de los «trapos» y las lentejuelas. Pasa todo un año calzado con zuecos en una patriótica compañía formada por campesinos, hasta que el desastre francés de 1940 lo lanza a la zona de Vichy, donde, en un pueblecito del Var, vive su padre y su hermana.

Cuando las comunicaciones entre las dos zonas fueron más fáciles, Robert Fouguet escribe a Christian Dior reclamándole a París, cuyas casas de costura habían abierto nuevamente, por orgullo patriótico y también para auxiliar a sus millares de empleados.

El retraso en incorporarse a su tarea le es beneficioso. Cuando regresa a los Campos Elíseos, la plaza está ocupada por el madrileño Antonio Cánovas del Castillo; pero la mala estrella le trae suerte, ya que es contratado después por la casa de Lucien Le-long, que es una estupenda escuela de costura.

Cuando Christian Dior, asalariado, prepara la colección de invierno, llega el día «D» y la hora «H», la guerra en Normandía, que trae pronto a París los tanques del general Leclercq.

POR CUENTA PROPIA

Christian Dior está en forma y tiene cada vez mejores ideas, llenas todas ellas de originalidad. Entonces es cuando piensa en la posibilidad de establecerse por su cuenta.

Estamos en 1945, pero el sueño de establecerse por cuenta propia no lo podrá realizar Christian Dior hasta 1947, gracias al capital suministrado por su amigo Marcel Boussac.

Alguien va a decirle: «Puesto que busca usted local, la modista que ocupa el hotelito del número 30 va a cerrar.»

Se formaliza el arrendamiento, y queda fundada la casa Christian Dior, que, poco después, como reacción a los años pasados de escasez, lanzará la revolución del «New-Lock», pecho amplio, cad-

ras marcadas, faldas largas que convierten a la mujer en tobillera

En la «oficina de fantasías» se trabaja de firme. Todo el local está ocupado por los encajes, los cortes «chichis» y los vestidos «frou-frous».

El «New-Lock» supone la revolución de la alta costura de la posguerra, y las mujeres de todo el mundo se alargan la falda más que lo hicieron sus abuelas.

Se habla de Christian Dior, que es el hombre que, desde París, dicta a todo el mundo de la elegancia. Es ya el «Napoleón de la Alta Costura».

Después de aquella euforia, Christian —al que ayudó todo un Estado Mayor de técnicos en costura— propone la línea «sinuosas», que también es adoptada por todas las mujeres elegantes, y la «línea judía verde», basada en la longitud y adelgazamiento del busto. La línea «H» representa el fin de la lenta evolución por liberar el talle.

A esto sucede la línea «A», la «Y», la línea «Flecha». De éxito en éxito y de línea en línea, la casa se amplía con el hotelito de al lado, y con una Sociedad de perfumería Christian Dior, y una tienda coquetona en los bajos de la casa central. La regenta Carmen Colle.

Timido, sedentario, aficionado a los caballos, a la arquitectura, a los solitarios, a la música..., desde su despacho de la avenida Montagne, este hombre lleva, con puntero, la dictadura mundial de la elegancia.

En la calle Cincuenta y Siete, esquina a la Quinta Avenida de Nueva York, se abre la casa Christian Dior-New York, al frente de la cual se coloca Mme. Engel, medio rusa y medio sueca, que constituye el puente ideal entre las idiosincrasias de ambos Continentes. Es un local de proporciones americanas.

La casa Christian Dior-Caracas es inaugurada después, como un fiel reflejo de la central de París, por «fraternidad de los países latinos», y allí va también el creador de todo un estilo, que, en Venezuela, se queda sorprendido por el exotismo de la Naturaleza, la exuberante riqueza y la afición a lo fastuoso de aquel pueblo.

De vuelta a Francia, recibe en Dallas (Texas) —de manos de Neiman Marcus— el «Oscar» que los modistas norteamericanos le conceden por sus servicios «en el campo de honor de la moda».

Todos están convencidos, aun los más trepidantes maquinistas norteamericanos, de que el talento individual y la llama creadora es imprescindible en los grandes complejos, como el que ha surgido de la genialidad artística de Dior.

EL HOMBRE EN SU SALSALSA

El hombre con su Estado Mayor. Mme. Raymonde, toda vigilancia y nervio bajo serena apariencia, representa para él el orden tras la fantasía. Mme. Bricard, que considera a la elegancia como la única razón de su vida, y Mme. Marguerite, de rostro fresco y rosado, impetuosa, obstinada y hasta colérica en poner en línea de batalla a las maniqués. En estas tres personas se apoyaba el

esfuerzo Dior principalmente, pero había detrás todo un equipo de bocetistas, dibujantes y técnicos, que trabajan sobre el «model-piloto». Luego entró también Mme. Linzeler, de cabellos plateados, y Carmen Colle, jefe de la tienda y, por consiguiente, guardadora también de la «colección para la tienda», creada por Christian sobre un proyecto del decorador Bérard.

De la idea al boceto, de éste a las gasillas y al vestido, surgen los modelos de vestido.

Las tres primeras maniqués de la casa Dior son: Tania, France y Silvia. Principalmente, la primera es la maniqué convertida en mujer, y mujer eslava, por cierto. France es bellísima, la sensación de los observadores masculinos, y Silvia representa a la juventud, y sirve muy bien para los modelos «primer baile».

Las tres gracias se casaron, dejando a Dior plantado y en busca de nuevas modelos. Luego llegan René, Victoria, Lucky..., escogidas entre muchas solicitantes. Para ser maniqué es necesario no sólo tener presencia, sino saber andar con gracia y con soltura, además de poseer un perfecto dominio de los nervios y hasta de la fatiga.

El mes que antecede a cada exhibición está dedicado a posar desde las diez de la mañana hasta las ocho de la noche, hasta que el gesto que conviene a cada vestido quede completamente dominado.

Las oficiales sólo ven en la maniqué el soporte del vestido y las zarandean sin compasión, con muchas advertencias sobre las posibles arrugas.

Después, terminada la puesta a punto de la colección, llega el período de las fotografías para la casa y sus sucursales del extranjero, de las que se sacarán copias para clientes especiales. Cada dos maniqués tienen una doncella y para mostrar los vestidos aisladamente a los compradores los modelos se hacen reemplazar por las sustitutas.

Los grupos de modelos salen al extranjero dos veces al año. Esta equipo volante suele componerse de ocho muchachas y cuatro doncellas. De un extremo a otro del mundo son lanzados esos equipos, con gran alegría de las muchachas amantes de viajes a los países más remotos.

Ahora toda esta organización admirable está, naturalmente, en un compás de espera. Parece que el creador no ha dejado nada y que la casa va a encontrarse con una inmediata sed de bocetos originales.

Por otro lado, la pérdida de este artista representa no sólo un golpe moral para Francia, sino también económico, ya que casi el 2 por 100 de las exportaciones francesas al área del dólar llevaba la etiqueta Dior, en trajes o en perfumes.

De momento se hacen conjeturas sobre quién puede ser el sustituto en la regencia mundial de la moda y se espera otro nombre masculino, ya que las mujeres parece demostrado que no sirven para dictarse a sí mismas el vestido que deberán llevar en cada temporada.

F. COSTA TORRO



DE COCINA EN COCINA POR TODA ESPAÑA

●
**LUIS ANTONIO
DE VEGA,
maestro de una
ciencia difícil:
LA GASTRONOMIA**

COMO buen vasco, es alto, corpulento. Y como hombre del barrio viejo de Bilbao, excelente «tripasaí». Luis Antonio de Vega nace en Bilbao, en la calle de Aréchaga. De esta calle le quedan los mejores recuerdos, y ese nombre saltará muchas veces a las páginas de sus novelas o de sus cuentos. Entra en la literatura por el periodismo, y a los dieciséis años publica ya su primer cuento en «El Noticiero Bilbaíno». Después, miles de cuartillas para los periódicos y muchas páginas para sus libros.

A Luis Antonio de Vega le hubiera gustado ser muchas cosas. Le hubiera gustado ser futbolista, o «versolarí»; pero se contentó con ser buen novelista, buen «tripasaí», periodista de mucho vuelo y caminante incansable por tierras de Europa y de África. El fue tal vez el primero en traer el tema africano, que tan bien conoce, a la novela española. A los diecinueve años ganaba ya un concurso de novela corta en Nueva York.

—Sucedía en la India. Y ya puede imaginarse lo que a mis diecinueve años sabía yo de la India.

En el año 1926 se encuentra ya en Marruecos. Ha ganado unas oposiciones para Intervenciones Civiles, con el número uno; ya va destinado a la Academia Arabe de Larache. Un año más tarde es ya director de la Academia, y en 1930 escribe su primera novela de tema marroquí, que titula «El Busbir», y un libro de versos, «Romancero colonial». Desde entonces queda abierto el campo para la literatura, que ya no abandonará. La literatura, con sus tres vertientes: la novela, el verso y el periodismo.

El último libro del escritor no es novela. Se titula «Guía gastronómica de España». Una obra completa. No hay plato, ni cocina,

ni receta, que aquí no salga. Un libro interesante para alguien más que para las amas de casa. Un libro para todos. A quien no le interese la historia de nuestra cocina, o la historia de nuestros platos, o las recetas de cocinar, yo le aconsejo que lea los dos primeros capítulos. Esos hasta se podrían recomendar como de urgencia, como de libro de texto en el que se aprende el arte, nada fácil, del buen comer, del buen invitar y del buen anfitrión. Un arte y una asignatura que queda por poner entre los textos del Bachillerato o de la Universidad.

—Esta «Guía gastronómica de España» es historia difícil, de investigación personal. Para escribirla, me he negado a consultar ningún libro. Cuando he necesitado comprobar una receta, una fórmula culinaria, o ratificar o rectificar una opinión, he acudido a las obras de dos autores insig-nes: Teodoro Bardají y Casimira. Todo lo que no es información directa ha sido suministrado por amigos y amigas que, naturalmente, se citan en el libro, y que son inmejorables «tripasaís».

BILBAO, CAPITAL DE LA ESPAÑA GASTRONOMICA

Hay una cocina de región española que Luis Antonio de Vega no pudo recoger en su libro. Es la cocina canaria. Pero hace unos días, el escritor la ha conocido muy de cerca. Y para hablarme de los platos canarios son sus primeras palabras:

—Existe un plato que no vuelve

«Cuando un señor, con los ojos cerrados o abiertos, no sepa lo que está comiendo, puede asegurarse de que se está haciendo víctima de un fraude...»



ré a comer en mi vida. Es el aguacate con salsa tártara. En cambio, acabo de conocer un plato canario que yo no lo había probado nunca. Es un verdadero éxito. Se llama «huevos a las Islas Felices». Van las yemas cada una en una taza distinta, con una salsa de vino de madera y unas alcamonias. Es un plato afortunado, que debería introducirse en la culinaria peninsular. El gofio, sin embargo, no me pareció nada bueno. Canarias, donde pujan bastante es en su exquisita repostería. Luego conocí dos pescados nuevos: uno, la sana, que es medio merluza, medio besugo, riquísimo. El otro, el «burro de mar», un plato fuerte, de choque.

El primer capítulo de este libro habla de la división de la España gastronómica:

—La España gastronómica no tiene los mismos límites que la España política, ya que dos de sus tres archidiócesis se prolongan más allá del Pirineo.

—¿Cuál es la capital de la España gastronómica?

Luis Antonio de Vega alza sus dos manos y me dice:

—Sin duda alguna, Bilbao. España se divide en cuatro regiones o en cinco: la septentrional, o de las salsas; la central, o de los asados; meridional, o de los fritos, y la levantina, donde no se come. Esta última definición es totalmente errónea. La puso en circulación gente que aborrece el arroz. La región levantina es de una importancia gastronómica excepcional, históricamente la más ilustre de todas, edificada sobre los mismos cimientos cartagineses.

—¿Cómo es la entidad gastronómica de España?

—Creo que las cosas son buenas o malas, mejores o peores, por comparación con otras de la misma especie. En épocas normales, la culinaria peninsular se halla situada bajo el signo del olivo. Nosotros no devoramos grasas como los pueblos herejes adeptos al «Non serviam». Sin deseos de entrar en discusión con gastrónomos heterodoxos, tengo la certeza de que el olivo es la base de la culinaria de los pueblos ilustres, de las razas de civilizaciones más preclaras. Somos un pueblo que guisa con aceite, un pueblo de exquisitas ensaladas, comedor de pan y bebedor de vino. Alejada la nuestra —gracias a Dios— de las espantosas cocinas nórdicas, la comparación la establecemos con las más próximas: Francia, Italia y Africa.

—¿Y cómo sale la cocina española en esta comparación?

Luis Antonio de Vega sonríe muy satisfecho y da su respuesta:

—Ganando un cien por cien. La española es menos complicada que la francesa, más escueta, sin afeites. De un estilo severo, un Escorial de la Gastronomía, sin más barroquismo que el levantino, y reservada la filigrana para la repostería. Es una cocina honrada, como el que la acompaña cuando es bien servida: el honrado vino de pellejo.

—¿Qué cualidades debe tener un plato para ser excelente?

—Un plato no debe ser ni química ni alquimia. Cuando un señor, con los ojos cerrados o abiertos, no sepa lo que está comiendo, puede asegurarse de que se está haciendo víctima de un fraude. La culinaria es una ciencia clásica, seria, que no admite improvisaciones, ni ensayos, ni tremendismos, ni bocadillos, ni otra cualquier clase de sucedáneos que se aparten de las reglas del buen comer.

El escritor mira a la cuartilla en que escribo, y señalando con el dedo a las últimas palabras, me dice:

—Esas dos últimas palabras póngalas usted con mayúscula, que tienen su importancia.

—Hecho: BUEN COMER.

El gastrónomo añade:

—De las tres de las que le he hablado, la cocina que ha influido más en la española es la árabe. Hasta cierto punto, nos ha dado el postre, no sólo en lo que se relaciona con la repostería, sino también con algunas frutas de aclimatación feliz en la Península: el melón, la sandía, el alfonso, y, posiblemente, la naranja. El albaricoque pregonó su origen sarraceno.

—¿A qué atribuye usted el que la cocina francesa no haya influido en la española?

—La cocina francesa ha encontrado una impermeabilidad absoluta en las clases de la burguesía media y en las económicamente débiles. Solamente en los «palaces» aparece, y aún pudiera decirse que tímidamente. En parte, su falta de capacidad de penetración en las sartenes y ollas españolas la atribuyo a la mantecilla.

ELOGIO DE LA LENTEJA

—La cocina italiana tampoco ha logrado establecerse en España, y creo que es debido a que sus dos platos de choque han en-

contrado aquí enemigos superiores. La pasta triunfará allí donde la legumbre sea escasa o mala, y en España, la legumbre no es que sea buena. Es encantadora. La lenteja no es esa lentejilla escuálida, pequeñaca, que en algunos departamentos franceses sirven en ensalada. La lenteja española es una señora lenteja, una gran dama que se está aliviando el luto, y que solamente admite al horno que vayan bien con su seriedad: un poquito de morcilla o un trocito de chorizo; pero que no es indispensable el aderezo. Ella, por sí, llena el plato.

Luis Antonio de Vega tiene después piropos para las restantes legumbres: para la judía hispánica, regalo de la Providencia; para la alubia hispánica, los garbanzos, las habas.

—Unos macarrones con tomate y queso hacen un papel desairado ante una fabada asturiana, y en cuanto a los arroces, el otro plato de la comida italiana, el más afortunado, puede hacer frente a la única manifestación barroca de la clásica y pura española: la paella.

«NO EXISTE UNA COCINA AMERICANA»

Como buen gastrónomo, don Luis Antonio de Vega es autoridad para aconsejar:

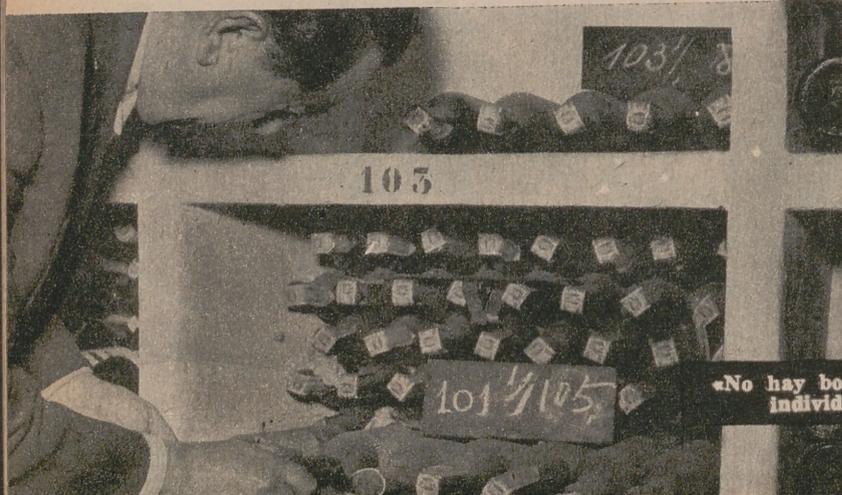
—Conviene elegir sobre el terreno los platos que se han de saborear después, porque no es lo mismo ejecutar el ojo de una buena comida en las líneas manuscritas o mecanografiadas de una minuta, que rodeado de cazuelas, ollas, peroles, sartenes, junto a los hornillos, o cerca de las baldas, donde se muestran, todavía crudas, las vituallas. Un hombre que se precie de buen «tripasai» debe cumplir, antes de sentarse a la mesa, un rito. Y ese rito empieza por entrar en la cocina. En el mismo momento en que, en un hotel, o en un figón, no le dejen a uno entrar a la cocina, debe uno desconfiar de todo. Si aún está uno a tiempo, se debe buscar cualquier pretexto para escapar del establecimiento. Hay muchas posibilidades de que en aquella casa no les repugne echar mano a los guisantes en conserva, ni les remuerda la conciencia por haber dejado en la nevera más tiempo que el estrictamente indispensable a una desventurada merluza. Hay que tener en cuenta que una comida es algo perfectamente serio, importante, y no debe estar uno dispuesto a que se la arruinen desde la sopa. Uno sabe que, a muchas cocinearas no les agrada precisamente la presencia de un extraño en la cocina.

—A las chapuceras, desde luego, no. A un artesano que domina su oficio no le importa que le miren mientras trabaja. A un manazas le desagrada y le inquieta que le vean trabajar. En la capital gastronómica de España hay cocinas con escaparate y es una costumbre que afortunadamente ya se va extendiendo.

—¿Existe una cocina americana?

—No existe una cocina ameri-

«No hay borrachos de vino; lo que hay es individuos que no saben beber...»





«La culinaria es una ciencia clásica, seria, que no admite improvisaciones, ni ensayos, ni tremendismos, ni bocadillos, ni otra cualquier clase de sucedáneos que se aparten de las reglas del buen comer...»

cana. Los americanos han inventado el teléfono, el gramófono, la luz eléctrica y yo qué sé cuántas cosas más, pero en materia culinaria no han ido más lejos de las palomitas de maíz. Imagínese: ayer mismo estaba yo invitado a comer en un hotel. Eran ya las tres de la tarde. Nos sentamos a la mesa, y enfrente, muy cerca, vi a una señora americana. Cuando llegó el «maitre» la buena señora pidió «un bocadillo de tomates».

El gastrónomo se pone las manos en la cabeza y repite:

—Usted imagínese: ¡un bocadillo de tomates a las tres de la tarde!

LA GASTRONOMIA ES UNA CIENCIA DIFÍCIL

A la educación del «tripasa», del gastrónomo, dedica el autor un capítulo.

—La gastronomía es una asignatura, un arte, y a los padres compete el que los hijos la aprendan. Reprocho la conducta de los padres que son incapaces de sacrificarse acompañando a sus hijos a un restaurante y haciendo ante ellos una demostración práctica de la diferencia que existe entre langosta a la americana y una langosta a la baskuaise. Los beneficios que obtiene un muchacho de cuya educación gastronómica se ocupa su padre o la confía a un buen profesor son principalmente tres: uno de tipo estético, otro que atañe a la salud y el tercero, fiduciario. Y aun podría añadir un cuarto: el

ético. Generalmente las personas a quienes les gusta comer bien son mejores, más francas que las melindrosas en la comida. Y hay que tener presente que la educación de un paladar supone tanto como la del oído para la música, el ojo para las artes plásticas o un buen gusto literario. Un hombre o una mujer que se acostumbró a comer bien desde pequeño llega a los ochenta años sin el menor trastorno estomacal. Las úlceras y otras delicadezas por el estilo son enfermedades de hambrientos. Cuando en los Barrios Altos de Bilbao, a algún pobretón le tocaba la lotería, decía la gente: «Ese, pronto a Derio.» En Derio estaba el camposanto.

MANUAL DEL PERFECTO INVITADO

Así se llama un capítulo de la «Guía gastronómica de España». No basta que el joven aprendiz de «tripasa» aprenda a ser un excelente anfitrión y un comensal más que estimable. Ha de aprender igualmente a ser invitado.

—Para ser invitado, un buen invitado, no basta con que le inviten a uno a comer. Ser invitado resulta tan difícil o más que ser un perfecto anfitrión.

El autor me habla de unos tests psicoanalíticos que proporcionarán un aproximado coeficiente de las cualidades del invitado. Entre esos tests están los siguientes: capacidad de sonrisa. El perfecto invitado es siempre correcto, y por mucho asombro que le cause

no debe de dejar de sonreír con aquiescencia cuando oiga hablar de las dotes culinarias con que se halla favorecida la dueña de la casa. Otra prueba es la resistencia a las llamadas de la sirena:

—Es conveniente recomendarle que no imite la conducta de Cátulo Mendes. Un día Cátulo Mendes llevó a su casa a unos amigos para que hicieran los honores a una trufa de Perigord, de las que le habían regalado un cesto entero. Unos comieron dos, otros tres y otros cuatro; no por falta de deseos de paladear el manjar, sino porque Cátulo Mendes, arrebatado repentinamente por un irrefrenable impulso lírico, se lanzó sobre la fuente de trufas y se las comió todas, diciendo a modo de disculpa: «A vosotros no os gustan tanto como a mí.»

Otro consejo:
—El aprendiz de invitado no debe ser descortés, pero tampoco confiado, y la desconfianza se inicia cuando al invitarle el anfitrión o la anfitriona dicen: «Se trata de una cena sin cumplidos. Comeremos cualquier cosa.» Ese es el punto en que el invitado debe desplegar toda su simpatía para enderezar un negocio que se inicia torcido. Debe sonreír y decir: «Como tengo referencias de su pericia, señora, estoy seguro de todo lo contrario.» Y si no está la señora, lo oportuno es: «Son cosas que se dicen. Se que su casa es uno de los sitios donde mejor se come.» Y una advertencia muy importante: el aprendiz de invitado rehuirá a



«Conviene elegir sobre el terreno los platos que se han de saborear después...»



Las ensaladas y los complementos de la buena comida

los anfitriones que suponen que es una marca de elegancia servir raciones escuálidas. En cualquier caso es preferible ser anfitrión que invitado.

¿QUIEN ES MEJOR GASTRONOMO, LA MUJER O EL HOMBRE?

A esta pregunta don Luis Antonio de Vega responde:

—Con raras excepciones, las mujeres no son buenas gastronomas. La Providencia las ha favorecido con infinitas superioridades sobre nosotros; en cambio ha repartido entre el sexo débil demasiados paladares que no han pasado de la etapa infantil. Ningún buen gastrónomo es aficionado al dulce. Las mujeres generalmente lo son. Los niños todos.

—¿Cuál es el número ideal de invitados para un anfitrión?

—Se ha dicho que deben ser más que las Gracias y menos que las Musas. A esta recomendación

de que el número de comensales que se sienten a la mesa oscile entre cuatro y ocho, tengo que oponerle algunos reparos que he aprendido de la práctica. El número dos, uno menos que las Gracias, lo considero altamente estimable.

Don Luis me habla también de un elemento esencial en toda buena mesa: el vino.

—Ciertas comidas tienen afinidad con determinados vinos: un pez grasiento reclama un blanco no demasiado seco. Al cordero, al buey, a los filetes, les conviene un tinto de reconocida honradez. A los callos, a los riñones, a los platos muy apreciados, les sienta admirablemente un vino negro. El chacolí y los vinos flojillos, lo mismo que la sidra, deben ser desterrados de la mesa y utilizados únicamente para apagar la sed, ya que son un término medio entre el agua, absolutamente desplazada para uso interno, y los vinos dignos de este nombre.



La elección del menú es un buen ejercicio para el gastrónomo

—¿Debe haber agua en una mesa bien servida?

—Del agua se ha dado la definición de que es un líquido inodoro, inodoro e insípido... Y si no tiene sabor, ¿para qué la vamos a beber? En letras de buen tamaño se asegura que la vida del bebedor de agua es de cincuenta y dos años, mientras que la del bebedor de vino se prolonga hasta los sesenta y dos. Los joviales bebedores de vino nos merecemos bien estos diez años más de vida. El doctor Besancón dice en su libro «La vida empieza a los cuarenta años»: «Solamente existe una bebida natural para el hombre, y ésta es el agua; pero no hay que beberla jamás. Para beber agua se necesita estar loco, loco de remate. El agua es un líquido sucio. Millones de hombres se han muerto por beber vino, y miles de millones por haber bebido agua.» No hay borrachos de vino; lo que hay es indios viduos que no saben beber.

Después el escritor se recrea describiéndonos las fabadas de Asturias, las exquisiteces de la archidiócesis culinaria de Compostela, los asados de los pueblos de Castilla, los fritos del Sur, los arroces de Levante, las salsas de la región septentrional.

Después, las recetas. Ahí va una de muestra:

—Al lagarto, para que no se sienta vejado ni disminuido, hay que guisarle en una salsa verde, de aceite, harina, perejil y vino blanco. Sabe a campo, a romero, a tomillo. Lo comí por vez primera en la taberna de «La Golondrina», de Plasencia.

Don Luis termina diciendo: —Me ha sorprendido todo el ruido que se ha organizado alrededor de mi libro, y me conforta, porque veo que hay mucha gente en España aficionada a la culinaria.

Ernesto SALCEDO
(Fotografías de I. Cortina.)



En la fotografía de la izquierda vemos a Alicia Eguren, detenida a raíz de un telegrama falso dirigido por Kelly desde la Paz. Alicia Eguren está casada con John William Cooke, dirigente peronista famoso. En la de la derecha: Ester Miranda, la pitonisa chilena, cuando se dirigía a declarar



Izquierda: Blanca Luz Brum. Derecha: Jeanette de Undurraga, dos mujeres que al parecer tuvieron gran participación en la fuga de Kelly

que ahora se van exponiendo con metódica dureza. La generosidad del chileno, tan sensiblemente dispuesta para la hospitalidad, al verse burlada, ha adoptado un gesto irritado y tenso, y prácticamente es la primera ocasión en que veo a chilenos perder su natural buen humor. En cierto modo, han visto fracasar una cosa que los chilenos no quieren ver menospreciada nunca, que es el sentido caballeresco de la gratitud. «El Mercurio», periódico respetable, que siempre que hablaba de Kelly le ponía por delante el «don», al enterarse de la fuga comenzó a llamarle el «criminal peronista». Incluso ha reaccionado contra los demás asilados peronistas y ha escrito un editorial pidiendo: «Que se busquen otro asilo».

UN CIERRE DE FRONTERA

A raíz de la fuga se dió orden

de cierre de fronteras y se dictaron instrucciones para una vigilancia estrecha en carreteras, ferrocarriles, aeródromos y puertos, pero, por lo visto, esta orden tardó tanto en cumplirse como cuando se trató de que el «expediente de la sentencia Kelly», que había de pasar el reo de cancillería a cancillería, llegara debidamente a su destino. Durante algunos días se le ha seguido la pista a una serie determinada de billetes de diez mil pesos, porque es clamor público que el atravesar las tres rejas de la Penitenciaría ha costado mucha plata. Sobre cuánta plata les ha costado la faena a los peronistas, los periódicos no se ponen de acuerdo; unos dicen diez millones, otros veinte y otros cuarenta. Hay para todas las imaginaciones y bolsillos.

Se sabe que dentro de la cárcel había presos dispuestos a dejarse romper un ojo o una pierna

para que Kelly entrara en la fase de un nuevo delito que imposibilitara la entrega. Pero todo esto debió ser muy pensado, sobre todo por las mujeres que intervinieron en el cotarro, que optaron por un plan mucho más realista. Entre las visitas que recibió el último día de prisión Kelly hay que contar a un grupo de artistas que trabajan en una compañía de revistas y la orquesta de «Pigalle», quienes, en honor del cautivo, hicieron algunas exhibiciones e interpretaciones, terminando con el «Adiós, pampa mía». A todas estas visitas —entre las que alternaban damas con boxeadores y cantadores— les impresionaba el buen temple del preso y aquello de que en la pared de lo que se llamaba «celda» hubiera escrito, aunque con alguna falta de sintaxis, aquello de: «Pobre de ellos». «A. L. N.».

EN LA CARCEL CIEN VISITAS DIARIAS

Al secretario de la Alianza Libertadora Nacionalista, el abogado y político Arturo Alexandri había logrado meterle en el lío de la extradición por acusaciones concretas de homicidio, robo, incendio... etc. Quizá por eso, a pesar de que andaba la ficha de terrorista, peligroso, fanático, indeseable, pistolero de la guardia de Perón, y porque, a pesar de la aparente chulería y matenismo era muy fuerte verlo entregar mandado en manos de sus enemigos políticos (hay que agregar que se había eliminado la posibilidad de pena de muerte), el pueblo chileno, de la clemencia y conmisericordia pasó al regocijo y al aplauso cuando se supo lo de

la fuga, pero todo hasta que los órganos responsables comenza- ron a hablar de «gran vergüenza», «ridículo internacional» y «negligencia culpable», con lo cual el asunto tomó un gesto agrio dentro de lo político, hasta el punto de que ya les ha costado el puesto a dos embajadores (el de la Argentina y el de Bolivia) y a dos ministros (el de Justicia y el de Relaciones «por haber comprometido el honor de la nación y la dignidad nacional», aparte de los directores de la prisión y guardianes, que están entre rejas y explican- do en continuados careos lo inexplicable. A verdadera chaco- ta toma el chileno de la calle todo este follón de Kelly. Y cada día aparece en un nuevo sitio por medio de cables y cartas há- bilmente, estratégicamente, des- pistantemente falsificados. ¿Có- mo alegar ignorancia? Desde que terminó el juicio, todo avión que aferrizaba en Chile era que venía por Kelly, y los clamores, natu- ralmente, salieron a las paredes en letreros que decían: «Asilo para Kelly». Este clima duró tres o cuatro días, en los cuales se hizo semipúblico un comunicado del Gobierno argentino que denuncia- ba planes y proyectos concre- tos encaminados a impedir la extradición. También criticaba en cierta forma el régimen de espe- cialísimo favor en que seguía vi- viendo Kelly, quien había día que llegaba a recibir casi un cen- tenar de visitas, entre las que no faltaban peronistas declarados y también hembras enamoradas seguramente del gran tipazo y fa- chenda del condenado. La misma tarde de la fuga, Kelly estuvo radiante y categórico ante los pe- riodistas, negando que estuviera dispuesto a matarse y dando por descontado en honor de sus compañeros y, sobre todo, por lealtad al pueblo chileno, de nin- gún modo intentaría escaparse. Pero, como todo el mundo sabía —y ahora se ha comprobado en las acusaciones que Ana Eugenia Ugalde, otra mujer, está llevando a cabo ante la Cámara y el Senado—, Kelly andaba por la prisión como Perico por su casa, e incluso podía hacer llamadas telefónicas, cuantas quisiera, fuera del país. En la cárcel in- cluso grababa discursos y procla- mas. Prácticamente, Kelly, cuan- do se dió la noticia de su evasión, ya hacía tiempo que había dejado de ser un preso.

LA FUGA ES LO DE MENOS

La fuga ya es lo de menos. Ahora se habla más de las muje- res que intervinieron en el plan y que se han decho famosas. Una de ellas, y parece ser que la auto- ra del proyecto, es la poetisa uru- guaya Blanca Luz Brum, mujer de inquietud y fervor político. La otra es una viuda un tanto misteriosa, Jeannette de Undu- rraga, cuya misión parece ser que fué algo así como la de entrete- ner y despistar a los «comandos secretos» que habían venido de la Argentina con la orden termi- nante de liquidar a Kelly. ¿Qué papel jugó en todo esto la ad- vino «Sandra»?

Ahora por todas partes, se em-

¿VESTIDO ASI HUYO KELLY?



Recogiendo la versión de que Patricio Kelly se fugó de la penitenciaría vestido de mujer, una revista chilena ha hecho el arreglo fotográfico de la derecha, en el que aparece Kelly, sin retoque en el rostro y con las prendas femeninas

pezian a descubrir planes terro- ristas, armas, emisoras e incluso se habla de la desaparición de otros peces gordos del peronismo como García Rey, Araújo, Ocam- po, y últimamente, de Muñoz Monje, ex gobernador de Arica, y que era el dueño y director de la penitenciaría. Todo esto, unido a más de trescientos allanamien- tos en Santiago y en las provin- cias norteñas, ha traído una gran ansiedad ante la red tan admirable que tiene el peronismo, no sólo en Venezuela, como se dice ya tópicamente, sino en el mismo Chile. Se habla insistentemente de un ejército clandestino, las fuerzas del Ejército Libertador Sudamericano (E. L. S. A.). Es posible que lo de Kelly sea un suceso baladí dentro de una organización y una actividad mu- cho más compleja y decisiva. El escándalo Kelly bien podría ser la cortina de humo tras la que se está escondiendo una trama más poderosa.

De vez en cuando, el chileno, que no pierde nunca su buen humor, cuando le preguntan por Kelly responde: «¿Kelly? Kelly está en Mónaco». Pero la mirada

del chileno va profundizando más, y de rato en rato, para sus adentros, exclama: «Todo esto va a traer cola».

CASTILLO PUCHE

(Desde Chile, especial para EL ESPAÑOL.)



Gran consternación en la penitenciaría al conocerse la noticia de la fuga de Kelly. Director y guardianes fueron detenidos

UNA FECUNDA ZONA

EL VALLE DE ALBAIDA

DE SUS 270 KILOMETROS CUADRADOS SALEN TODOS LOS DIAS DE 25 A 30 MILLONES DE KILOS DE UVA "ROSETTI"

Los mayores consumidores son Francia ("Raisins D'Espagne"), Inglaterra, Suecia y Alemania ("Weintranben Bingen Spanniens Sonne")

UNA INDUSTRIA
CRECIENTE, COM-
PLETA Y VIGOROSA
LA RIQUEZA AGRICOLA

TODO el campo, en estos días, huele fuertemente a vino en el valle de Albaida. ¿Y de qué tiene uno que hablar—recordando a Azorin—estando en el valle de Albaida como no sea de uva y de vino? De uva y de vino, y también de melones, que aquí se dan—el «tendra», amarillo y negro, de secano—, yo creo que los más ricos de España. Rajar un melón del valle de Albaida equivale poco menos que a rasgar una tela de seda; tal es el fruto que el cuchillo hace al hendirse en la carne de la cucurbitácea. Pero ello no es más que accesorio. Lo bueno viene después, cuando te lo echas a la boca, y ves que, pese a crujir al mordisco de su dura carne, poco a poco se te deshace en jugo—un jugo dulce, de un dulce inglés que no empalaga—, sin que te quede residuo alguno.

Pero no es de los melones, con tener tan justa y merecida fama de lo que pretendemos empezar por dar cuenta aquí, sino de la uva. De cómo, merced a ella—concretamente la variedad «rosetti», el valle de Albaida se ha convertido, de pocos años a esta parte, en una verdadera zona frutera que no es grano de anís, palabra, y que ya rinde sus buenas divisas a la Nación.

Es el valle de Albaida amplio y cerrado. Unos 270 kilómetros cuadrados, desde Ayelo de Rugat y Cuatretonda hasta el puerto de Albaida. Arranca del sur valenciano, con las sierras de Agullent y Benicadell, cuyas crestas delimitan las provincias de Valencia y Alicante, y cierra por



«El Planta», granos grandes, dulzones y duros, muy apelonados

el Norte con la Serra Grossa su pico Egea tiene 727 metros de alto—, que baja por el Estret de les Aigües al río Albaida, engrosado por el Clariano, tras cruzar el valle de abajo arriba, para ir a verter sus aguas en el Júcar, en término de Alberique. Por la abertura que deja libre el Estret de les Aigües se divisa el fondo, como un foro teatral de la Reconquista, el histórico castillo de la huertana y papal Játiva, asentados sus torreones y almenas sobre un recorte de orografía altiva y graciosa. Atraviesa el valle una carretera principal, estratégica: la de Barcelona a Cádiz, por Valencia y Alcoy, y una vía férrea: la de Játiva a Alcoy. Del Benicadell a la Serra Grossa—una docena de kilómetros—jalonan la planicie viñera grandes torres plateadas, por las que pasarán en breve, si no pasan ya, millones de kilovatios hora de la

central térmica de Escombreras a Torrente.

Veintinueve pueblos forman el valle de Albaida. Entre ellos figuran Albaida, la capital prócer y señora, maestra de antiguo en sus talleres pirotécnicos, y sus fábricas de vidrio; Adzaneta de Albaida, con sus fundiciones de campanas; Luchente, histórica en la rota cristiana de julio de 1276, que llevó a Don Jaime el Conquistador al sepulcro, y cuna de los portentosos Corporales de Daroca; Castellón de Rugat, alfarero de pies a cabeza, elaborando tinajas para todo el Levante; Salem, antigua vía romana del Benicadell, y Carrícola, gracia de un pueblo pequeñísimo, el Municipio benjamín del valle y acaso de la provincia, con los restos de su castillito emergiendo de la enorme pinada del monte... El Benica-



Campo de vid en el valle de Albaida; 270 kilómetros cuadrados

dell—1104 metros de altura—, en la umbria del valle, todo forrado de pinos, que fué testigo de las atrevidas cabalgadas de Ruy Díaz de Vivar, es la Peña Cadiella del «Cantar de Mio Cid»:

**«Cuando el Cid Campeador
ovo Peña Cadiella,
ma'es pesa en Xativa
e dentro en Gujera,
non es con recabdo
el dolor de Valencia.»**

El paisaje, seco en su mayoría—son muchos los pueblos del valle de Albaida que no saben lo que es la huerta—, salvo la barroca pinorosa del Benicadell, es todo él de líneas clásicas, señorial y alegre. Grandes planos, exentos de arbolado, modulan cromatismos verdes de suntuosos viñedos, plegándose a los oteros. El río acusa sus meandros con la pompa musical verde clara de los cañaverales y parcelas huertanas de maizal. En las hondonadas barrancosas apuntan pequeñas pinadas y álamos. Hurtan monotonía al valle, que sería sino una inmensa sábana verdosa, el color rojizo y blanquecino de tierras de pan llevar—en las que el trigo «fartó» va como sobre ruedas—, limpias, roturadas por los tractores apenas segados los cereales. El valle de

Albaida no conoce más planta que la vid, que es su principal cosecha. Le sigue en importancia el melón. Algarrobos se dan grandullones en las faldas del Benicadell y Serra Grossa, puestos resguardados y cálidos. Olivos, los pocos que hay, no despliegan el auge retorcido y añoso del olivo mediterráneo de sus vecinos los del «pla» de Muro, a la otra banda del Benicadell, salvo en Beniatjar, Otos y Carrícola, asentados en la ladera septentrional de dicho monte. Aquí y allá destacan en los bancales pequeñas casuchas, «resguardos», como dicen los hombres del valle de Albaida, apenas para guarecerse labriegos y bestias en días de tormenta. Ornamentadas con una colección de copudos árboles, las fincas de labor, masías y heredades brillan de cal. Veintinueve pueblos, ocos y blancos, casi tocándose unos a otros—tal es el caso de Guadasequies, Sempere y Benisuera, a la izquierda del Albaida, emplazados los tres en apenas kilómetro y medio—, se desparan gozosos y agrícolas por el valle, con las agujas de sencillos campanarios y la media docena de jóvenes cipreses junto al camposanto o la ermita de sus devociones. El Benicadell y la Serra Grossa proyec-

tan sendas líneas de montañas, que quiebran y decrecen hacia el Este—por donde se presiente el mar de Gandía—, cerrando el valle. Y al trasponerse el sol por el puerto de la Ollería, es de ver la gama de azules y verdes del cielo; el plata y carmines de los escarpes del Benicadell, y el naranja de las nubes, colores todos que impresionan la retina de Segrelles, el insigne acuarelista, recluso voluntariamente en su torre de marfil de Albaida. Sólo por ver en la iglesia parroquial de este pueblo el San Pedro y San Pablo que Segrelles pintó para el retablo del altar mayor, merece la pena de ser visitada Albaida.

Hablemos del agro. En España, según le afirman al periodista los marchantes y entendidos en la materia, existen tres zonas donde se cultiva la uva «Rosetti»: Alcalá de Chisvert, al norte de la provincia de Castellón de la Plana, muy cercano al mar; el rincón de Liria, Buñol y Gestalar, al oeste de Valencia, y éste del valle de Albaida. Apenas si se conocía en el valle de Albaida, antes de la guerra de Liberación, esta variedad de uva.

En los campos del valle de Albaida, hechos, no nos cansaremos de decirlo, casi exclusiva-

Labores de la vendimia. De veinticinco a treinta millones de kilos de uva, se recogen cada año





Silencio y humildad en Montaberner, uno de los veintinueve pueblos del valle de Albaida

mente para viñedo y melonar, se daban las variedades llamadas «Planta» — granos grandes, dulzones y duros, muy apeltotonados en el racimo y de gran rendimiento— y «Boval»—uva negra, tintorera, actualmente a extinguir—. Otras clases, en menor escala, eran el «Verdill», «Pedro Ximénez», «Tortosí», propios para caldos dulzones y mistelas, y el «Bonicaire», «Malvasía» y el «Planta fina», de las que aún quedan restos. Todas estas uvas, de buena graduación — algunas de las clases citadas alcanzan catorce y catorce grados y medio—, iban a los lagares y bodegas.

Tal vez el agricultor de aquí, despabilado y despierto como él solo, se dió a plantar «Rosetti», a pesar de que esta clase de viña exige más cuidados que las otras por aquello de poder «jugar con dos barajas». Si un año los bodegueros o alcoholeros —unas treinta, entre cooperativas y fábricas de vino y tres de alcohol, existen en el valle de Albaida; esto te dará idea, lector, de su importancia vinícola— escatimaban el precio de la uva, siempre le quedaba al viñero abierta la puerta de los mercados de abastos donde defenderla a mejor precio.

Lo cierto es que después de la guerra de Liberación los agri-

cultores del valle de Albaida se dieron a plantar «Rosetti» en gran escala, alcanzando hoy día la producción de esta clase de uva la cifra de 25 a 30 millones de kilos, amén los de las otras variedades. El mayor contingente de «Rosetti» lo da Puebla del Duc, el primero del valle de Albaida que plantó «Rosetti», un pueblo que se pinta solo para sacarle al viñedo pingües beneficios. La Puebla—que así llaman a Puebla del Duc—no conoce otra clase de cultivo. Son los hombres de la Puebla unos verdaderos artistas en las faenas y cuidados de la vid. Pueblo parceladísimo, son muchas en él las familias que se sostienen con apenas media docena de hanegadas de «Rosetti». Es de ver el amor que estos hombres de la Puebla ponen en las vides hasta hacerlas altas, copudas, hinchadas, unos verdaderos arbustos, apuntalados con cañas para que los racimos de «Rosetti» pendan sueltos sin rozar el suelo. Le sigue en importancia Montaberner. Cuatretonda, entre Beniganim y Luchente, también es un gran foco viñero.

Llegada la primera decena de agosto, el valle de Albaida adquiere un tráfago sorprendente. La uva «Rosetti» está a punto de vendimia. En todos los pueblos, aun en los más pequeños,

atrueñan sus blanqueadas calles camiones de seis o más toneladas. Comienzan a propagarse los precios. Visitan las «partidas» de uva comerciantes y corredores. Se ajustan a ojo los rodales. Los «alferraçadors»—personas que calibran de «visu» los kilos de uva que tiene un campo de viña—discuten de cantidades con los aparceros. Los tratos—¡oh el diálogo pintoresco, vivaz y jugoso de los tratos!—se cierran con un apretón de manos y una «señal». A veces cuarenta duros dan fe de una operación de cinco o seis mil. Jaimás marchante o labriego alguno de la contornada faltó al «tracte». «La palabra es el hombre», dicen por aquí. ¡Qué se diría de lo contrario!

Y entonces comienza lo bueno. Al periodista le ha tocado en suerte vivir una jornada de éstas en Montaberner—en el centro del valle, junto a la carretera general estratégica—y ha podido seguir de «pe» a «pa» los pasos todos de las operaciones manufactureras. En los pueblos del valle de Albaida se habilitan locales para el envasado del «Rosetti». Principian a llegar los «raimeros»; «raim» se le llama aquí a la uva. Ruidos de vehículos que transportan gente y envases para la vendimia. Es fácil advertir en las encrucijadas de los caminos verdaderas montañas de cajas de madera que esperan a ser llenadas de uva «Rosetti». Cuando la «partida» es grande, empizan una tienda de lona en medio del bancal para resguardarse del sol los operarios.

Pero los pueblos del valle de Albaida tienen poca mano de obra en esta época. Los hombres andan ocupados en las faenas del campo, con jornales que rebasan los veinte duros, o empleados en la confección de «sarga»—de la que ya hablaremos—para el revestido del vidrio de las garrafas, industria casera popularísima que arrancó de Ollería y está cada vez más enraizada en los pueblos aledaños. El manufacturado de las cajas de «Rosetti» es trabajo de mujer. Y tampoco las hay desocupadas. Pues de donde sea. Y entonces, estos marchantes levantinos, que no conocen lo que son dificultades, se traen todos los días chicas de La Ribera que, acabada la jornada, regresan en camión a sus pueblos respectivos. Y así mientras dura la vendimia.

En el bancal, los vendimiadores cortan lo que se llama la uva de «soca», esto es, los grandes racimos que penden del tronco de los sarmientos, dejando como desperdicios los pequeños «caberots» de las puntas. Los vehículos descargan los cajones repletos de mercancía en las puertas de los almacenes—que en algunos casos es el amplio zaguán de una casa grande—, que rápidamente pasan a las mesas del envasado. En ellas las mujeres cortan de los racimos los granos maduros, aquellos otros que no llegaron a la mayoría de edad, uno que aparece podrido o afea la buena vista del conjunto, etc., hasta dejarlos bien limpios y aseados. Hay pueblos, como Puebla del Duc, en cuyos almacenes fun-

ciona todo el día la radio, emitiendo música y canciones que estimulan más el trabajo de las operarias. Los desperdicios de las operaciones de manipulación van a parar al lagar, a la bodega, para vino.

Las cajas son forradas luego con papel blanco que tiene como encaje en sus bordes. Y las habilidosas manos de las mujeres arreglan cuidadosamente en ellas los racimos de «Rosetti», en apariencia prensados, pero sueltos, a fin de cuentas. De los cuatro ángulos de la caja salen unas cintitas de banderita española que cierran con un lazo en el centro del envase. Es éste una jaula de madera, del tal forma dispuesto su almacén, que el fondo de una es tapadera de la otra, permitiendo ello ser apiladas fácilmente, y así, por días que dure el transporte de las mismas, a los racimos no les falta el aire. Las cajas suelen contener cinco o diez kilos de uva, según para la nación a que vayan destinadas. En las estaciones de ferrocarril de Beniganim, la Puebla y Montaberner especialmente, es de ver en época de vendimia la serie de vagones inconfundibles de la Fesa, expresamente acondicionados para ello, que esperan a cargar millares y millares de cajas de «Rosetti», y también los grandes foudres para mostos y caldos procedentes de las bodegas.

En los lugares de preferencia de las cajas podrás leer, lector, etiquetadas o marcadas a fuego, frases como ésta: «Frudesol», que sintetiza el hermoso «slogan» de fruta de sol. O esta otra: «Uva de España», como para una copia. «Rosetti» del valle de Albaida llega a los mercados españoles. Una noche de camión, y al día siguiente está vendiéndose en las lonjas de Barcelona o Madrid. Pero una parte muy considerable — no ha podido el periodista precisar los millones de kilos — se exporta a Francia, adonde las cajas arriban rotuladas con el nombre de «Raisins d'Espagne»; a Inglaterra, a Suecia y Alemania sobre todo — la principal consumidora; casi verde se le manda esta fruta, y no sé por qué —, para la que unas etiquetas especiales rezan en los envases: «Weintrauben bringen Spunlens Sonne».

Acabado el trajín del día, los casinillos de los pueblos se llenan de marchantes, corredores, «mimeros» y labriegos, que apagan su sed y sellan su optimismo ante la cosecha esplendorosa con un vaso de cazalla. La quietud volverá en breve a apoderarse de estos pueblos pacíficos y humildes del valle de Albaida, a los que la temporada del «Rosetti» y los melones «tendrals» hurtan la paz y tranquilidad cotidianas, convirtiéndolos, por un par de meses largos, poco menos que en verdaderas factorías agrícolas. Zona frutera ésta que no es grano de anís, palabra.

Pero el campo, fuera de la temporada vinícola, absorbente y febril, dejaba libres y desocupados muchos brazos el resto del año. El hueco había que rellenarlo con lo que fuese. No es el indígena del valle de Albaida dado a la emigración. Y así es có-



En plena calle se apilan las cajas de «Rosetti», listas para la exportación



Se terminó de preparar una caja...

mo la industria penetró en la ancha hoya albaidense, vigorizando y completando su opulenta riqueza agraria.

A Albaida, acostumbrada de antiguo a manejar algodón para los pabilos de los cirlos—Albaida manipula la cera desde el siglo XV y ha llegado a ser el segundo foco cerero de España, después de Barcelona—, vecina de Onteniente y a poca distancia de Alcoy—lanero éste desde el XIII—, le venía que ni pintada la industria textil, de la que hoy muestra un reducido pero especializado núcleo, digno de tenerse en cuenta, de manera preferente el de la rama manera. A Montaberner también llegaron los textiles, con dos o tres grandes fábricas de tejidos rizados y géneros de punto que absorben por completo todo el censo femenino del pueblo.

Beniganim retiró de sus calles la familiar y artesana confección de alpargatas para situarla con fango de industria bajo techado, dotándola de maquinaria que multiplicase la producción y lograrse competir en el mercado. Sus molinos harineros convirtieron en fábricas de harinas, y el vidrio es hoy también un



... y otra espera, empapelada ya, los racimos



Todo el pueblo ha de cooperar en la vendimia

renglón importante de la villa.

En Castellón de Rugat—de la baronía del mismo nombre; antes se llamó del Duc, como la Puebla, por haber pertenecido, como ella, a los Borja, duques de Gandía—, sus cerros de tierra albariza y rojiza crecían a los naturales materia prima en abundancia para el manufacturado de cántaros, lebrillos, jarras, tejas y especialmente tinajas. Toda una gama alfarera—¡que anduvieron por aquí los moros, eso es todo!—surge. antigua aun, de Castellón, a quien la gente de la contornada conoce, y con razón, por el apodo de «les gerres» (tinajas). ¡Si fabricarán allí! Tal es la fama de sus tiestos que, como preguntes por Castellón de Rugat—que tal es el verdadero nombre del pueblo—o del Duc, no te sabrá dar razón nadie. El periodista no acertaba a explicarse hasta que no pisó Castellón por qué en todas las bodegas de la rústica del valle de Albaida, en lugar de toneles de madera para almacenar caldos, se alineaban a ras de tierra enormes tinajas de barro cocido. Y la razón hay que buscarla en que Castellón «de les gerres» está a dos pasos.

Ollería—un pueblo blanco, limpio, de rincones urbanos entrañables—suele regalar casi todas las noches a los vecinos del va-

lle, con resplandores de cohetes y estampidos de carcasas, que sus pirotécnicos lanzan al cielo para comprobar el arte de nuevas invenciones de fuegos de artificio. En esto de la pirotecnia a los de Ollería, no ha de enseñarles nadie. Como tampoco a sus vidrieros—Beniganim va digamos que cuenta con una buena fábrica—, industria potentísima que le robó al pueblo ha tiempo su verdadera marca labradora.

Pero Ollería había de hacer algo más que combinar la pólvora y fundir en los hornos el vidrio azulado para garrafas y damajuanas. ¿Y por qué no completar el ciclo de fabricación de esto último? En los cañizales de los ríos Clariano y Albaida estaba la respuesta. Hasta ahora las cañas sólo servían para cañizos; para señalar las plantaciones de viñedo; para rodrgones de las jóvenes cepas; para apuntalar los sarmientos de las adultas, evitando así que los racimos de «Rosetti» rozaran el suelo. En adelante iban a ser utilizadas también para forrar el vidrio de las garrafas. Y así surgió una industria nueva, totalmente artesana, que recuerda mucho las labores que antiguamente se hacían en las cárceles. Caña y mimbre como primeras materias. ¡Y a las manos de los hombres y mujeres del valle de Albaida!

La manufactura de cestas, tapas, cuellos y asas es domiciliaria. En las fábricas arman luego las partes, formando el todo. No hay casa ya en los pueblos del valle de Albaida donde no se ganen jornales confeccionando «sarga», como se le llama a esta labor. El mimbre viene del norte de España. Aquí han probado de plantar mimbreras a la vera de los ríos, pero mueren a los dos o tres años y, además, producen un mimbre demasiado grueso.

Hábiles y expertas las manos en el trabajo de forrar garrafas y damajuanas, la industria aun evolucionó más después de la guerra de Liberación con la aparición de los plásticos, que han abierto vías, insospechadas a los industriales de Ollería para estos trabajos de revestir el cristal. Y hoy, este pueblo del valle de Albaida suministra al mercado bolsos, cestas, bandejas, canastillas, cestitos de labores y hasta fundas para botellas de licor, con su cajita de música y todo, verdaderas maravillas artesanas. La fabricación está en marcha y no sabemos hasta dónde puede rayar.

Zona devota esta del valle de Albaida—en Agullent se celebran con frecuencia ejercicios espirituales en una casa expresamente dedicada a ello, y Beniganim ve llegar continuamente romerías para visitar a la Beata Inés, cuyo cuerpo incorrupto fué conservado hasta 1936—, es curioso anotar aquí la diversidad de advocaciones con que Cristo Crucificado—de la Agonia, la Divina Gracia, la Preciosísima Sangre, la Fe, la Salud, la Paciencia, etc.—recibe culto popular en ermitas y calvarios.

Sin embargo, hay que destacar, por ignorado tal vez, que el portento de los famosos Corporales

de Daroca se dió en Luchente. El hecho pertenece a los tiempos de la Reconquista. Luchaban moros y cristianos. En peligro éstos por el refuerzo que de granadinos y africanos recibieron aquéllos, hubieron de bajar precipitadamente de Valencia fuerzas para auxiliarles. Se trataba de tomar el castillo de Chío—entre Luchente y Pinet—, en poder de los mahometanos, pieza estratégica del valle de Albaida. Celebrando misa un sacerdote de Daroca, que venía con las tropas del Conquistador, atacaron los moros, y el clérigo guardó rápidamente entre los Corporales las seis formas que había consagrado para dar la comunión a otros tantos capitanes, ocultándolo todo bajo una piedra en un matollar. Pasada la refriega fueron recuperados los Corporales y, ¡oh prodigio!, en ellos advirtieron seis manchas de sangre. El portento sirvió de bandera de combate. Atacaron de nuevo con brío los cristianos, y los moros hubieron de abandonar la fortaleza de Chío. La victoria alcanzada por las tropas de Don Jaime trajo las naturales disputas sobre la posesión de aquella reliquia, a la que se consideraba autora del triunfo obtenido. Todos se creían con derecho a llevarse los corporales y las formas. Como en las tropas cristianas militaban caballeros procedentes de varias regiones, se sepel—cuenta la tradición—a un original procedimiento para dirimir el pleito. Corporales y formas fueron puestos convenientemente, en rica arqueta guardados, sobre una mula, conformes todos en que allá donde la bestia parase, quedarían depositados para siempre. Se eligió para ello, además, una mula que nunca había caminado por tierras de cristianos. Se cuenta que el animal paró en Daroca, y que apenas llegó a la iglesia del pueblo cayó muerto.

Octubre viene cargado de agua. El paisaje cambió las tonalidades verdosas por otras ocres como el oro viejo. El cielo es talmente una lámina de plomo. En los campos del valle de Albaida queda por vendimiar aún la uva de Planta. Las lluvias interrumpen las faenas. Habrá que esperar a que el sol luzca de nuevo para poder entrar en los bancales. Pero al Benicadell lo coronan nubes blancas, espesas, algodonosas. Y el refrán no miente—«Cuant el Benicadell fa capell, pica sola y fes capdell»—; tendrán los labriegos que consumir sus ocios picando esparto, haciendo cuerda. El periodista quiere de uno de ellos si tanta agua no echará a perder la cosecha póstuma de uva. «Algo se pierde, ¿sabe usted?—contesta el hombre—. Pero es más lo que se gana. Y quien diga lo contrario se engaña. El agua siempre es buena. Hágase cuenta que están cayendo billetes.»

Tiene razón, que le sobra, el hombre. Mejor tiempo para sembrar ni hecho adrede.

Rafael COLOMA

(Fotografías de Vicéns Hilario.)

¿SE PUEDE COMULGAR A CUALQUIER HORA DE LA TARDE?



Por Timoteo de URQUIRI
C. M. F.

INTRODUCCION

CON fecha 19 de marzo de 1957, el actual Sumo Pontífice, Pío XII, firmaba para que entrara en vigor el día 25 del mismo mes y año un importantísimo documento acerca del ayuno eucarístico: el Motu Proprio «Sacram Communionem». (1).

Alrededor de tan histórico documento se ha suscitado entre los canonistas una cuestión animadísima sobre la distribución y recepción de la sagrada Eucaristía, en las horas posmeridianas.

Dejamos a un lado como incontrovertible el que se pueda distribuir y recibir la sagrada Comunión en horas posmeridianas, al principio, medio y fin de la misa, celebrada con permiso del ordinario del lugar. Mas ¿qué decir de la distribución de la Eucaristía fuera de misa, por la tarde? En este caso ¿está permitido distribuir la sagrada comunión en horas posmeridianas, a los fieles que lo pidieran, a cualquier hora de la tarde, supuesta siempre la exacta observancia de la nueva ley del ayuno eucarístico?

Ya hay autores que han tomado posturas contrarias, unos de otros, acerca de la cuestión. Mientras unos admiten la solución «afirmativa», otros se declaran abiertamente por la respuesta «negativa».

Dadas las grandes y diversas consecuencias pastorales que se derivan de una y otra respuesta, nos ponemos a redactar las presentes cuartillas cuando la cuestión se ha puesto candente y explosiva.

Aquí no podemos ni siquiera aludir al folklore y a ciertos episodios cómicodramáticos que se han desarrollado en algunos lugares, debido a esta doble postura de los autores, acerca del problema canónico.

I. LAS DOS POSTURAS

Desde la promulgación del Motu Proprio «Sacram Communionem», los canonistas se han dividido en dos corrientes acerca de la distribución de la sagrada Eucaristía fuera de misa en las horas posmeridianas.

En el nuevo Motu Proprio, se halla este párrafo: «Los Ordinarios de lugar, exceptuados los Vicarios generales sin mandato especial, pueden permitir la celebración de la misa todos los días, en horas posmeridianas, si el bien espiritual de una parte notable de fieles así lo reclama.»

Basándose principalmente en este párrafo ha habido canonistas que han llegado a afirmar que ya son «hábles o aptas» para la celebración de la misa las horas posmeridianas de todos los días, igual que las horas antemeridianas (Canon 821, § 1), con la sola diferencia, puramente accidental de que la celebración de la misa en horas posmeridianas ha de someterse al consentimiento previo del ordinario del lugar. Ahora bien, como según el ca-

non 867, § 4, se puede distribuir la sagrada comunión en aquellas horas en que se puede celebrar la santa misa; luego, después del Motu Proprio «Sacram Communionem» se puede distribuir la sagrada Eucaristía a los fieles aún fuera de misa, en cualquier hora de la tarde.

Otros canonistas, por el contrario, aún después del «Sacram Communionem» seguían negando que fueran horas hábiles o aptas las posmeridianas para la celebración de la misa; por tanto, ni aún después de la promulgación del nuevo Motu Proprio admitían que se pudiera distribuir la sagrada comunión a los fieles fuera de misa a cualquier hora de la tarde. Se pueden citar canonistas de gran peso y autoridad por cada una de estas dos corrientes contrarias.

II. EN FAVOR DE LA AFIRMATIVA

Dejando a un lado, como discutible y discutido, el argumento antes insinuado en favor de la corriente afirmativa se puede aducir otro, cuya fuerza probatoria no se puede eludir.

Según interpretación autorizada, comúnmente admitida por canonistas y moralistas desde poco después de la promulgación del Código de Derecho Canónico, la sagrada comunión se puede distribuir fuera de misa, «por causa razonable aunque leve», en horas en que no se puede celebrar la santa misa.

Es la interpretación comúnmente admitida del canon 867, § 4, última cláusula. Es decir, que siempre existe una causa «razonable» —no decimos causa grave— y esta causa razonable puede ser la simple devoción de no querer perder la comunión aquel día, se puede comulgar aún fuera de misa en horas posmeridianas.

Poco tiempo después de la promulgación del «Sacram Communionem», el jesuita padre José L. Urrutia firmaba en Roma para la revista «Razón y Fe» un breve comentario del documento pontificio. Cerraba dicho comentario con la siguiente nota: «Sobre todas las cuestiones expuestas, principalmente sobre algunas controvertidas, hemos consultado aquí varios competentes canonistas que las sostienen.» (2)

Transcribimos del mencionado comentario: «Comunión vespertina». Hora: según el canon 867 párrafo 4, sólo se podrá dar la comunión a las mismas horas en que se podrá decir misa, a «una ser que haya causa razonable». Hasta ahora se consideraba causa razonable la necesidad o la devoción, junto con la observancia del ayuno. Esa es también la costumbre aquí en Roma, «que permanece» —subrayamos por nuestra cuenta—, «aunque el ayuno se haya limitado a tres horas. Es sentencia segura y confirmada por el fin de la nueva legislación».

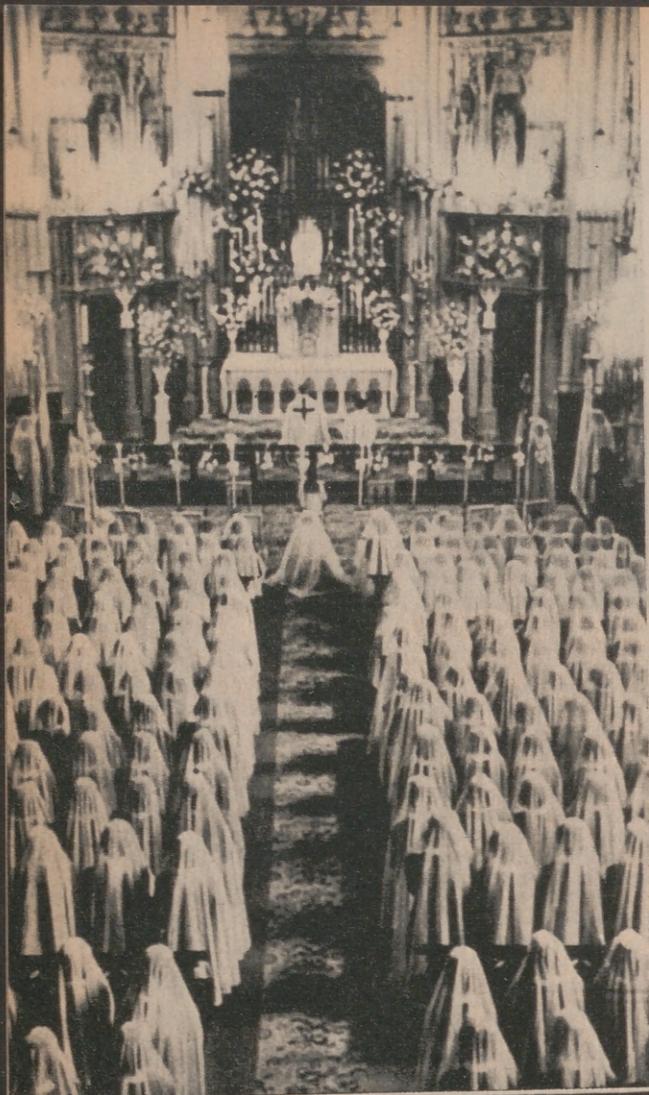
Por tanto, «habiendo causa razonable», en el sentido amplio ya explicado, se puede distribuir la sagrada comunión, aun fuera de misa, a cualquier hora de la tarde a los fieles que hayan observado el ayuno.

III. UN ARTICULO DEL CARDENAL OTTAVIANI

La revista de información católica «Ecclesia», en

(1) AAA., 49 (1957), 177-178.

(2) «Razón y Fe», 155 (1957), 481-485.



La capilla del colegio del Sagrado Corazón, de Madrid, durante una función religiosa

su número correspondiente al 14 de septiembre del año en curso, ofrecía a sus lectores un suelto intitolado «Respuestas del Santo Oficio a tres cuestiones planteadas a propósito del Motu Proprio «Sacram Communionem» (3). Pero, en realidad, de verdad, no se trata de «respuestas del Santo Oficio», sino de respuestas de un alto empleado del Santo Oficio—el cardenal Ottaviani—, dadas en un artículo «privado» de una revista científica: en el primer número de la nueva revista «Studi Cattolici». Por consiguiente, ni siquiera se trata de una respuesta «privada» de la suprema Sagrada Congregación.

La información falsa de «Ecclesia» ha sembrado el confusio nismo en muchas partes, llegando al gún «Boletín Oficial de Obispado» a recoger en sus columnas, como «Decreto del Santo Oficio», las respuestas del cardenal Ottaviani.

A la semana de haber aparecido la falsa información, escribimos a su dirección pidiendo una rectificación en honor a la verdad; pero esta es la hora en que está todavía por aparecer esa rectificación. ¡Quizá se haya extraviado nuestra reclamación en las oficinas de Correos!

Copiamos en la traducción castellana la respuesta del cardenal acerca de nuestra cuestión concreta:

«¿Puede distribuirse la sagrada comunión en las horas de la tarde, aun fuera de misa, conforme al canon 867, § 4

Respuesta: Puesto que en el Motu Proprio no se lee ninguna cláusula abrogatoria y ya que las nuevas disposiciones, en este punto, no son en absoluto incompatibles con las precedentes, la disposición de la Constitución Apostólica «Christus Dominus», número 15, permanece en vigor: los fieles pueden libremente acercarse a la sagrada comu-

nión, ya sea durante la misa—vespertina—, ya sea inmediatamente antes o después.

La disposición, en efecto, del canon 821, § 1, no ha sido abrogada. No se puede, por tanto, decir que la santa misa, aun hoy, pueda «ex iure»—en virtud del derecho—ser celebrada en las horas de la tarde. Son los Ordinarios, y solamente los Ordinarios del lugar, exceptuados los Vicarios generales que no hubieran recibido mandato especial, quienes pueden «permitir las misas en las horas de la tarde, para el bien de una parte notable de los fieles. Por otra parte, el espíritu de las concesiones que han sido hechas tiende a favorecer la asistencia de los fieles a la santa misa, y esta finalidad podría frustrarse si «se distribuyera la comunión a cualquier y por cualquier demanda». Hasta aquí el eminente purpurado.

Como algunos autores han querido ver en la respuesta transcrita del cardenal Ottaviani lo que no afirma él, creemos conveniente apostillar unas sencillas observaciones.

El cardenal se opone a que, después de la promulgación del Motu Proprio «Sacram Communionem», se consideren ya hábiles o aptas las horas posmeridianas para la celebración de la misa; y, en consecuencia, también se opone a que se distribuya la sagrada comunión por la tarde, aun fuera de misa, «a cualquier hora y por cualquier demanda». «A cualquier hora e a cualquier richiesta», dice el cardenal en su texto original. Pero en modo alguno, sostiene el cardenal que no se pueda distribuir la sagrada comunión a «cualquier hora y por justa o razonable demanda»—por causa razonable—, que es la frase del canon 867, § 4. Consiguientemente, el cardenal Ottaviani tan sólo se opone a que se distribuya la sagrada comunión por la tarde, fuera de misa, «por pura novelería»; pero en modo alguno se opone a su distribución «por causa justa o razonable»; entendida esta causa razonable o justa, en el sentido amplio arriba indicado.

Esta causa justa o razonable se puede dar hasta en aquellas poblaciones en las que exista misa vespertina; sobre todo si se trata de población algo numerosa. No es tan fácil que todas las personas se puedan acomodar a un único horario.

Si bien es cierto que el «espíritu de las concesiones que han sido hechas tiende a favorecer la asistencia de los fieles a la santa misa», no es menos cierto y seguro que entra del «espíritu de las nuevas concesiones» el facilitar a los fieles la comunión frecuente y aun diaria; lo que podría frustrarse en muchos casos, si no se distribuyera la sagrada comunión a los fieles debidamente dispuestos, en horas posmeridianas, aun fuera de misa, existiendo para ello la «causa razonable», a que se refiere el legislador en el canon 867, § 4, última cláusula.

Antes del Motu Proprio «Sacram Communionem», cuando el ayuno eucarístico era tan riguroso, no era tan fácil que se presentaran casos de fieles que desearan comulgar en horas posmeridianas; pero ahora, mitigado grandemente el ayuno eucarístico por el Romano Pontífice, se pueden presentar, y de hecho se presentan con frecuencia, personas que anhelan robustecerse con el Cuerpo y con la Sangre del Señor, en horas posmeridianas, aun fuera de misa. Por esto, ahora ha adquirido una importancia máxima de aplicación práctica la última cláusula del canon 867, § 4: «Solamente puede distribuirse la sagrada comunión a aquellas horas en que puede celebrarse el sacrificio de la misa, «a no ser que una causa razonable aconseje otra cosa».

CONCLUSION

Dos son los vicios o defectos—ambos igualmente reprobables—en que se puede incurrir ahora, acerca de la distribución de la sagrada comunión, en horas posmeridianas, fuera de misa.

La distribución hecha a «cualquier hora y por cualquier demanda», es decir, aun por «pura novelería». El cardenal Ottaviani trata de impugnar y de evitar este primer extremo vicioso. Pero al querer salvar esta desviación, cuidese de no incurrir en el otro extremo vicioso: negar la sagrada comunión en horas posmeridianas a los fieles que la pidan fuera de misa, «con causa razonable». Nosotros no hemos fijado principalmente en impugnar y evitar este último defecto. Consiguientemente, las afirmaciones del cardenal Ottaviani y las nuestras se completan mutuamente, dando, a nuestro humilde parecer, la perspectiva exacta y total de la nueva cuestión canónicopastoral.

(3) «Ecclesia», 17 (1957), 1.038.

Lo que Vd. buscaba...

Dpt. Public. Sopena

...Una Enciclopedia ECONOMICA, que en un SOLO TOMO recogiese TODAS las voces y acepciones del idioma y una EXTENSA información de carácter enciclopédico, SUBSTITUYENDO a otros diccionarios de más de un volumen sin menoscabo de su valor informativo.

La Editorial Ramón Sopena, S. A., ha resuelto esta necesidad con la publicación del MANUAL SOPENA, el cual encierra todo lo substancial del idioma en su aspecto lexicográfico y todo cuanto pueda ofrecer interés desde el punto de vista enciclopédico, respondiendo de este modo al propósito de ofrecer una ENCICLOPEDIA COMPLETISIMA Y ASEQUIBLE AL GRAN PUBLICO.

diccionario manual Sopena

(Enciclopédico e ilustrado)



30 Ptas. mes

EL ESPAÑOL 2-XI-57

*El más completo y extenso
diccionario en un solo tomo*

Para el padre... para el hijo... para todos.

- 2.236 páginas, 21,5x15,5 cms.
- 100.000 artículos enciclopédicos y lexicográficos.
- 2.800.000 palabras con 15.500.000 letras.
- 6.334 grabados en negro entre texto.
- 6 mapas en color de España y de los Cinco Continentes.
- 150 mapas en negro.
- 16 láminas en color.

Precio: { CONTADO 300 ptas.
PLAZOS 330 ptas. (11 plazos de 30 ptas.)

EDITORIAL AMALTEA, S. A. - Provenza, 95
BARCELONA

EDITORIAL AMALTEA, S. A.
Concesionaria venta a plazos de Editorial R. Sopena
Provenza, 95 - BARCELONA

Sírvanse remitirme lo que señalo con una X:

- 1 Diccionario MANUAL SOPENA, al contado contra reembolso de 300 Ptas.
- Carta-pedido y folleto para su compra a plazos.

Nombre.....
Profesión..... Domicilio.....
Localidad..... Provincia.....

UNA VENDA EN LOS OIS

SETECIENTOS MILLONES DE ANALFABIS PUEBLAN EL MUNDO

CIFRAS Y DATOS EN EL MAPA NEGRO DE LA INCULTURA



Estos libros que se apilan a la espera de su distribución y venta constituyen un tesoro vedado para casi la Humanidad

EL QUINTO CABALLO DEL APOCALIPSIS

DELANTE de todos estaba la pizarra. Era negra y apaisada; se apoyaba en el bastidor de madera en las tres patas hincadas en el suelo desigual. Junto a ella, con un pedazo de tiza en la mano, un hombre o una mujer trazan los rasgos de unas letras, de los primeros signos del alfabeto. Las vocales y las consonantes se entrelazan después

para formar las palabras, cortas, sencillas, fáciles de aprender. Hay que borrarlas cuando la mano del maestro mira los trazos equivocados del que aprende. La insistencia en el trazado



Una pequeña escuela china en la Federación Malaya. Los Estados que cuentan con grandes minorías raciales en su territorio tienen que mantener distintos tipos de enseñanza primaria

por el maestro un poco más arriba, sobre la misma pizarra.

Sobre las cabezas de este pequeño grupo puede lucir un techo alegre y recién pintado, o los travesaños de una choza o simplemente el cielo de un país cualquiera. Todo puede cambiar como cambia el techo, el color de la piel de los que aprenden y el que enseña, las palabras escritas en la pizarra o el paisaje que se aprieta en torno de la escuela. En el fondo siempre quedará eso: una pizarra, un maestro y unos seres que aprenden a comunicarse con sus semejantes por medio de la palabra escrita.

Pero todos los hombres de la tierra no contaron siempre con una pizarra y un maestro que les abriera los ojos ante las grandes letras en blanco sobre el fondo negro. Repartidos por el mundo hay millones de seres que desconocen el significado de la escritura; ellos no pueden comunicarse con sus semejantes por una carta o un mensaje ni pueden recibir tampoco de ellos las palabras escritas. Son los hombres y las mujeres para quienes no cuentan los libros ni los periódicos, los que se quedan al margen de la vida porque no tuvieron su oportunidad.

Faltan millones de escuelas que repartidas por todo el mundo llevarán la cultura hasta esas gentes. La alarma ante el peligro del futuro viene de América. Luther Evans, director general de la UNESCO, ha declarado en Nueva York: «El analfabetismo constituye uno de los más graves problemas con que se enfrentan las

personas que se preocupan por la paz mundial.»

Pasan por el recuerdo de todos los miles de papeletas que cada año se entregan en muchas elecciones. Hay países en donde la preferencia por un candidato se hace efectiva por la designación de un dibujo sencillo, un sol, una mano, un caballo. De otro modo aquellas multitudes con derecho al voto no podrían ejercitarlo porque carecen en su inmensa mayoría de un conocimiento elemental de la escritura.

Evans afirmó más tarde que uno, 700 millones de personas, es decir, el 44 por 100 de la población mundial adulta, son completamente analfabetos. Tras la noticia llega la profecía: los 700 millones se convertirán en fecha próxima en muchos más, porque el ritmo de crecimiento demográfico va más de prisa que los esfuerzos mundiales para enseñar a leer y escribir a esos millones

de seres. Esas multitudes analfabetas se hallan en su casi totalidad en estado de indigencia, y es ya un fenómeno observado que precisamente poseen, entre todas las capas sociales, los más altos índices de natalidad.

Si un esfuerzo conjunto y colosal de todo el mundo no logra disminuir al menos esa plaga social, el mundo de la energía atómica y de los viajes espaciales será también un lugar donde la mitad de las gentes desconozcan la comunicación escrita con sus semejantes.

Solamente la tercera parte de la población adulta del mundo es hoy capaz de leer un periódico, un folleto o un libro sencillo. Ante este panorama que revelan las últimas estadísticas, el director general de la UNESCO ha manifestado: «La situación, en su conjunto, es pesimista y no hemos logrado realizar los suficientes progresos.»



Un grupo de niños indios aprendiendo a leer



Mr. Evans, director general de la Unesco, ha sido quien ha profetizado un futuro de incultura si el mundo actual no se ocupa de los setecientos millones de analfabetos que crecen día a día

Hacen falta hombres y dinero para emprender la gigantesca tarea de enseñar a leer y escribir a media Humanidad. De otro modo, cuando el futuro del mundo sea realidad, una minoría de unos cuantos millones puede verse asaltada por las grandes masas de iletrados que vivirán en todos los Continentes.

Detrás del mundo brillante de las realizaciones técnicas y de los progresos científicos quedan los millones de seres que aún se valen de la palabra como del único medio de no hallarse solos en el mundo.

EL CAMINO DEL ALFABETO

Y primero los hombres que habían aprendido a comunicarse entre sí por sonidos articulados dibujaron sobre la piedra, el ladrillo, las pieles o las hojas sus primeros trazos. Cada idea, siempre elemental y sencilla, tenía su representación en un dibujo: un animal de caza, una escena de lucha. Después, aquellas primeras representaciones se fueron complicando, al tiempo que se estilizaban los trazos: habían nacido los signos jeroglíficos.

Pero las gentes quisieron ir más allá. Las ideas primitivas se complicaban al paso que el hombre se civilizaba. Cuando los jeroglí-

ficos resultan insuficientes, los sacerdotes egipcios comienzan a entrelazarlos: había nacido la escritura hierática. Vienen después con la escritura demótica las sílabas y las palabras: eran los signos que precisaban los mercados de la antigüedad para sus transacciones.

Después, porque siempre es verdad que todo llega y todo pasa, adviene la escritura fonética, en la que signos y sonidos se conjugan como expresión del pensamiento.

El hombre, que había aprendido a separar en sílabas las palabras, divide las sílabas en letras. Se había alcanzado el alfabeto, esa teoría de vocales y consonantes que cambia y se transforma a lo largo de edades y tierras, pero que constituirá en adelante el entramado de cualquier lengua.

Desde entonces hasta aquí hay un largo camino. Han pasado por el mundo muchos alfabetos y ya sólo perduran unos pocos, los de mayor difusión. Tras esos signos que a muchos no les son familiares, está la cultura, el pasado y el futuro de una civilización. Enseñar a muchos millones de seres el significado de los signos alfabéticos, mostrar su utilización, es la tarea que los hombres de todo el mundo deben emprender. De otra manera quizá

un día sea demasiado tarde y la Humanidad dé marcha atrás hasta las cavernas. Hay que reparar en los hechos menos brillantes que cada día suceden en el mundo. Frente a los grandes diarios de Europa y América es preciso pensar que existen en el mundo 47 países en los que no se publica ningún periódico. Y si esto sucede con la Prensa, más accesible que otros tipos de publicaciones, otro tanto sucede con los libros e incluso con los pequeños folletos de divulgación.

Setecientos millones de personas están en el mundo con los ojos abiertos sin comprender lo que significan unos signos alfabéticos. Asia, la tierra de las grandes multitudes, es el albergue de 530 millones de analfabetos; 98 millones son africanos; 40, europeos, y el resto se reparten muy distintamente por América y las islas perdidas de Oceanía.

En el camino del hombre a lo largo del tiempo ha habido numerosos errores, pero la lacra social que asoma por muchas tierras, el analfabetismo que se adueña de tantos países es quizá uno de los pecados más grandes por los que cambian con una palabra el destino de los pueblos.

ENTRE JAPON E ISRAEL

En Asia aprendieron los hombres la escritura; allí nacieron alfabetos inverosímiles como el chino o el japonés. De allí vinieron, siguiendo la ruta del sol, los signos y trazos de las diversas escrituras brahmánicas. Desde los ladrillos cocidos al sol de Asiria que conservaban la historia de unos días hasta los treinta y cinco millones de ejemplares que lanza hoy cada día la Prensa diaria nipona, el Continente ha leído en muchas lenguas y de muchas formas.

Pero Asia es inmensa, y millones de gentes de ojos oblicuos y mirada sonriente desconocen lo que puede decir una hoja de papel.

Asia, mundo de contrastes, presenta cifras muy distintas en cuanto al analfabetismo. En el rincón de los favorecidos destacan dos naciones separadas por miles de kilómetros: Japón, con dos analfabetos adultos por cada 100 habitantes, y al otro lado, Israel, con un 6 por 100. Frente a estos resultados favorables está también el reverso Asia, que puede llamarse, por ejemplo, Indonesia, donde 92 adultos de cada 100 habitantes no saben leer ni escribir. En posición tan angustiosa hay también países como la India, con un 81 por 100, o Borneo, con 83 analfabetos adultos por cada 100 habitantes.

A contrapelo del camino del sol hay que seguir la ruta del Pacífico para llegar a los países todavía jóvenes que forman el hemisferio occidental, la gran América, extendida de punta a punta de los hielos. Estados Unidos se encuentran a la cabeza del Continente; sólo un 3 por 100 de habitantes mayores de catorce años no sabe leer ni escribir. Esta proporción es la misma de las Bermudas y casi igual a la del Ca-



nada, donde por cada 100 habitantes únicamente cinco mayores de quince años son analfabetos.

La lista de América concluye por su número en Haití, donde existen 90 habitantes analfabetos mayores de diez años por cada 100 habitantes. Bolivia cuenta con un 80 por 100 y Perú con un 58 para los mayores de quince años.

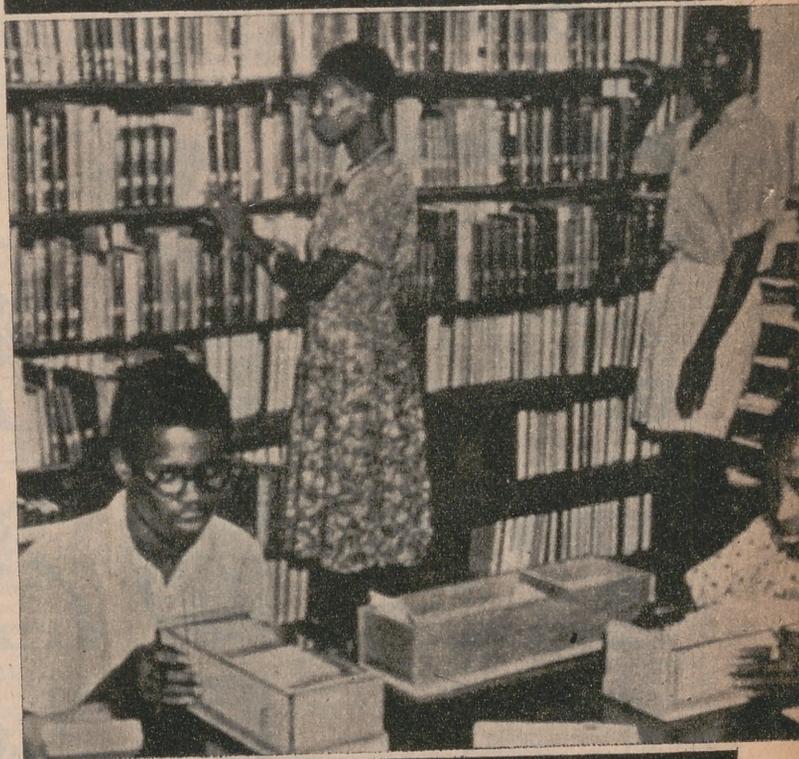
Pero no siempre estas cifras pueden señalar una acusación para los Gobiernos que rigen o han regido estos países. En muchos lugares, pero especialmente en América, se han registrado fuertes corrientes de emigrantes de otras tierras; hasta allí acuden a veces sin más bagaje que sus propios brazos, y son ellos y sus familias los que con frecuencia constituyen la más importante masa de analfabetos del país adoptivo.

EUROPA TAMBIEN ESTA EN LA LISTA

En Europa todo es distinto y mejor. Ningún Continente puede arrojar cifras tan halagüeñas como las de esta gran península de Asia que forman las tierras de la civilización.

En el extremo occidental están los países cuya proporción de analfabetos por cada cien habitantes no alcanza siquiera a la unidad. Suiza es, en este sentido, una de las primeras naciones por su carencia casi total de analfabetos. Según unos datos recientemente facilitados por el Gobierno helvético, de 26.000 suizos que en

En las nuevas nacionalidades constituye una preocupación constante la liberación de la servidumbre del analfabetismo



No basta saber leer y escribir para poder ser considerado «alfabeto». Estas gentes de color que estudian en una biblioteca han alcanzado ya la meta deseada

diversos y prolongados periodos fueron llamados al servicio militar, solamente uno no sabia leer ni escribir.

Casi en la misma proporción figuran Inglaterra, Suecia e Irlanda. Alemania cuenta con un analfabeto adulto por cada 100 habitantes. Dinamarca y Holanda, con dos.

En la Europa sudoriental se concentran las más densas comunidades de analfabetismo. La nación más atrasada en esta zona es Bulgaria, con 35 analfabetos por cada cien habitantes; Yugoslavia cuenta con 27; Rumania, con 23, y Grecia, con 29.

Al otro extremo del mapa. Portugal tiene por cada cien de sus habitantes 44 analfabetos mayores de quince años; Francia posee cuatro, e Italia, 23.

La procesión de los números sigue siempre arriba y abajo de paralelos y meridianos, hasta llegar a Rusia, cuyas cifras son un tanto aleatorias, ya que la información de que se dispone procede del año 1939. Desde entonces, por dieciocho años y una guerra por medio, han podido ocurrir muchas cosas, pero todo se ignora en esta materia, como en tantas otras, cuando suceden más allá del telón de acero. Según los datos de aquel año, la tasa para la Unión Soviética era de 19 analfabetos mayores de nueve años por cien ciudadanos de la Rusia europea.

UN SALTO DE VEINTE AÑOS

El peligro que se cierne sobre grandes zonas del mundo, la amenaza de aumento del analfabetismo no alcanza a España, porque sobre las tierras de la vieja piel de toro disminuye, al correr de los años, el número de analfabetos. Ahí están, como siempre, las cifras que cuentan la verdad.

Veinte años de la vida española pueden revelar bien claramente el avance experimentado. Cada dos lustros, y precisamente en los años terminados en cero, se realiza por la Estadística Oficial Española un censo general de población. Entonces se determinan, entre muchos otros, los datos que hacen referencia a la instrucción de los habitantes censados. Basta, pues, con escoger estos veinte años, la etapa comprendida entre los censos de 1930 y 1950, para apreciar el salto.

En 1930 la proporción de analfabetos españoles era de 24,91 por cada cien habitantes. A estos efectos se considera analfabeto a toda persona mayor de diez años que no sepa leer ni escribir. Cuando diez años más tarde se efectúa el censo de población de 1940, esta proporción de analfabetismo había descendido hasta un 18,68 por 100. En 1950 era ya mucho menor, exactamente, de un 14,24.

Claro está que estos avances no

se distribuyen de igual modo por regiones y provincias. En las zonas de menor número de analfabetos ha sido posible reducir en mayor proporción la cantidad de éstos, ya que su pequeño número hacía más fácil el éxito de una campaña educadora.

Ahí está como un ejemplo, el caso de Alava, la provincia que cuenta hoy con menor número de analfabetos. En esos veinte años la proporción aludida ha descendido en ella desde los 7,85 por cada cien habitantes en 1930 a 1,98 en 1950.

Burgos es otra de las provincias que cuentan hoy con menor número de analfabetos. En 1930, la proporción por cada 100 habitantes era de 9,90 mayores de diez años; hoy ha descendido a 2,83.

Las mujeres arrojan siempre un mayor porcentaje que los hombres. Dividida por sexos la población analfabeta española, los varones son sólo 9,86 por cada 100 habitantes, en tanto que las mujeres alcanzan a 18,30, es decir, el doble, aproximadamente, de la cifra de varones.

La lucha por la vida exige al hombre de la ciudad un conocimiento de la escritura. Por eso, y también quizá porque en el campo existen mayores dificultades para alcanzar la instrucción elemental, son mayores las cifras del analfabetismo rural. Así, mientras en las ciudades españolas los analfabetos de más de diez años se encuentran en una proporción, por cada 100 habitantes, de 6,32 y 14,25 hembras, en el campo estas cifras se elevan, respectivamente, hasta 10,28 y 18,78.

Entre el campo y la ciudad está el suburbio, donde viven los desplazados del campo y la ciudad. Es precisamente en esta zona intermedia, mitad rural, mitad urbana, donde se registran mayores porcentajes de analfabetismo. En España alcanzan una proporción de 14,10 varones y 24,16 hembras por cada 100 habitantes.

FRENTE A LAS COSTAS DE ARABIA

Entre el Atlas y El Cabo están las tierras donde un libro es muchas veces un desconocido. África cuenta ya con poderosos centros culturales, tal como existieron en otros tiempos; pero los pueblos que habitan el Continente poseen hoy los más altos índices del analfabetismo mundial. Allá, en el Este, en la punta que acaba en el cabo Guardafu, frente a las costas de Arabia, están precisamente los más negros centros de la incultura, en la Somalia inglesa e italiana. En estos territorios, el 99,9 por 100 de todos sus habitantes son completamente analfabets.

Los índices de incultura disminuyen en otras regiones, pero son siempre notablemente altos, salvo excepciones. A 2.000 kilómetros de la costa occidental hay una isla que, siquiera teóricamente, se considera como africana, Santa Elena. En esta posesión británica se registra el más bajo índice. Solamente el 1 por 100 de la población no sabe leer ni escribir. Claro está, sin embargo, que, como se ha dicho, Santa Elena, por sus peculiares condiciones, dista mu-

39

ADMIRABLE BUSTO

en menos de un mes

Que vuestro seno sea muy pequeño, flácido o excesivamente desarrollado, no importa; uno de los tres tratamientos externos IDEAL-BUSTE a doble acción a base de extractos mamarios, le devolverá la forma y firme elasticidad sin la cual no existe el encanto femenino. Los tratamientos IDEAL-BUSTE se emplean en doce países de cuatro continentes con creciente éxito.

UNA NOVEDAD

Haced a nuestras expensas una prueba de la fórmula adecuada a vuestro caso. Enviad únicamente el vale adjunto o su copia.

PRUEBA A NUESTRAS EXPENSAS

GRATIS

VALE nº 60

MAGENTA

Calle Vives y Tutó, 51 - BARCELONA

No os martiriceis más tiempo por este terrible complejo de inferioridad que ha destruido la felicidad íntima de tantas mujeres.

Ruego a Uds. me envíen la documentación completa sobre la fórmula n.º y la oferta para ensayar el tratamiento completo a sus expensas. Adjunto los sellos para gastos de envío reservado.

IDEAL BUSTE
a triple efecto

**FORMULA nº1
DESARROLLAR**
Resultado obtenido después de 28 días de tratamiento



**FORMULA nº2
FORTALECER**
Resultado obtenido después de 17 días de tratamiento



**FORMULA nº3
REDUCIR**
Resultado obtenido después de 2 tratamientos los de 26 días



LOS ANGELES PARIS MILAN



La indigencia es la causa primordial del analfabetismo en el mundo. Los muchedumbres de pauperadas se mantienen forzosamente al margen de la vida de la cultura

cho de poder ser considerada como un auténtico territorio africano.

Y por fin, Oceanía, la larga cadena de islas que salpican el Pacífico. Quizá sea en estos archipiélagos donde mayores alternativas se presentan en las tasas de alfabetización. Hay territorios en donde la población europea es ya más numerosa que la indígena, y ello origina, naturalmente, un decrecimiento de la proporción de analfabetos. Por el contrario, en lugares en que los blancos apenas forman pequeños focos entre una muchedumbre nativa, las tasas de alfabetización son frecuentemente desfavorables. Al margen de estas causas, que, como las económicas, determinan muchas veces las diversas cifras de cada territorio, hay que contar también con la labor educadora del hombre blanco, que ha sido muy distinta según los tiempos y las naciones empeñadas en la colonización.

Es en las islas Samoa, posesión de los Estados Unidos, donde existe menor número de analfabetos; exactamente, dos mayores de diez años por cada 100 habitantes. Siguen a este territorio las islas Cook, de Nueva Zelanda, con una cifra de cuatro para la misma proporción. Después, la sucesión se interrumpe en muchos guarismos. El siguiente número de la escala se halla ocupado por las islas Gilbert y Ellice, de la Gran Bretaña; allí viven 10 analfabetos de más de diez años por cada 100 habitantes.

Un Protectorado británico, el de las islas Salomón, es el que ostenta una mayor tasa de analfabetismo; exactamente, el 95 por 100. No existe ningún territorio

que ni siquiera se aproxime a esta trágica cifra, ya que el más inmediato es el de las islas Fidji, también inglesas, con 36 analfabetos mayores de quince años por cada 100 habitantes.

El mapa se cierra otra vez. Ahí quedan en cifras las manchas del analfabetismo en el mundo. Detrás de los números, que lo dicen todo, están los hombres y las mujeres a quienes es preciso redimir de esta vieja y pesada servidumbre.

EL QUINTO CABALLO

A la hora de pensar en los tristes motivos por los que tantos millones de seres ignoran el mundo de la palabra escrita hay que reparar fundamentalmente en la riqueza. El analfabetismo es el legado de las tierras pobres o de las regiones en donde la riqueza no se halla suficientemente distribuida. Se ha podido observar que la puesta en regadío de grandes extensiones de terreno traía aparejada, a la vuelta de unos años, la desaparición casi total del analfabetismo. Así está ocurriendo ahora por muchas tierras de España. La política hidráulica que crea grandes riquezas, alumbra también nuevas posibilidades para los futuros cultivadores de los regadíos.

El analfabetismo florece tristemente en los extensos dominios coloniales o en las nuevas nacionalidades creadas sobre aquellos territorios.

Hay entre analfabetos y alfabetos, un gran vacío que no pueden expresar las estadísticas más escrupulosas. Allí se comprenden los millones, quién sabe cuántos,

de seres que pueden firmar o leer unas palabras, pero cuyos escasos conocimientos carecen en la práctica de efectividad. No basta con la simple mención de que un individuo sabe leer y escribir, porque esta afirmación no determina apenas nada. La meta deseada puede cifrarse en la desaparición de ese tipo humano que define la Comisión de Población de las Naciones Unidas: «Todo aquel incapaz de leer y escribir, fácil e inteligentemente, un texto sencillo.»

Para ser considerado alfabeto hace falta más, es preciso a cada individuo: «Hablar y comprender su idioma, con claridad y facilidad; leer los textos necesarios en su vida corriente; poder expresar su pensamiento por escrito; realizar sencillas operaciones aritméticas; poseer algunos conocimientos de la Historia, de la civilización, las instituciones de su colectividad y de su país y poseer algunos conceptos claros sobre los lazos que unen a su nación con la comunidad de países.»

Se ha llamado al analfabetismo el quinto caballo del Apocalipsis. Adonde alcanza su poder se pierden los seres, porque las muchedumbres que carecen de los dones de la escritura y de la lectura son gentes muertas, para la auténtica vida del hombre. El libro, los periódicos o la simple carta se convierten para esos hombres en papeles muertos que nada les dicen y que a nada les mueven. La luz queda atrás, lejos de ellos, hasta que un día un hombre, ante una pizarra, comience, en voz alta, los primeros sonidos y trazos que les traen el conocimiento de las vocales y las consonantes.

Guillermo SOLANA



LAS MANZANAS DE "LA ASUNCION"

NOVELA

Por Laureano GOMEZ MOYA

BLAS y Asunción nacieron en el mismo pueblo. Un pueblo blanco de cal y rojo de tejas, tendido allá en Sierra Morena, cerca de la línea artificial portuguesa. Como Roma, tenía sus cinco colinas, desde una de las cuales, llamada de San Ginés, parecía—al decir de cierto visitante alemán—como un pañuelo tendido a secar al aire suave de la tarde. El pueblo era pálido, como las tapias de los cementerios andaluces, y sólo la policromía riquísima del campo vecino le daba la vida y la inquietud necesitada. Cuando, llegado el verano, solían visitarlo los que venían hastiados ya de abrumadoras ciudades, se encariñaban de su grato silencio—lleno de músicas extrañas—; se encariñaban con su perdida soledad, ayuna de inquietudes; se encariñaban con su existencia toda, desnuda y abierta.

En Andalucía abundan estos pueblos en los que el milagro de la luz hace milagros con las cosas. Pero en este pueblo, donde nacieron Asunción y Blas, las cosas, los milagros y la luz adquieren un ser distinto, propio, exacto y único.

Presidiendo cada uno de sus cinco «cerros», cinco verdades parecen bajar a cada instante sobre el pueblo: en el cerro del Castillo, la Virgen, una Virgen dolorosa que se llama del Mayor Dolor, una Virgen a la que cada año, cada día, cada momento los habitantes del valle tienen en el corazón. En el cerro de la Cruz, donde los riscos son robados a la madre tierra para el arado fecundo, está el símbolo concreto de la convivencia y la salud del sacrificio. El cerro de Cantalgallo—nombre que habla de auroras presentidas en duermevelas de afanes puros—se desliza cada amanecer hasta

el pueblo para hablarle al oído de quehaceres impenosos, de jornadas de trabajo y de recompensas. Luego está el cerro del Pinc—cuya razón de ser ya no existe, robada por el huracán furioso de hace unos años—, que siempre avisaba a los viejos caminantes medievales la proximidad del poblado, de la Colegiata, del refugio. Y por último San Ginés, el gigante que abraza toda la comarca como amante celoso y orgulloso, soñador de aspiraciones y de afanes limpios, cara al cielo.

Así era aquel pueblo, custodiado por los cinco colosos naturales. Así era y así será eternamente. Y allí nacieron Blas y Asunción.

Blas había nacido en el barrio alto, el barrio donde vivían los agricultores y los hortelanos. Era un barrio hecho alrededor de la carretera vieja, rodeado de castaños, esos árboles que hieren las manos de quien los toca: donde el cielo estaba tan cerca de los ojos que las nubes humedecían las cabezas. Sus padres—los padres de Blas—tenían en propiedad o arrendamiento una suerte más allá de la «Gesá», la tierra roja que empapa el cuerpo de calor y que es fértil y propicia a todas las ambiciones. También poseían, kilómetros más a la derecha, una huerta al sitio del «Castaño», la mejor zona hortícola del mundo, donde las manzanas son como sandías, las sandías como vientres de embarazadas y el agua—que se escurre por el suelo—como rival del vino de Jerez.

Blas nació y vivía dentro de este ambiente, como él saludable, abundoso como él, como él fuerte, rústico y real. Nadie abriría mejor un erizo para encontrar las brillantes—virginales—castañas; nadie manejaría mejor la azada, sudorosa del caldo de la hierba, ni quien mejor que él habría que manejase el arado—heredado de viejas tradiciones ibéricas—hiriendo sin descanso la amarga viudez de la tierra. Tenía el tal Blas fama de buen hondonero y nadie jamás le disputó el título del mejor cazador de pajarillos con redes o lirias en las claras mañanas del otoño.

Asunción, por el contrario, había nacido en el barrio bajo: barrio de artesanos y comerciantes,

donde las casas eran más limpias y el sol estrenaba cada amanecida su traje más nuevo. En todos los balcones había flores—geráneos, claveles, nardos, jazmines—el año entero. Y las amas de casa, antes de desayunar, limpiaban los portales y ribeteaban con la cinta de «sombra»—color de poco profundo—las aceras de las casas. Allí había nacido Asunción, que tenía, como su barrio, limpia la cara, olorosa de hierbabuena, y los ojos ribeteados de pestañas oscuras, y una leve ambición de rojos perfectos en la línea de sus labios, que recordaba a las rosas primeras del campo salvaje.

Cosía y bordaba en el taller de la maestra Eduvigis, la guapa moza orgullo del pueblo, y mientras bordaba y cosía sus ojos se iban llenando de paisajes esmeraldas y rubores malvas de atardecer, esa hora que hace al espíritu desear la plácida compañía de la espera tranquilizada en horizontes siempre nuevos.

Pero Asunción no conocía todavía a Blas. Y Blas ignoraba, igual que a la turbia tragedia de su destino, la existencia deseada de Asunción.

Ambo, recordarán aquel día en que se vieron por vez primera. Allá en el cielo, cuando los angelitos se pongan por las tardes a pintar de rojo, amarillo y malva las nubes del sol poniente, ellos tendrán en sus labios el sabor agríndice—esperanzado—de su primer encuentro, también en una atardecida malva y amarilla, amarilla y roja.

Fué por aquellos días de la feria del pueblo, celebrada cada año en honor de la Virgen de la Asunción, Patrona de la ciudad y aspiración de los campos, que, ya en agosto, tienen afanes de asunción renovada.

Las calles más importantes se habían vestido de fiesta. Colgaduras, mantones, colchas y adornos se derramaban por todos los balcones. Guirnaldas—trenzadas por las muchachas en las horas de siesta con ilusiones de noches maduras—unían de calle a calle las paredes recién blanqueadas. Iluminación a la veneciana, abundancia de coloretos tapando al cielo, mentidas estrellas al alcance de las manos y un loco sentido de muecas figurando sonrisas.

Todo el pueblo se vestía de fiesta. De los cercanos cerros bajaba una brisa distinta a los demás días que, olorosa de tomillos y romeros florecidos, envolvía y neutralizaba sudores contenidos.

Cuando Blas llegó con su traje nuevo, recién estrenado, hasta la plaza principal sintió en su cara el aire fresco de la tarde llenándole de rocío cada poro de su piel, curtida de soles de trabajo. Por todo su cuerpo advertía la caricia de la ropa limpia—olorosa de melocotones maduros—guardada por su madre en la cómoda de caoba heredada de tantas generaciones, que sólo se ponía en los días de repique gordo. Y hasta tuvo la tentación de ponerse en la solapa una flor recién cortada del campo—pétalos nacidos a la sombra de los nogales altos—que su ojal mal hilvanado se negó a aceptar.

Ya en la plaza, junto a la fuente del Pilar (donde sacian su sed de caminatas los animales cuando retornan de sus faenas), Blas vió por vez primera, estrenando sus ojos la belleza soñada en los entreactos de su vida, campesina, a la Asunción,

la niña morena como las espigas de julio, que, igualmente vestida de «día mayor», entregaba a la brisa la melodía dulce de su cuerpo bien hecho.

Se acercó a ella, como los cangilones de la noria se acercan al agua sin saber que van a llenarse para siempre. Y le dijo:

—¡Eres más bonita que las manzanas nuevas!...

Parece como si el requiebro se quedara en el aire, eternamente repetido en cada soplo del viento. La Asunción se puso roja, igual que las amapolas; se puso verde, igual que los juncos siempre frescos de la ribera del tío Pedro; se puso amarilla, como las velas del altar de la Virgen. La Asunción, que paseaba en un extremo, se metió entre sus amigas, a las que congestionó de su pánico ingenuo, y todas juntas, ante el no menos ingenuo asombro de Blas, salieron corriendo calle abajo, alejándose.

Blas quedó atónito, como si hubiera cometido un pecado:

—¿Qué le habré dicho?—se preguntó.

Y las miró alejarse y perderse entre la gente y las esquinas, confidentiales.

Blas quedó con su traje nuevo—verde y gris a listas negras—apretado y confuso, solo en medio de la feria.

—No comprendo qué le habré dicho—se repetía—para que haya huído de mí.

Frente a él, un puesto de bebidas, con una enorme mujer gorda y vieja, ofrecía vinos y aguardientes.

Blas se abrochó los tres botones de su chaqueta, sacó del bolsillo uno de los seis «ideales» que había comprado más arriba, lo encendió con aire indiferente y se apoyó de codos en el mostrador del puesto de la mujer.

—¿Le pongo vino?—interpeló ésta.

Y Blas dijo que sí. Igual que si le hubiese ofrecido sangría, anís o aguardiente de guindas.

El vino le supo amargo y no lo terminó de apurar. Ya sólo pensaba en la Asunción, la niña morena que tenía en los ojos todas las estrellas de las noches de agosto.

Como si hubiese sido tocado por un rayo clarividente se volvió de espaldas, tiró el cigarro y se fué, calle arriba, hasta su casa.

La casa de Blas era baja y ancha, como otras casas de labradores: con una puerta grande en el centro y dos ventanas a cada lado. Estaba limpia y recién encalada, y la «cinta» de las losas había sido cuidadosamente repintada.

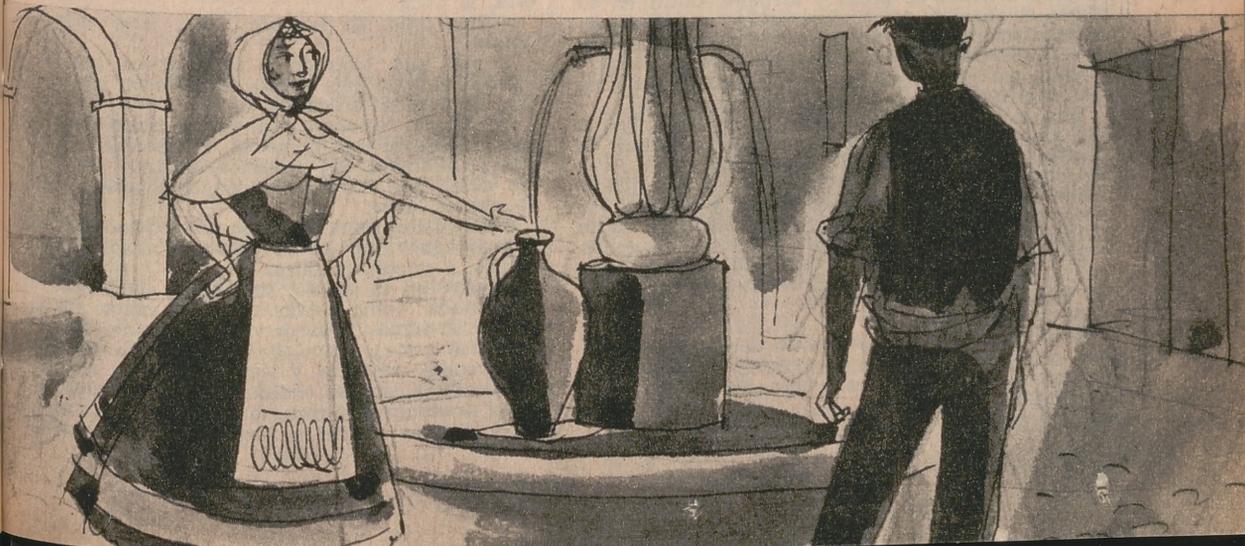
Blas entró, todavía jadeante de subir la pendiente; tropezó con un macetero central que sostenía un tiesto tejido de añil y se sentó en la mesa, redonda, grande y acogedora, a esperar la cena.

Ya estaba sentado su padre, que se entretenía en hacer cucharas de palo de limón, que luego vendía en el mercado o regalaba a los amigos y que se utilizaban para comer gazpacho.

No había él bajado a la fiesta, porque sólo lo hacía por la noche, acompañando a la mujer y compañera cuando ésta hubiera terminado las faenas del hogar.

Un guiso oloroso y caliente, que humeaba, apareció en el centro de la mesa, y la madre de Blas, con sus brazos gordezuelos, empezó a servir.

Antes que Blas se llevase la primera cucharada a la boca, preguntó:



—Madre: ¿Recogiste esta mañana la fruta de la «huerta de arriba»?

La madre lo miró, refunfuñando:

—Sí, hijo; que este año no fué todo lo buena que otras veces. Escarchas y fríos hirieron las corolas de las flores.

Apenas sin comer, apenas terminada la frugal cena, antes que la bondadosa madre recoja los manteles, Blas abandona la mesa. Sube al «doblado», donde hay abundancia de heno, de verduras y de frutas, y encontradas, del montón de manzanas de la «huerta de arriba», escoge la mejor y, como ladrón que llevara a hurtadillas su presa codiciada, sale a la calle por la puerta ancha de la casa solariega.

Ya en la calle, las estrellas.

Más abajo, la luz de los farolillos y el humo de los churros.

Blas, animado con una especie de loco entusiasmo de justificaciones, volvió a la feria.

Busca entre la gente a la niña «piropeada».

La encuentra.

¡Qué guapa está, con su vestido nuevo, azul y blanco, entre las amigas!

Blas la mira, la acecha, la persigue en sus gestos y en sus pasos. ¡Qué guapa está, ahora que tiene en los ojos todos los farolillos de la feria!

Blas se acerca a un chiquillo que chupa incansablemente un pirulí y, acercándose, le dice:

—¿Ves aquella niña, la del traje azul y blanco, que tiene los brazos como mazorcas de oro?

Y el chiquillo dice que la ve.

—Pues, acércate a ella y dale esta manzana, ha de los rubores escarlatas. Y cuando ella la coja entre sus manos pregúntale si le gusta... ¿Te enteras?

Y el chiquillo dice que lo entiende.

—Pues luego le preguntas si le gusta la manzana, ¿eh?

Y el chiquillo baja, cansado de tantas explicaciones, la cabeza. ¡Qué pena que se vaya terminando el pirulí!

—Si te contesta que sí le gusta—sigue explicando Blas—, le dices entonces que yo se la regalo. Y me señalas con el dedo, para que sepa quién soy. Y le añades que «ella» es más bonita que todas las manzanas del mundo. ¿Te has enterado?

Y el chiquillo le dice que sí.

—Pues toma esta perra gorda y haz tu mandado. Que yo, desde aquí, te veré y te esperaré.

Y el chiquillo obedece las órdenes y piensa en el nuevo pirulí que podrá comprarse con la perra gorda.

Quien piense que los corazones puros, que las intenciones francas, que el amor exacto, que la vida noble ha desaparecido, piensa mal; piensa sin fundamento; piensa en «lo que no es real».

Dióse está todavía sobre nuestras cabezas. Y lo estará siempre. Y las estrellas del cielo, y los peces del mar, y el afán de los justos, y el corazón de los amantes lo saben así.

Por eso, cuando Asunción cogió, entre sus manos como tajadas de melón, la manzana como llena de polvos de talco de Blas—sin saber de quién era—, se pensó entusiasmada. Era bonita aquella manzana, rubia y manchada de rosetas estriadas de rubí.

Cuando, sin embargo, el chiquillo explicó su origen y el motivo de la ofrenda; cuando conoció que era de Blas, el hijo de la hortelana que vendía verduras y hortalizas en el mercado, la que tenía la cara orillada de pecas y arrugas, sintió en su alma—el alma de las mujeres-niñas está llena de cuerpo ruborizado—un temblor nuevo, casi furioso. Y la manzana cayó de sus manos.

Rota, partida, deshecha, se abrió en el suelo recién alfajofado de la calle en fiestas...

Blas lo estaba mirando todo desde lejos. Vió la luz amarilla de los ojos de Asunción brillar de alegría. Vió la palidez de sus mejillas sabedoras del obsequio. Vió el temblor de sus manos, que se mustlaron de pronto, perdiendo vida y fuerzas. Vió desparramados por el suelo los «cachos» de la manzana escogida, que ahora pisoteaba la gente.

Sintió que un sudor desagradable subía a su cuello. Todo el cuerpo y todo el corazón se le llenó de rabia.

Se acercó hasta ella.

Le miró los ojos, cruzados de diminutas venecillas rojas, de lástima y de vergüenza; pisoteando los restos del fruto con sus botas recién lustradas, amenazó:

—¡Eres tonta!...

Dió media vuelta y se fué, calle arriba, hasta su casa. Por el camino se iba diciendo a sí mismo: «Es tonta... Es tonta... ¡Con lo bonita que era la manzana!... ¡Con lo bonita que es ella!...»

Aquella noche se durmió malhumorado y con despecho, pensando que al día siguiente tendría que madrugar para recoger las otras frutas de la «huerta de arriba».

En sus ojos, entreabiertos, hubo, sin embargo, durante toda la noche un amargo recuerdo de la imagen de la Asunción, tan bonita con su traje azul y blanco.

I I

En los pueblos andaluces sólo existe el tiempo porque suele haber en las torres de la iglesia mayor un reloj que va cronometrando los minutos, las horas, el suceder de los días: nada más.

De esta forma, sin que volvieran a encontrarse, la Asunción y Blas siguieron viviendo dos, tres, cuatro, cinco años...

Eran iguales las jornadas de bordar y coser; eran iguales las flores que cada año florecían en el balcón de doña Eduvigis; eran iguales cada día los latidos esperanzados del corazón.

Para Blas no cambiaban las faenas de siempre, y cada amanecer tenía ya de antemano su afán concreto: arar, sembrar, regar, podar... Todo obedecía a la misma ley cotidiana, monótona y, a pesar, hermosa.

Todas las cosas fueron creciendo. Todas las cosas siguieron la evolución natural de su destino.

Cada año volvían a celebrarse las fiestas y las ferias, y cada año eran iguales los fuegos artificiales, las guirnaldas, la música y el alumbrado a la veneciana.

En el corazón de Blas y de Asunción (según siendo iguales sus latidos y sus inquietudes) variaba, no obstante, su forma de ser en las cosas: cada minuto iban descubriendo nuevas luces en el cielo y nuevos sentimientos en sus corazones.

Llegó a continuación la edad del servicio militar. Blas se fué a la «milia». Lloró su madre su despedida y su padre le dió un palmazo en los hombros:

—Que te hagas un hombre, hijo; que te hagas un hombre...

Hubo lágrimas en todas partes. Todos saben que hasta los campos que conocían el sudor y la energía de Blas quedaron de él ayunos, de él sedientos, viudos de su presencia.

La Asunción siguió bordando en las largas telas de manteles de iglesia, en las acogedoras sábanas de boda, en los coquetillos juegos de té. De vez en cuando, mientras hilaba flores y hojas, frutos y estrellas de colores en el bordado, sentía que su corazón le latía como si soñara con flores y frutos, hojas y estrellas de verdad...

Su más íntimo ser—sus entrañas—sabía que alguna vez todo podría ser realidad.

Aquella tarde parecía más bonita que nunca. El sol se dormía ya en la blandura verde de San Ginés. Todo el aire traía un eco, un olor, una presencia grata de cosas conocidas.

En sus bocamangas, Blas—todavía vestido de soldado—lucía el galón de cabo. De cabo. ¡Cómo iba a llorar su madre de alegría y sorpresa cuando le viese entrar en su casa! Y su padre, claro está, le diría:

—Eres todo un hombre, hijo; eres todo un hombre...

Y más allá, bajando la calle Archa, pasada la Fuente Nueva, ¿no habría un corazón que mientras bordara se acordaría de él?...

Corriendo, saltando casi, casi volando sobre sus pies, Blas atravesó el pueblo, enseñando sus galones brillantes a sus paisanos, soñando con todas las cosas que había abandonado hacia—pensaba él—tantos siglos.

Calle arriba, subió hasta su casa. ¡Qué olor más íntimo aquel olor de su casa, a limpio, a membrillos, a nueces maduras!

Se paró en la puerta, sin hablar, sin llamar, sin decir nada: como acariciando todo cuanto era suyo, de su alma. Y luego vino el abrazo grande y gordo, abierto y único, de su madre, la hortelana que vendía verduras y legumbres en el mercado, la que tenía la cara orillada de pecas y arrugas...

De nuevo estaba como antes, como siempre, en su pueblo, en su tierra. Casi nada había cambia-

do, y aunque a él le parecía mentira, todas las cosas y todas las gentes le recordaban.

* * *

Una tarde, cuando la brisa empieza a oler a hierbas del campo. Blas volvía de casa del veterinario nuevo de sacarle una espina infectada a la burra pelitorda, la que cuando era niño le cayó por la pendiente del cementerio.

Al pasar cerca de la fuente del Pilar vió a la Asunción, con su bata de todos los días, llenando el cántaro.

En el corazón de ambos, al verse sin mirarse, hubo un vuelco, vértigo del encuentro retardado. Por un momento se encontraron sus ojos; sólo por un momento.

—Este es Blas, el hijo de la hortelana—se dijo la Asunción.

Y Blas se dijo:

—Esta es la Asunción, que se ha puesto más guapa y más mujer.

Y la Asunción bajó, ruborizada, los ojos y siguió llenando el cántaro; Blas arreó a la burra y siguió, calle arriba, hasta su casa.

Su alma entera se había llenado de gozo, de un gozo inédito como la luz del amanecer.

* * *

Cada tarde, desde aquel día, Blas solía ir, como él que no quiere la cosa, a pasear por la fuente del Pilar. Quizá cualquier momento podría devolverle a Asunción.

Mas cuando bajaba por la calle Ancha, desde la que ya se ve la fuente, Blas no se atrevía a seguir y volvía sobre sus pasos; entonces se llamaba cobarde y sentía arderle el corazón.

Su madre, que tenía los brazos gordezuelos, blandos, acogedores, y que sabía ver las cosas antes que ocurrieran, pensaba que su hijo tenía alguna preocupación que no oía a campo, y lo miraba a hurtadillas para sorprenderle el gesto o la mirada.

* * *

Desde que despertó el sol, Blas se hizo el fuerte aquella mañana y abrazó el propósito de realizar sus planes.

Cuando empezó a oscurecer y querían ya las campanas anunciar el toque de oración, Blas cogió una cesta de manzanas de la «huerta de arriba», todas escogidas, para que nadie pudiera sospechar nada, y se fué, calle abajo, hasta el pueblo.

Allí, junto a la fuente, estaba Asunción llenando su cántaro.

Se le acercó y le dijo:

—Tú eres la Asunción, ¿verdad?... ¿Te acuerdas de mí?

Ella bajó los ojos y le dijo:

—Sí que me acuerdo.

Y jugó con sus manos en la blandura malva del agua.

—¿Te acuerdas? —volvió a preguntarle Blas, que se sentía temblar las piernas.

Sacó de la cesta una manzana y, ofreciéndosela, interrogó:

—¿Te gusta?

—Sí que me gusta.

Y él le dijo:

—... Pero no vayas a hacer como el otro día, hace cinco años...

Se la quedó mirando a los ojos con una firmeza y una seguridad que le sorprendieron a él mismo. Ella dejó el cántaro en la fuente y se fué corriendo.

—¡Y no te olvides —le dijo Blas, viéndola irse por la calle abajo— que tú eres más bonita que todas las manzanas nuevas!...

Su voz se quebró en la última esquina del pueblo. El maestro sastre, que pasaba por allí y que se metía con todo el mundo porque los conocía a todos, dijo sonriendo:

—¡Oye, niño, que los requiebros se dicen más bajito y no a voces, como si pregonaras una rebaja de tomates!...

Y mirando a la Asunción, que ya apenas si podía verse, añadió:

—¡Y tú, niña, que no se diga que abandonaste el cántaro en la fuente, que se te va a romper solito!...

Blas se volvió contento hasta su casa, tirando manzanas por todas las calles, como si se hubiera puesto loco de pronto.

III

Desde aquel día ya no le daba tanta vergüenza



a Asunción cuando se encontraba con Blas. Y este se sentía más valiente, más decidido.

Así, como si fueran circunstancias, Blas encontró muchas ocasiones de verse con Asunción.

A veces sólo se decían adiós. Un adiós pleno de sugerencias y solicitudes; otras, Blas se atrevía incluso a hablarle del tiempo, que empezaba a subir el termómetro y a cuajar las mieses; hubo ocasiones, incluso, en que se dijeron cosas bonitas, y en algún momento hasta fueron capaces de quedarse mudos y quietos, como saben hacerlo quienes ya han compenetrado sus vidas, largos ratos, sentados en el borde de la fuente o mirando el tiempo sin existencia en la anarquía suave de las copas de los árboles.

* * *

El padre de Blas, mientras escogía y separaba las ciruelas amarillas de las ciruelas verdes y de las ciruelas avinadas, se sentó en el taburete de corcho, se limpió con el pañuelo de cuadros negros un sudor que todavía no había empezado a surgir y, roncoteando y resoplando cansancio, dijo a su mujer:

—No me gusta nada cómo ha vuelto este chico de ese maldito servicio. Ni sueña ya con las vidas que hay que ir empezando a ordeñar, ni se acuerda de los lechones que nacerán para San Pedro, ni tiene aspiraciones de limpiar las acequias de los peñeros...

Volvió a enjugarse el sudor inexistente, volvió a resoplar de cansancio y de tribulación, y como si fuera consigo mismo, continuó hablando:

—No me gusta nada el cambio de este zagal. No piensa más que en bajar al pueblo y en mirar, como «añontao», el agua de la ribera de los chopos... Y anda cada día más palidote y más asustadizo... Como le haya entrado la «tiricia» ésa que anda por ahí, o el mal de San Juan, o la «compleja» de las cabras, habrá que medirle el cuerpo...

Y la mujer, que mientras le escuchaba fingía seriedades en su mohín de sonrisas, seguía fregando los cacharros de cobre para que relucieran bien los mediodías de sol, cuando las vecinas venían a su casa a comprar las lechugas y los pepinos, que ya empezaban a abrirse en los surcos tempranos:

—No seas de tu pueblo y deja las cosas como están. Que el Blas ya no es un niño y sus tripas engordan como las papas de secano, sedientas de agua... Que aunque los chopos tiran al cielo alto, no se olvidan de la tierra baja.

Y seguía sacando brillo a los cacharros de cobre

y seguía disimulando importancia en su aire lleno de picardía.

* * *

Junio estaba para terminar. Pronto todos los hombres del pueblo se irían al campo para preparar las grandes jornadas campesinas. Entonces se quedarían todas las mozas sin galán, todas las esposas sin marido, sin hijos todas las madres.

Antes, el pueblo se regocijaba en una despedida íntima con motivo de las fiestas de San Juan, el Santo que precedía las cosechas del campo y las cosechas del amor.

Se organizaban pirulitos donde había cabida para todas las intenciones, edades y fiestas; los vecinos de cada calle competían en su mejor organización; se vestían ellas con trajes regionales, al compás de panderetas y palillos, y ellos apuraban los restos del mosto de la cosecha anterior, lo que les daba color en las mejillas y riqueza en las palabras y las canciones.

Blas, aquel año, quiso probar su suerte la noche de San Juan, y junto al chopo añoso que había en su corral sembró, después de quemada, una alcachofa salvaje.

A la mañana siguiente la alcachofa había vuelto a florecer, con sus hilitos rosas y malvas.

Y Blas quedó convencido de que la Asunción le adoraba y serían felices.

La Asunción, que anduvo todo el día con las amigas buscando «florecitas de San Juan» para lavarse la cara y estar más bonita, cuando llegó la noche también hizo su prueba de los barcos y los papeles. Y el papel que quedó flotando fué el que ponía el nombre de Blas.

Y Asunción quedó convencida de que Blas la adoraba.

IV

Quien no haya estado nunca en el campo, quien no haya seguido, día a día, la vida vegetal dirigida y querida por la mano del hombre, regada con el sudor de cada hora, esperada cada instante con impaciencia y con miedo, no puede comprender la satisfacción gozosa de la recolección: esa recompensa fructificada a todos los sinsabores, a todos los miedos, a todos los riesgos: la recompensa amarilla del trigo, la recompensa verde de la huerta, la recompensa multicolor de la fruta, la recompensa de la tierra que ha llorado meses el rocío de satisfacción de sentirse amada, trabajada, transformada en gozo.

Los pueblos agrícolas, en esos días, tienen un ajetreo silencioso de trabajos terminados: cada uno sabe que verá multiplicada su semilla y su afán.

Blas, así que las siestas empezaron a hacerse largas, y el cielo se partió en dos mitades, a derecha e izquierda del Camino de Santiago, cuando los grillos cantan a las estrellas y las espigas se doblan con el peso del trigo, con sus hoces relucientes y su muñeca vendada para que no se abriera, se fué —y, el padre y la madre le acompañaron— a las tierras sembradas más allá de la huerta de arriba.

Antes se llenó los ojos mirando a la Asunción, que, mientras él le hablaba de recordarla, apretaba las manos con emoción contenida. No se dijeron adiós porque él le mandaría, cada atardecer, un beso caliente y secreto en el aire que refresca las horas de espera, mientras, sentadas en las puertas, las viejas cuentan historias inexistentes a los niños y las muchachas.

Asunción hizo su promesa de rezarle a la Virgen todos los domingos en misa de alba, para que fuera buena la cosecha y él se sintiera feliz y contento.

Mientras bordara, miraría más allá de los cerros vecinos, como si pudiera hacerse el milagro de verlo trabajar.

Y el pueblo se quedó vacío y callado, mientras los hombres sudaban en el campo.

Todo el tiempo que duró la siega y la trilla, hasta que el grano fué recogido en los sacos que irían a llenar los «dobladros» de la casa, Blas se estuvo en el campo día y noche, sin bajar al pueblo.

Fueron primero los días calurosos de la siega, la hoz en la diestra y el pañuelo en la frente para contener el sudor, encorvado cara al suelo, las espaldas desnudas al sol caliente, colmando de haces iguales la tierra repasada.

Vino después el amontonamiento junto a la era, limpia y bien emparrada, donde el sol no tenía sombras y era abrasador el aire.

Y, por fin, la trilla. En el centro de la era, imaginando circunferencias que ya existían antes de ser descubiertas, con la amenaza mentida del látigo castigando a las mulas obedientes y monótonas, la labor seleccionadora de la separación dolorosa del trigo y la paja.

Por las noches, a dormir frente a las estrellas, recibiendo la brisa del sur y la caricia de las chicharras perezosas e iguales.

¡Cuántas cosas pensaba, soñaba, presentía Blas desde el hundimiento horizontal frente al cielo!... ¡Con qué precipitado deseo añoraba la hora del retorno!... Pero todo habría de llegar, igual que había venido el momento de la parva.

Y desde la salida del sol hasta la hora cárdena de la tarde, Blas trabajaba, sudaba y soñaba también.

* * *

Fué ya en la víspera de la Asunción cuando Blas pudo volver al pueblo.

Por el camino de tierra arenosa y roja vino escuchando el repiqueteo de las campanas mayores, las que sólo tocaban los días de fiesta. Hasta él llegaban los sonos del tambor que anuncia el recorrido de la procesión y el ajetreo de los preparativos: martillazos, cohetes, silbidos y canciones.

Ya en su casa, anochecido, Blas se desnudó, se lavó de arriba abajo, preparó la ropa de los domingos y, con la sonrisa de la esperanza en los labios y en el corazón, se quedó dormido.

* * *

Nada tan grato a los ojos, tan suavizante a los nervios, tan reconfortable para el alma inquieta, como el amanecer.

Por la ventanita del cuarto de Blas empezaron a entrar los primeros rayos del sol, que todavía no había nacido. Pero él llevaba largo tiempo despierto, tratando de acertar la hora y el momento de levantarse.

Tanto había deseado aquel día, tanto lo había soñado, que todo le parecía mentira: hoy vería a la Asunción, más guapa que nunca, que también lo estaría esperando, que también lo habría soñado y que andaría ya a aquellas horas nerviosa de realidades.

Saltó de la cama, se vistió nervioso y, sin desayunar, sin darse cuenta de que el traje le estaba estrecho y que sus pelos estaban demasiado crecidos, salió a la calle alborotando la mañana con el silbido chirriante de una canción aprendida en la infancia, que decía cosas de bandoleros y duquesas.

El aire y la luz de la mañana le parecieron más puros que nunca, y el repique de las campanas, más delgado y cariñoso.

Por la puerta grande —por donde otras veces le había dado cierto miedo a entrar— Blas llegó a la iglesia.

* * *

La misa era misa mayor. Los curas vestían su traje más recamado de oro y los monaguillos estrenaban su sotana nueva. ¡Qué bonita estaba la iglesia, toda llena de luces, toda adornada de flores, limpia y olorosa a pureza de cuerpo y de intenciones!

Por allá delante debería estar Asunción, tan bonita como la iglesia, con las blancas manos juntas, en devota ofrenda a la Virgen de su nombre, quizá rezando para que él volviese pronto.

Nunca encontró Blas tanto recogimiento, tanta majestad en el templo, ni escuchó más sonoro el sonido del órgano, ni le pareció más clara la voz del sochantre.

De los alargados ventanales ojivales se derramaba una luz indiferente hecha de colores distintos. Era como si los santos y las figuras casi geométricas de las cristalerías, hechas a trocitos de cristales de color, esparcieran las gracias del sol en caprichosas figuras luminosas.

De vez en vez, la voz del sochantre se apagaba al compás del órgano, y surgían entonces las músicas corales de las chicas del pueblo, que habrían estado ensayando sus canciones largas horas de cansancio.

Blas pensaba que entre aquellas voces podría estar la de Asunción, clara y nueva en cada sostenido, y soñaba en siestas calurosas escuchándole cantar mientras durmiera a los herederos de sus inquietudes.

Pensó que era grato el ir a misa; lamentó no po-

der hacerlo cada día antes de empezar su jornada de trabajo, y se dijo a sí mismo que no había experimentado mejor consuelo, mayor refrigerio ni más sublime desinterés que bajo las bóvedas tranquilas de la Iglesia.

* * *

Cuando hubo terminado el oficio, Blas sintió cómo su frente se despejaba de sudor. Tuvo intención de deshacerse de la corbata que le oprimía el cuello, y hasta tuvo un poco de nostalgia de la independencia del campo, que le permitía andar en alpargatas, sin camisa y sin «etiquetas».

Pero comprendió que el pueblo es el pueblo, y la gente son las gentes, y el qué dirán, el qué dirán. Y se sostuvo fuerte.

Y se fué, camino arriba, a cumplir su vocación.

* * *

Ya la tenía preparada. La mejor cesta —recién estrenada— estaba llena de manzanas que, cuidadosamente, él mismo había escogido la tarde anterior. Estas manzanas deberían ser el obsequio para la Asunción, ahora que ella festejaba su onomástica y él su aniversario.

Con la cesta al hombro, con todas sus ilusiones en el corazón, Blas volvió al pueblo.

Llegó hasta donde estaba el puesto que vendía vinos y aguardientes y, llegándose hasta la mujer gorda y vieja, le dijo:

—Puede guardarme por un rato este cesto de manzanas, que luego vendré a recogerlo?...

Y la mujer vieja y gorda le dijo que sí.

—Pues quédese, hasta entonces, con él, que yo vendré a pedirselo. Y, hasta entonces, sírvame una copa de vino.

El vino le supo otra vez amargo y no lo terminó. Ya sólo pensaba en el momento de buscar a Asunción.

Y empezó a andar por el pueblo hasta encontrarla.

* * *

Como en años anteriores, las calles más importantes se habían vestido de fiesta. Había colgadas y mantones, colchas y adornos por todos los balcones. Había guirnaldas que unían, de calle a calle, las paredes recién blanqueadas. Había iluminación a la veneciana, abundancia de coloretos tapando el cielo, mentidas estrellas al alcance de las manos y un loco sentido de muecas figurando sonrisas.

Igual que todos los años.

Y Blas también llevaba su traje nuevo y, aunque se encontraba extraño entre aquellas apretadas vestiduras, esperaba feliz el reencuentro esperado.

Fué al tropezarse en la Fuente del Pilar—donde Asunción llenaba de agua fresca su cántaro cada tarde—donde se enteró primero.

Allí, fumándose su cigarro prestado, haciendo propaganda de sí mismo con un traje recién estrenado, estaba el maestro sastre, que se metía con todo el mundo porque a todos conocía.

Se cruzó con él y ni siquiera lo miró. Blas tuvo intención de preguntarle alguna cosa. El maestro hizo un gesto como de querer decirle algo. Pero Blas siguió andando, calle adelante, y el maestro sastre siguió fumando.

A mitad del camino, sin embargo, Blas se volvió. Estaba ya cansado de andar y aún no había conseguido encontrar a la Asunción.

Se volvió repentinamente y llegándose al sastre, que aún seguía fumándose su cigarro prestado y luciendo su traje recién cortado, le preguntó:

—¿No vió usted esta mañana a la Asunción?

El sastre volvió a fumar. El humo de su cigarro tembló en el aire, haciendo caracolutos.

—Diga, maestro: ¿No se acuerda usted de Asunción, la que traía cada tarde el cántaro a llenarlo en la fuente? ¿Podría decirme si la ha visto por aquí? Llevo toda la mañana buscándola, y ni ella ni sus amigas aparecen por ninguna parte.

El sastre volvió a llevarse el cigarro a la boca. Ahora no lo fumó. Se conformó con masticarlo. Y encogiéndose de hombros, dijo:

—¡Pero, cómo! ¿Es que no lo sabes?...

Tiró el cigarro, que rebotó en el suelo, y se desabrochó el traje recién estrenado.

—Anda—continuó hablando el sastre—; sal corriendo y vete a su casa, a la casa de la Asunción, para que puedas verla antes que se vaya del todo.

Sus ojos no miraban a ninguna parte; Blas estaba frente a él sin comprenderlo.

—Anda; corre y vete a su casa. Quizá ella esté muy lejos te esté esperando...

Y Blas seguía sin entender, sin querer entender.

—Venga, niño; vete pronto, que me está lastimando tu presencia.

En sus ojos—que siempre había burla y sonrisas—empezó a nacer una mueca desagradable de dolor y de pena.

—Fué anoche, después del toque de oración. Mi hija ha estado toda la mañana cortando flores para hacerle una guirnalda... ¡Pobrecilla!...

Y empezó a llorar.

* * *

Blas no reaccionó. No sabía reaccionar. Era imposible que la Asunción hubiera muerto sin que él lo hubiera presentado, sin que le hubiera llegado ninguna noticia. Sintió, un frío helado en todas partes y desde todas partes. El pueblo entero adquirió un trágico aspecto de cementerio blanco y desnudo.

Se arrancó de pronto el cuello y la corbata. Se limpió el sudor que le hería la frente y salió corriendo hasta el puesto que vendía vinos y aguardientes.

Detrás del mostrador estaba atendiendo a sus clientes la mujer gorda y vieja.

—Déme la cesta de manzanas—dijo imperativamente Blas.

Y la pobre mujer, sin saber por qué los ojos de Blas estaban llenos de dolor; sin saber por qué su sangre le saltaba de las manos; sin saber por qué le temblaba todo el cuerpo, le alargó la cesta, llena de manzanas maduras.

Blas casi no tocó la cesta y ya la llevaba consigo, volando sobre sus pies, rompiendo las distancias hasta la casa de Asunción.

Cuando Blas entró—por vez primera y quizá por última vez—en casa de la Asunción olía a incienso y a romero quemado. Tras el zaguán, limpio y fresco de macetas, había unas mujeres enlutadas que lloraban, se lamentaban y rezaban.

Vino a recibirle la madre. No la había visto nunca. Y, sin embargo, lo abrazó despacio y con lágrimas saladas de dolor le dijo:

—¡Mira cuánta desgracia, hijo mío! ¡Mira cuánta desgracia!...

Y Blas, separándose de la madre apesadumbrada, se acercó hasta donde la Asunción estaba, amortajada con el traje azul y blanco, la boca apretada y los ojos cerrados para la eternidad.

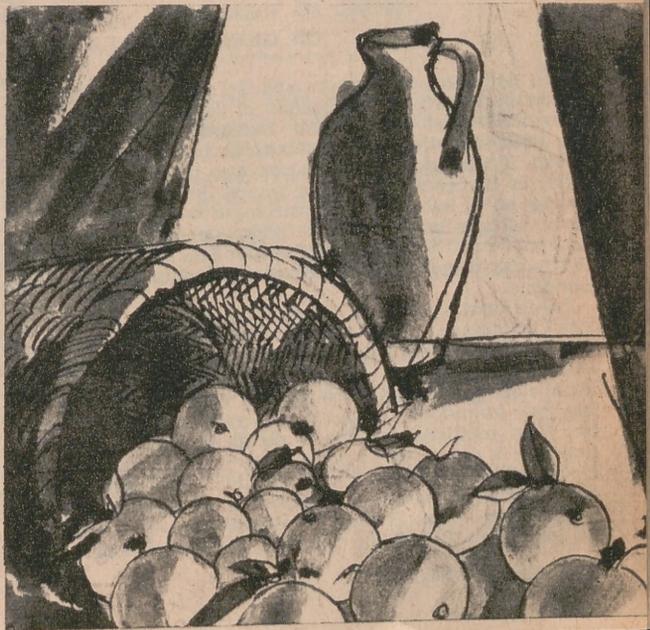
Cogió su cesta de manzanas y la roció a su alrededor. ¡Qué pena—pensó Blas—que ambas fueran tan bonitas, y que ya no tengan sentido!...

Y se sentó en una silla, cerca de la cama, y así, también muerto de espíritu y de deseos, se quedó toda la noche.

A las primeras luces del alba dejaron de oírse el estallar de los cohetes y el ajetreo de la fiesta vecina. Todo se hizo por fin silencio. Silencio que ya duraría siempre.

Blas se volvió al campo y no apareció más por el pueblo.

Desde entonces esa especial clase de manzanas (las hermanas de las que con tanta ilusión él rogaba para su novia) tienen un nombre especial, con las que son conocidas en todos los mercados del mundo: las manzanas de «la Asunción».



EL LIBRO QUE ES MENESTER LEER

LA FE NO ES UN GRITO

Por Henry DUMERY

HENRY DUMÉRY

La Foi n'est pas un cri

CASTERMAN

*«La foi n'est pas un cri», libro que com-
pendiamos hoy en esta sección, cons-
tituye un profundo estudio sobre la signifi-
cación de la creencia, destruyendo toda una
serie de prejuicios, sumamente extendidos so-
bre la misma. Su autor, el pensador católi-
co Henry Dumery, demuestra, por otra parte,
la fuerza de la tradición en la religión y tam-
bién la necesidad de ver en las Escrituras
una fuente espiritual, siempre viva y dirigi-
da por la interpretación de la Iglesia. Esta
norma, como Dumery indica, fué la de siem-
pre, pese a las interpretaciones más o me-
nos capciosas que a este respecto se han he-
cho. Libro denso y profundo, «La foi n'est
pas un cri» atrae la atención de quien lo
inicia, que descubre constantes y nuevas su-
gerencias sobre temas que parecían total-
mente agotados.*

DUMERY (Henry).—«La foi n'est pas un
cri». Casterman, Tournai, Paris. 1957.

HAY pocos cristianos que no sientan curiosidad por los orígenes del cristianismo. Ahora bien, la mayor parte de ellos no disponen ni de tiempo ni de los medios para remontarse hasta las fuentes. Además, este género de estudios lleva consigo un peligro, el de disolver la religión en su complejo histórico. Finalmente, la fe no se apoya en modo alguno sobre la ciencia. No es necesario ser sabio para ser creyente; el cristiano no tiene necesidad de recurrir a documentos para dar su asentimiento y regular sus prácticas. Por todas estas razones el problema de los orígenes cristianos continúa siendo un asunto de especialistas.

LO GENUINO DE LA FE

Sin embargo, esta ignorancia del pasado conduce a ciertos espíritus a desdeñar el lado positivo, la historicidad del cristianismo. Declaran que la fe es un grito, una llamada emotiva, un impulso del corazón. Todo esto es desconocer que la propia oración, la invocación, no sale nunca, sin tomar una forma en el seno de una psicología o de una cultura determinada. Toda religión pertenece a un universo cultural que se define por una serie de coordinadas morales, psicológicas, intelectuales y económicas.

La fe cristiana no es un grito, una palabra apenas articulada, una exclamación desprovista de significado. Si se piensa que la experiencia mística —flor de la religión— desborda toda representación, todo «dogos», no es necesario por ello deducir que hay que abandonar el culto y la enseñanza religiosos. Los místicos cristianos no se elevan a Dios más que a partir de la dogmática y de la práctica; el éxtasis, ciertamente, borra la idea clara, suspende el gesto, arrebatada y transporta al alma; pero una vez que cesa, el tema se engrana en el círculo de las representaciones distintas, de los comporta-

mientos de detalles; es en ellos en los que se reconoce, por ellos con los que se expresa, sobre ellos sobre los que se apoya, para orientarse y disponerse a dar el vuelo final. No sólo el misticismo no prueba nada contra la práctica literal, la liturgia, la doctrina, sino que las confirma y las exige. Es él quien las inventa, mucho antes del éxtasis, suscitando la simbólica de las actitudes, la dinámica de los esquemas rituales, y quien las reinventa, sin vacilación, sin ninguna molestia, al salir del éxtasis.

En las páginas de este libro yo me he propuesto algo distinto que señalar la eficacia del cristianismo. He querido describir a grandes rasgos la primera experiencia cristiana. He querido mostrar lo que comporta o postula, el conjunto de normas que se encuentran en la experiencia cristiana de hoy. Para esto basta una breve encuesta, un análisis más profundo que extenso. Puede encontrarse en historiadores especializados el relato completo de los orígenes cristianos. Aquí yo me limito a recordar algunos hechos, a sacudir ciertas ideas. Trato de volver a encontrar un sentido, una ley, una estructura, gracias a los cuales el brote cristiano ha podido salir del judaísmo para después sumirse en el helenismo, sin ver por ello su originalidad comprometida. Si esta estructura es la de una institución de culto, de un «creer» histórico y concreto, se probará que la fe cristiana no es un grito solitario y equívoco, sino un acto concreto, una significación intencional planteada y vivida en común; en resumen, un «hacer en conjunto», de donde deriva un «creer en conjunto». «Lex agendi, lex credendi»: esta fórmula es un adagio teológico, pero puede convertirse por la crítica en un programa, en un método de investigación.

Si un hombre no especializado, uno de mis camaradas de trabajo, un amigo, un transeúnte, me preguntase: «Pero, en resumen, Jesús, los apóstoles, los Evangelios, todo esto, ¿cómo ocurrió?» Yo quisiera que él encontrara aquí un primer elemento de respuesta. Quisiera también que él pudiese decir que en lo que yo digo no hay nada que contradiga las reglas de la investigación histórica y crítica. ¿Es imposible permanecer en una perspectiva científica valiosa, apartar el estilo «edificante», suspender provisionalmente la justificación teológica y, no obstante, salvaguardar el sentido de la afirmación de la fe? Yo lo he intentado, porque el cristianismo no tiene nada que temer del juicio de los historiadores, de los sabios, de los críticos. Con una condición, la cual nadie puede objetar que es ilegítima: respetar el objeto religioso en lo que tiene de específico; tratar de comprender la religión desde el punto de vista de la religión. Se ha tratado muy frecuentemente de explicar la religión a través de lo que no es ella. ¿Por qué no dejar de una vez para siempre que sea lo que ella quiere ser?

UNIDAD DE CRISTO Y DE LA IGLESIA

La ventaja de la Iglesia de los apóstoles sobre la Iglesia de otras edades es la de haber vivido una experiencia sin precedentes, decisiva, revolucionaria. La fe de los apóstoles, incluso la de la segunda generación cristiana, relacionada directamente con

los testigos del Maestro, ha conocido el fervor de los grandes comienzos: está muy cerca de los acontecimientos mesiánicos. Vive directamente del impulso recibido en Pentecostés. Experiencia única y privilegiada, Pentecostés es el descubrimiento de la significación plena del hecho Jesús. Impone la obligación y da el poder de anunciar este descubrimiento. Sin ninguna duda, la transformación de los apóstoles data de allí, y su toma de conciencia de ser los órganos de un nuevo medio de salvación, las «columnas» de una sociedad religiosa llamada a renovarse.

La experiencia de Pentecostés es la matriz de la Iglesia y el hecho Jesús está en su germen. Pero, ¿cómo probar que la acción de la Iglesia desde Pentecostés ha sido prevista detalladamente, marcada por adelantado por la conciencia psicológica de Jesús? La discusión es de importancia. En ella se compromete el sentido, la propia validez y los desarrollos ulteriores de la fe.

La tentación de todo historiador, de todo sabio, es la de reducir lo espiritual a lo psicológico. Ahora bien; nada es más funesto en el estudio de la religión que esta idolatría del psicologismo. Se estima que ningún elemento de la experiencia cristiana sería real, objetivo e irrecusable como prueba si no hubiese sido pensado y expresado por la conciencia psicológica de su Fundador.

La Escritura antigua nos ha prestado un servicio de primera categoría. Ha permitido a Jesús expresar su propio testimonio e insertarlo en la tradición religiosa de Israel. Ha sido la mediadora entre El y el ambiente cultural donde podía entrar su mensaje. Ha sido por ella, producto de la tradición de Israel, por la cual la revelación definitiva de Dios en la Historia pudo tomar forma. Pero ese servicio no podía ser más que recíproco. Al tomar realidad a través de la Escritura, la verdad de Cristo se volvía hacia ella para constituirla como todo un signo, haciendo revalorizar la tradición judía, a la que hacía culminar y confluir.

En estas condiciones, se comprende que la primacía de la tradición viviente sea destinada a durar, y es lo que ocurre en efecto. Los testigos de Jesús explotan su mensaje, lo profundizan, le dan vida, le dan eco reinterprestando activamente la vieja Biblia. Leen las Escrituras con los ojos de Jesús y, al releerlas, comprenden que El es la clave. La historia de Jesús explica para ellos la historia de Israel, porque el Maestro que ellos han visto, tocado y oído no ha podido elaborar su experiencia espiritual más que en el estilo del profetismo judío, al cual El quería dar todo su valor. Que los apóstoles, en su trabajo de relectura, hayan multiplicado intencionadamente los signos de la Biblia anunciadora es algo más que legítimo, lo podían hacer y, además, seguían las iniciativas de Jesús. Una vez establecida la relación de las enseñanzas de la Biblia y el hecho Jesús, no había nada arbitrario en descubrir entre ambos innumerables relaciones. El discurso de Pedro, al principio de las Actas, es un modelo en este género.

Nadie está autorizado a tomar la Escritura como un todo suficiente, como una premisa aparte. Ella no es sagrada, santa y reveladora, más que valorizada como tal. Aun en Israel, no valía más que por y para la tradición. Un extranjero, para captarla debidamente, debería disponer previamente de un alma judía, y esto había que conseguirlo no por astucia, sino por convicción. Igualmente no hay por qué terminar y canonizar la Biblia en los momentos inmediatos a la experiencia apostólica. Es necesario insinuarse en su espíritu, en el corazón y en el alma que la ha suscitado. Es necesario disponer de su mirada para ver claro en lo que ella ha escrito. El lector no la comprenderá si no rehace por su cuenta el camino de los autores.

Escritura y tradición aparecen, pues, insolublemente unidos. El primero no está fijado más que para permitir al segundo ir más adelante hacia tareas nuevas; subsiste en su espalda como un peso, vive como de su vida, como una norma immanente, en donde ella sabe leer el sentido de su marcha. La fijación literal no es para la tradición más que una garantía voluntaria de mantenerse fija en su orientación. Ella es lo que no puede discutirse en la base del cristianismo. Pero sería letra muerta si no fuese regla viva, norma siempre actual, si la tradición no la alimentase, día tras día, con su experiencia. La Biblia no sería más que un inmenso pergamino, precioso, sin duda, pero anticuado y empañado, si la comunidad creyente no lo animase con su aliento.

Cuando San Pablo propone su teoría de la salvación, no tiene la intención de sustituir su evangelio por el Evangelio. Su intención es la de mostrar la universalidad de la salvación por el Cristo, intención que alcanza su fin: el estallido del nacionalismo judío. No aporta otro mensaje que el de Jesús, permite al mensaje de Jesús desplegar su eficacia. Incluso en el cuarto Evangelio, cuando se habla del «Logos», expresión que Jesús no puede haber utilizado por haber sido acuñada en Alejandría, Juan no trata de hacer del Cristo un paradigma religioso reservado a los adeptos de la filosofía de Filón; él llama «Logos» al Maestro que los apóstoles han visto, oído y tocado, y que es el Revelador ofrecido a todos. Al llamarle así, permite al mundo griego identificarse con el que el mundo judío llamaba a su vez el Mesías. Se trata siempre de Jesús, reconocido en su misión teofánica. Se le puede alcanzar a partir de cualquier cultura, con tal de que la orientación de la fe, correctamente dirigida, capte a su objeto.

Lo que Pablo y Juan han hecho lo han continuado los Padres, con una diferencia ya señalada, la de que su esfuerzo se lleva a cabo en una revelación ya acabada, no en una revelación por hacer. El recurso a conceptos religiosos se ha hecho necesario por la difusión de la fe en los medios grecorromanos. Es indispensable que los Padres vuelvan a replantearse la tradición apostólica para adaptarla a sus contemporáneos. Al hacer así, ellos la traducen; más todavía, hacen inteligible la fe, permitiéndola desenvolverse en su contacto con una cultura más elaborada. Pero ellos no llevan nunca a una comprensión simplemente especulativa de la fe. La prueba está en la disparidad de conceptos filosóficos que utilizan. La preocupación de un pensador profano es la coherencia del orden formal. Los Padres tienen otra preocupación. Tratan de darse cuenta de las premisas evangélicas y de lo que implican.

La experiencia religiosa de Jesús continúa así con pleno derecho, siendo el único criterio de la

RECETARIO DE COCINA

SOPAS TUBOS AMIGOS PUDINES TUBOS SALSAS Y ACEITES SALSAS EMULSIONES PASTELOS



Siga así siempre, adquiere estos productos

Royal

PUDINES Royal

RIERA MARSA S A

VALE

Formulario de cocina

Si recorta usted este vale y lo remite a PUBLICIDAD RIEMAR, calle Lauria, 128, 4.ª, Barcelona, acompañando cinco pesetas en sellos de Correo, recibirá un valioso

FORMULARIO DE COCINA
de un valor aproximado de 25 pesetas.

Esta publicidad está patrocinada por

INDUSTRIAS RIERA MARSA, S. A.

fe cristiana en todo tiempo y en todo lugar. La tradición continúa propagando la misma vida, la misma espiritualidad. El recurso a diversos métodos de reflexión, de expresión, ni altera ni corrompe el depósito. Permite el inventario según la ciencia y las necesidades de la época y de la Iglesia. Esto permite una captación distinta de las verdades contenidas en los dogmas. Pero éstos no tienen sentido e importancia más que por la vida que los engendra en su contacto con la cultura ambiental. El misterio se revela con certidumbre sobre uno u otro punto parciales por que la reflexión se ha dejado caer de una u otra manera para alcanzarlo. Cede aquí o allá, pero no desaparece jamás. El instrumento intelectual que se emplea para cercarlo llega, si respeta el sentido tradicional, a sacar de él respuestas valiosas, eminentemente aprovechables, pero no consigue suprimirlo. La fe no sale jamás de su orden, que es el de las relaciones más serias entre Dios y el hombre. Es por ello por lo que, a pesar de las apariencias, ninguna comprensión de la fe puede levantar el velo sobre la fuente de la religión, el misterio de la revelación no será ni anulado ni superado. Es también por esto por lo que ninguna teología puede superar la historia de Cristo y dominar totalmente la experiencia de la Iglesia; no tiene valor más que unida a esta historia, sumida en esta experiencia. Es inútil querer definir claramente nuestra relación con Dios sobre las ideas sacadas de esta falsa claridad. La teología no es la ciencia de un Dios pensado, sino de un Dios revelado. No es la ciencia de una revelación especulativa, sino de una revelación positiva. No tiene la ventaja de una ciencia, de una positividad de hechos puros, sino de una positividad de signos históricos. Sin el Cristo, sin la tradición apostólica, sin la Iglesia, sin la fe, no sería más que un juego de palabras. Así lo han comprendido siempre los pensadores cristianos. Ellos no la han construido más que para dar cuenta de la experiencia cristiana vivida por la Iglesia en cada etapa de su desarrollo. Nunca fué un simple ejercicio escolar con fines pedagógicos. Ha sido y sigue siendo siempre un testimonio viviente, una reflexión de la fe sobre sí misma o, si se quiere mejor, la vuelta de la fe contrariada sobre sí misma. Se tome los padres apostólicos, los apologistas, los especulativos, su teología está constituida para profundizar, para defender, para fortificar la fe o, más aún, para guiarla, para codificarla y para aclarar la experiencia eclesial de su tiempo. Han reaccionado frente al acontecimiento no por táctica ni por oportunismo, sino porque la situación de la Iglesia, cualesquiera que sea, es siempre el punto de partida adecuado del teólogo. La fe trasciende cada porción de duración, el teólogo se esfuerza también en ello, pero el uno y el otro pierden hasta el sentido de lo eterno si se niegan a admitir que en el momento presente de la Iglesia, con todas sus incidencias materiales, culturales, espirituales, es el instante único, privilegiado, en el que la eternidad puede alcanzarnos para salvarnos.

Y aquí vemos la originalidad de la fe: nos envía al pasado, pero se trata de un pasado ejemplarizado en el presente de cada situación, de cada psicología humana. Este pasado es en todo tiempo una norma contemporánea, un eje de orientación alrededor del cual la reflexión de cada uno y la cultura de todos pueden venir a cristalizarse, sin tener que modificar el objetivo que se proponen. En estas condiciones nada tiene de sorprendente que la tradición, aunque deudora de la ciencia y la filosofía, aunque saturada de helenismo, haya conservado sus iniciales premisas.

Una llamada a nuestros límites, el respeto por el misterio, podría inclinar a una fe de desconfianza y de sospecha con respecto al juicio, pero esto sería equivocado. La distinción de la intencionalidad religiosa y de sus medios de ejercicio, lejos de favorecer, refuta esta fe-grito, una fe de impulso y de emotividad. Pues la intencionalidad no es auténtica más que si se adopta la orientación concreta, que la anima y la encarna. Para ello hay que dar prueba de docilidad, pero la docilidad no va aquí sin discernimiento. Es necesario sentirse solidario de todo el pasado de la religión, es necesario entrar en su historia, es preciso admitir, con la constitución inicial del objeto de la fe, el inmenso trabajo que se ha realizado para implantar este objeto en la cultura, para insinuarlo en las almas.

El cristianismo es ciertamente pesado de llevar.

Termina milenarios y abre la puerta de los tiempos nuevos. Inscribe en el centro de la Historia los hechos más cargados de sentido, los más decisivos para la conciencia occidental, para toda la conciencia humana. Integra en la fe la aportación de varias civilizaciones; hace concurrir a su expresión la simbólica universal y una multitud de problemáticas particulares. Todo esto hace pensar en una amalgama, en un sincretismo. Sin embargo, es una estructura de existencia la que da su sentido a esta diversidad, una misma corriente de vida y de pensamiento la que da su unidad a esta historia. Espiritus débiles, sensibilidades nerviosas, pueden preferir a esta religión de perseverancia una búsqueda de lo maravilloso y el tránsito. Ya se sabe a dónde lleva todo esto: a la escenificación de un Billy Graham, a la cristificación tragicómica: ¿En qué pueden ser estos procedimientos exhibicionistas y risibles superiores a los del Evangelio? Es el que nos ha enseñado a qué altura hay que situar las exigencias religiosas. Las creencias, los cultos que se inventarían después de él para hacerle eco o para combatirlo, serán sus deudores. No hay mayor prueba de su eminencia, de su insuperabilidad. Si Sócrates ha fundado la filosofía, diría Remán, es Jesús quien ha fundado la religión en la Humanidad.

LA FE CRISTIANA

Una vez caído el prejuicio racionalista, apartada la ficción retrospectiva del Kerygma bruto, queda el cristianismo: el cristianismo, tal como es, orientado místicamente y fijado históricamente en una institución de culto, unido en una misma estructura doctrinal, asociado en una misma tradición, en una misma institución. Al analizarle se encuentra en él una orientación trascendente, un proceso histórico de revelación o de consagración, una tipificación cristológica de la experiencia de Jesús, una tradición como soporte de la orientación doctrinal y de culto, una institución como órgano colectivo, como control mutuo, como agente de transmisión ininterrumpida de la tradición.

En esta enumeración, no nos engañemos, la tradición es el término principal. Es ella la que ha hecho de la orientación religiosa una experiencia comunitaria concretamente reparable; es ella la que ha escogido los objetos hierofánticos, teofánticos, la que sostiene y dirige cualquier nuevo contacto cristológico del hecho Jesús. En resumen: es ella la que instituye de vez en cuando la hierofanía, la teofanía, la cristofanía, así como la liturgia y la teología. La escritura que ella suscita, de la cual ella es autor, de la cual ella intenta ser el intérprete, es un trampolín, no un obstáculo. No puede haber tradición fija porque esté escrita, frente a una tradición fluida, porque es oral. En los dos casos no hay más que una tradición viva, definidora, y en todos los casos una experiencia vivida. Diremos, por tanto, que el cristianismo es, antes que nada, tradición, institución, positividad, es decir, relación con Dios en una historia, intención tomada en una expresión, experiencia cogida en una estructura.

Se intenta reducir al cristianismo sucesivamente a un complejo emotivo y a un accidente histórico. Ha resistido. Es sentimiento, pero también juicio. Es historia, pero enseñanza, doctrina de salvación y salvación actual en todo tiempo.

Se puede uno negar a ser cristiano: la fe es un acto libre; allá cada uno con su conciencia. Pero cuando se desea serlo, cuando se quiere seguir siendo, no hay esperanza de serlo de otro modo que de acuerdo con el canon institucional. Tal es la paradoja de la religión positiva: instituye, aun en lo universal, aun en el amor, aun en la gracia, pues las sitúa, las fecha, las particulariza. ¿No es esto contradictorio? Al pretenderlo, ¿no dejará ya de ser universal al convertirse en real lo ideal? ¿Se puede realizar el ideal? He aquí que se resuelve finalmente el problema religioso. Para la fe ni que decir tiene que la respuesta es afirmativa.



ADORNE SU CASA CON FLORES Y PLANTAS

*La Exposición de Otoño, organizada por
la Sociedad Española de Horticultura,
alarde de colorido y buen gusto*

UNA larga hilera de automóviles de lujo con matriculas nacionales y de diferentes países se alinean a un lado y otro del asfaltado paseo. Junto a ellos, los taxis, que también van llegando en profusión, son como numidos parientes. El periodista desciende de uno éstos y se encuentra frente a un espectáculo impresionante. Es el filo de la anochecida, y a esa hora la Rosaleda del Parque del Oeste es como un paisaje soñado. Las luces, entre los rosales, y ocultas en el follaje, le dan un aspecto de magia. Las fuentes iluminadas lanzan reflejos amarillentos o rosalvos sobre los setos que se tornan lívidos y espectrales. A lo lejos los cedros y pinos enanos parecen sombras de fantasmagoría. Madrid queda a los pies mientras en el cielo la luz es ya sólo un jirón arrebol entre negros nubarrones. Se su-

ben unas gradas amplias y el visitante halla lo primero el estanque con sus plantas acuáticas:

—Este es el más bello parque de Madrid, comenta una señora de marcado acento sudamericano.

—Es la hora apropiada para venir a ver la exposición, iumi-

nado todo resulta más extraordinario...—dice un caballero que da vueltas en sus dedos a la cadena de la llave de su coche.

En un indicador se lee: «Exposición de plantas y flores de Otoño». Y para librarse del aire cillo vespertino del otoño se ven señoras que llevan envueltos el cuello en pieles costosas. Una da



Un aspecto de la Exposición de Otoño que, se celebra en la Rosaleda del Parque del Oeste, de Madrid

ellas va hablando con otras dos señoras:

—Acabo de ver en mi viaje a Suiza, en Berna, la exposición de plantas celebrada allí, pero ésta es mucho mejor. Ayer vine y hoy he vuelto también. Ayer la vi de día y hoy quería verla de noche. Quiero ver bien la variedad de plantas tropicales. Voy a ver si adquiero una buena colección para mi finca de Málaga.

—Pues sí, mire usted: esta es una Exposición internacional. ¿Ve usted la cantidad de extranjeros que la visita? Por eso le digo yo internacional, porque aunque las plantas son criadas por los floricultores españoles, pues la afición parece más de estos señores turistas—nos explica el guarda jurado Gaspar García.

—¡Ya...!

—Esto es un desfile continuo. Un éxito, digo yo.

—¡Ya...!

Y para convencernos vamos a la taquilla.

Un muchacho de manos rudas despacha.

—¿Jardinero?

—Sí.

—¿Muchas entradas vendidas?

—Esta mañana mil quinientas, y desde esta tarde a ahora pasan de dos mil. Mucho, ¿no? Tres mil quinientos visitantes en un solo día.

—Mucho, sí.

—Es que a la gente cada vez le gustan más las plantas.

—¡Claro!

—Desde luego que hay cosas preciosas. ¿La ha visto ya?

—No, ahora voy.

—Pues ya me dirá al salir lo que le parece.

—Convenido.

—Como uno es del oficio disfruta viendo cómo gusta esto. Los patrones han trabajado bien montándola. Son verdaderos artistas. No viven nada más que para las flores...

DOCE MIL PESETAS POR UNA BROMELIA

En los dos pabellones de exposiciones de la Rosaleda del Parque del Oeste se ha montado la Exposición de Plantas y Flores. Hay un penetrante olor a frescura, a tierra mojada, a carne y savia vegetal. Quizá más bien sobresaliendo se percibe un indefinido olor que parece traspasar el alma. Y se respira hondamente, ávidamente con fruición esta naturaleza viva que nos rodea. Allí, en un rincón, se yergue un ficus gigantesco. El ficus, junto con el «philodendro», son las plantas más preferidas para la ornamentación de las casas. En otro lado, una bromelia magnífica, allá una cyca gigantesca, propia para adornar la escalera de un palacio o el hall de un hotel.

—¿Cuánto podrá valer esta cica?

—Pues unas cincuenta mil pesetas, pero no se vende. Es pro-

iedad del Ayuntamiento de Madrid.

—Esta planta tan exótica quiere adquirirla—pide un caballero de mediana edad.

Un encargado responde:

No está a la venta. Uno de los más importantes floricultores de Madrid la acaba de traer de Holanda para planta madre. El año que viene ya se podrá vender.

Pero el caballero insiste. No está dispuesto a prescindir de su capricho:

—Es tan decorativa y rara que no me importa dar por ella una elevada cantidad.

Y va diciendo cifras.

—No puede ser; es imposible.

—Doy hasta doce mil pesetas por ella.

Aun a tan elevada oferta sigue la respuesta negativa:

No puede ser. Se necesita para reproducción.

—Pues cuando tengan el primer brote me lo reservan.

Y el obstinado comprador fija ahora su atención en un esbelto sansivirián de varias hojas.

—¿Este es traído de Holanda también?

—No, éste se cría ya en Canarias.

—¡Ah!

—¿Y esta planta cómo se llama?

—Un anehárum.

—Parece un pájaro.

—Por eso vulgarmente se le llama ave del paraíso.

EL CRISANTEMO, FLOR DE SALON

La Sociedad Española de Horticultura ha traído a esta Exposición más de quinientas variedades de plantas madres. Plantas de invernadero, que en estos últimos años están de moda y ya resultan imprescindibles en la decoración de los interiores. La ornamentación vegetal se ha impuesto en el mundo entero y ahora no se concibe un interior bien tenido sin sus rincones verdes.

Pero no solamente la ornamentación vegetal es privativo de casas lujosas donde la planta cara se yergue segura de que es un raro ejemplar. Hay también plantas baratas, y tan decorativas como las caras. Una cineraria o unas hojas plateadas podrán dar una cálida intimidad a un hogar sencillo. Los horticultores españoles tratan de que, al igual que en todo el mundo, la ornamentación vegetal sea adorno de todos los hogares. Antes absolutamente todas las plantas tenían que venir de Holanda o de Bélgica; ahora Canarias tiene viveros de aclimatación y por tanto el precio de las plantas de interiores es infinitamente más bajo. Diferentes horticultores de la Orotava, y sobre todo en el jardín botánico del se de plantas exóticas y de in-Cabildo se cultivan ya toda claveruadero.

El decano de los floricultores madrileños, don Pablo Rodríguez, nos explica:

—En uno o dos años más las plantas de Canarias se pondrán a la cabeza del cultivo mundial de las plantas de interiores. Será un esfuerzo parecido al que hicie-

con los floricultores catalanes de la Maresma.

En otro rincón de la Exposición, crisantemos maravillosos. Crisantemos de pétalos finos como cabos de lana y de sutiles coloridos. Una señora que debe ser muy observadora habla con sus dos acompañantes:

—A mí el crisantemo me recuerda más el Japón que los cementerios.

Y una piensa que tiene razón. enorme razón. El crisantemo es una de las flores más finas. El Japón casi la convirtió en mito. Luego fué adorno de salones de la Europa de principio de siglo. Y sin saber por qué fué pasando después a ser atributo funerario. Ahora al verlos en los grandes jarrones que se presentan no hay tristeza alguna en ellos, sino sólo la más perfecta belleza. Un floricultor de Granada ha mandado esta fina variedad del «Bayonett», que es el crisantemo de un delicado color malva.

—Estos blancos son los «Tourmes», y el amarillo «Williams Tourmes», y ese de tipo japonés de color dorado se llama «Tokio». Son ejemplares de gran lujo. El crisantemo es una flor de salón y de las más decorativas. Es insustituible en interiores como flor de otoño. En toda Europa se la aprecia para este fin —sigue diciendo don Pablo Rodríguez, este hombre que sólo vive para las flores y que cuenta con tres generaciones de ascendientes en los que todos fueron floricultores en Madrid.

—Mi padre lo fué y mi abuelo y mi bisabuelo. Ahora mi hija Isabel me seguirá a mí. Ella es una artista verdaderamente.

Y los visitantes se pasan ante el llamado «rincón chino» que ha arreglado Isabel Rodríguez de Ortiz.

Pasa un grupo de algunos de los «grandes» de la floricultura nacional: Sala, Bourguignon, los hermanos Ipalla Laviña, el catalán Batillé. Hablan entre ellos:

—Ya no se concibe un interior sin ornamentación vegetal. La demanda es enorme. Todo el mundo quiere adornar su casa con plantas. Necesitaríamos más terrenos para viveros. Se nos debía permitir plantar cultivos en los terrenos sobrantes de los grupos de casas construidas, como por ejemplo en la avenida de América y en el Arroyo Abroñigal. Los jardines de nuestra propiedad ya son insuficientes.

UNA PALABRA QUE CORRE COMO LA POLVORA

Al salir, un matrimonio de aspecto sencillo se empareja al bajar la escalera con el periodista, y una siente la curiosidad de preguntarle:

—¿Tienen plantas en su casa?

—No, pero las voy a poner. Compraré cinerarias o esas que se llaman esqueletos y que son bonitas, pero no muy caras. Me he convencido de que una casa sin plantas está fría—dice la mujer.

Hace muchos años la embaja-

dora de Francia en Constantino-
pia pronunció también estas pa-
labras. Ella era de la Riviera y
estaba acostumbrada a la exu-
berancia de las flores. Cuando,
en un día de noviembre de
1900, llegó por primera vez al
edificio de la Embajada, la em-
bajadora miró extrañada el
hall, el gran salón dorado has-
ta su tocador, y dijo:

—Está fría la casa.

—Señora, las estufas y sala-
mandras están encendidas por
todas partes.

—Pero todo está frío sin plan-
tas.

El ayuda de cámara, la guber-
nanta, las doncellas se inclina-
ron.

—Perdón, señora; hay flores
sobre las mesas.

—Pero los rincones están en
blanco. Yo estoy acostumbrada a
ver el verde de las plantas sobre
las paredes. Así está sin calor de
casa. Está frío...

Cuenta la anécdota que al ra-
to, por todas las calles y callejas
de la milenaria capital entonces
de Turquía, se sabía, y comen-
taba que la bella y sensible dama
francesa había dicho que la casa
estaba fría, sin plantas, y no hu-
bo dama nativa ni esposa de di-
plomático que no se apresurara a
ornamentar el palacio, la Lega-
ción o la casa con toda clase de
plantas.

A principios de siglo, y
procedentes del desierto de So-
nora, en los Estados Unidos, em-
pezaron a traerse los primeros
ejemplares de cactus. También se
trajeron los agaves americanos,
que florecen cuando van a mor-
rir, y los álces y las sanseviasas
y hasta las belmosanas de las is-
las del Pacífico hicieron su apa-
rición como complemento indis-
pensable de la decoración de in-
teriores. Sobre todo, los nórdicos,
que por su clima gris e intensa-
mente frío los hace recluirse en
los interiores, fueron los que con
más pasión acogieron la nueva
moda de la ornamentación vege-
tal. En Suecia y Noruega no hay
en la actualidad hogar, por mo-
desto que sea, que no esté conver-
tido en un verdadero invernade-
ro. También las tiendas, cafete-
rías y teatros son verdaderos jar-
dines y hasta las fachadas de las
casas se adornan con geranios

como cualquier fachada del se-
villano barrio de Santa Cruz.

El arquitecto moderno de todo
el mundo cuenta con el floricultor
para hacer su proyecto. Aquí
en España, ya nuestros arquitectos
nos dejan espacios en los zó-
calos de los bajos de las más atre-
vidas edificaciones destinados a
ser rellenos con plantas. En la
vida familiar, las cuidadosas
amas de casa procuran poner
siempre una pincelada de verdor
junto a la radio, al lado de esa
lmparita propicia a la lectura,
frente a la butaca donde se hace
labor.

—Yo tengo un ciprés en el pa-
sillo, frente a la puerta de mi
cuarto de labor, para estarlo vic-
do cuando estoy en él. Para mí el
ciprés es la planta más elegante
—nos explica doña Juana Terraz-
a, que en su casa de la calle de
Tutor posee más de ciento cin-
uenta plantas.

Efectivamente, el ciprés presta
esbellez al rincón donde se le co-
loque, y no es un atributo mor-
tuario, sino el árbol de la latini-
dad; se podría decir que el símbo-
lo de la cultura helénica, y ade-
más, el ciprés, junto con la adelfa,
es la planta que necesita me-
nos cuidados en el interior.

A casi todas las variedades de
ornamentación vegetal les va mal
el aire, y así es frecuente oír de-
cir en cualquier casa: «Cerrar esa
puerta que le puede dar una co-
rriente», y a quien le puede dar
la corriente es a una planta tropi-
cal que amorosamente es trata-
da en la casa.

—Mire usted, yo, cuando va-
mos en el coche a El Escorial o
a cualquier otro lado, les pido a
mi marido, a mis hijos o a mis
nietos que me lleven a los sitios
más agrestes. De los montes me
traigo matorrales silvestres. Ten-
go hasta cardos con forma de al-
cachofas y resultan preciosos y
muy modernos adornando las ha-
bitaciones.

Y doña Carmen Gallego de
Lendinez nos va explicando las
variedades con que adorna su
casa y sus ventanas de la calle
de Ibiza. Hace diez años que las
cultiva, y ahora asegura no sa-
bría vivir en habitaciones que no
tuvieran plantas.

Blanca ESPINAR



Los decoradores pueden encontrar motivos para su labor en la Exposición de la Rosaleda del Parque del Oeste



EN EL VISOR
DEL RIFLE,
CIERVOS,
REBECOS,
CORZOS,
JABALIES,
GAMOS
Y OSOS

SE LEVANTA LA VEDA DE LA CAZA MAYOR

Repoblación de especies
en los parques
y reservas nacionales

CON el otoño, en los bosques de las tierras españolas se deja oír el eco de un largo y profundo sonido. Es la llamada de los podenqueros a las rehalas que, entre ladridos y jadeantes carreras, husmeando la tierra por macizos de matujos y pedrizas, levantan y persiguen a venados y jabalies hasta los puestos donde los cazadores aguardan con el rifle o carabina nerviosamente entre las manos.

El sonido de las caracolas anuncia, pues, la hora de la caza mayor en nuestros montes y sierras. Pocas diversiones — tomando el vocablo en su más alto sentido — ofrecen al hombre tan vivas y profundas impresiones.

Aguardar horas y horas en la soledad de un puesto, con los ojos fijos en la espesura y el oído atento al más leve ruido, para después, si es que hay suerte, jugarlo todo en unos cuantos minutos: el venado asoma su cuerna por entre las ramas; ha sido levantado de su encame por la barahúnda de las voces de los batidores y el ladrido de los perros; está en guardia; le brillan las pupilas y huele rabiosamente el aire; su instinto le avisa, aunque el cazador tenga el viento a favor, de que el peligro está próximo. Y el cazador,

con el corazón dándole golpes tremendos en el pecho, mira desde su refugio, calcula nerviosamente la altura de la cuerna, temiendo hacer el más leve ruido que ponga en fuga a la res antes de que entre a tiro.

Los instantes son de una emoción que sólo quien la ha experimentado puede hacerse cargo. De pronto el venado, auyentado por el ruido cada vez más próximo de los batidores, emprende la huida. Es el momento. El cazador se echa el rifle a la cara, enfila a la pieza en el punto de mira y espera un instante de reposo, de la res para afinar la puntería.

Justamente tiene que apuntar al codillo, a la altura del corazón. Si el tiro le sale alto, la res quedará herida, pero podrá recorrer así varios kilómetros, esconderse en lo más cerrado de la espesura y, sin duda, la perderá para siempre. Si se le va bajo, la bala le pasará entre las piernas.

¡Ahora! El estampido del arma resuena en el bosque y los montes cercanos devuelven el eco. A cincuenta metros del cañón de un rifle humeante, un ejemplar de ciervo de más de noventa kilos y una hermosa cuerna de veinte puntas, yace en las ansias de la muerte.

DOSCIENTAS MONTE- RIAS EN UN AÑO

El estilo venatorio de la montería es el que con más profusión se practica en España en la caza del ciervo y jabali. Unas doscientas fueron organizadas el pasado año en todo el territorio nacional. Sus resultados fueron cerca de cuatro mil venados muertos y más de quinientos jabalies. Estos datos son recogidos cada temporada por la Junta Nacional de Homologación de Trofeos de Caza y Estadística Cinegética, perteneciente al Servicio Nacional de Pesca Fluvial y Caza.

Ahora, con el inicio de la temporada, la Junta ha hecho un llamamiento a los monteros españoles para que remitan datos de los resultados de sus cacerías, facilitando con ello una labor estadística que puede ser de la mayor utilidad para la conservación y fomento de la riqueza cinegética nacional.

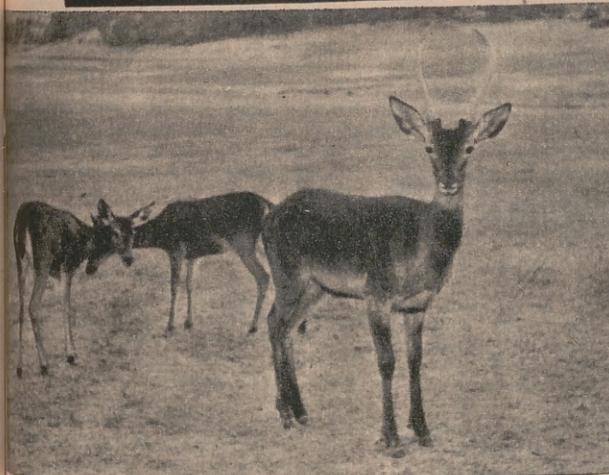
Porque es que la caza, económicamente, es riqueza, auténtica riqueza nacional que interesa sobremedida fomentar y, naturalmente, reglamentar.

LA CAZA MAYOR NO ES VEDADO DE UNOS PO- COS

Se suele oír que la caza ma-



Camino de los puestos, los monteros buscan un vado en el río, en tanto las rehalas aguardan el momento de comenzar la batida



Izquierda: Un hermoso ejemplar de «vareto» en el Coto Nacional de la Sierra de Cazorla, procedente de Hornachuelos.—Derecha: Al amanecer, batidores y podencos se dirigen a la «mancha»

yor es una diversión solo de ricos. Ello es cierto, en parte. Una montería, por ejemplo, es algo que, francamente, muy pocos son quienes pueden costearla. El gran tren de batidores, los caballos, las rehalas de perros, el precio de las armas y municiones, etcétera, hacen que, calculando por lo bajo y habiendo suerte, cada pieza cobrada saiga por unas cuatro mil pesetas.

Como se ve, aquí de negocio no hay nada.

Sin embargo, otros estilos de caza, como la «atalaya», el «aguardo», el «vaqueo» y el «rechecho», pueden ser practicados por cualquier aficionado de medianas disponibilidades económicas.

Este último estilo, también llamado «rechecho», es, sin duda, el considerado más puro por los grandes aficionados. El gran tren

de la montería con caballos, mulos de carga, perros, batidores, etcétera, aquí no existe. No hay más que el cazador—un grupo de unos cuantos, a lo sumo—con su rifle, su capacidad de andar y su astucia y saber. Cara a él, el monte con sus venados, corzos, gamos y jabalíes, o la alta montaña, el solar de los rebecos y la «cabra hispánica».

Con todo, se dirá que hace falta autorización del propietario de un coto para ir a tirar. Pero es que también están los montes de utilidad pública y las reservas de caza y cotos del Estado, donde cualquier cazador provisto de su correspondiente licencia tiene acceso.

Estas licencias son expedidas por el Servicio Nacional de Caza y Pesca Fluvial. Su precio no es cosa del otro mundo, ni mucho menos. Concretamente, una

licencia para derribar un venado en la reserva de caza de Saja (Santander) importa dos pesetas. Con ella, un rifle, unos cuantos cartuchos y mucho saber y suerte, se puede cobrar una pieza que justifique las muchas vicisitudes sufridas para llegar a ponerla a tiro, así como los muchos días que, inevitablemente, se quedan «en blanco».

EL FURTIVO, CAZADOR NATO

En nuestro país se da un tipo de cazador que, al decir de los técnicos en cinegética, no tiene par en el mundo. Normalmente, en la mayoría de los sitios, quien caza es el hombre de la ciudad, ahído de la vida moderna, que busca en el monte y la sierra una diversión única que tiene sus razones en lo más profundo de



Un hermoso ejemplar de «capra hispánica» cobrado en la agreste Sierra de Gredos

la naturaleza humana. Pero en España está también el cazador nato, el casi profesional de la caza, el directo descendiente, si se quiere, del cazador prehistórico.

Son el «tío Novaliches», «Patarra», «Picorroto», el «tío Sena»..., de quienes nos habla el conde de Yebes en su libro «Veinte años de caza mayor», dedicándoles nada menos que todo un capítulo. Tipos humanos castizos de todos los pueblos cazadores de nuestra Patria. Hombres criados en el monte y con vocación de monte. Gente dura y sobria, de monte. Gente dura y sobria, y ojos de lince.

Estos cazadores, con sus armas anticuadas, a veces incluso con escopeta de antecarga y baqueta, se las saben en verdad todas. No hay rincón del bosque que no conozcan, risco de la sierra por el que no hayan trepado, abrevadero o paso de reses que no sepan. Por lo mismo, es difícil tenerlos a raya. No vacilan en cazar en época de celo o tirar a las hembras. No buscan el trofeo o el record venatorio, como el cazador de estilo, sino simplemente lo más elemental y primigenio: la carne.

Pese a estos defectos, es innegable que a la par poseen la virtud de su gran vocación cinegética avalada por su saber. Sin estos hombres, sin los llamados «furtivos», puede decirse que la caza mayor sería casi imposible

de practicar hoy. Porque a la vista salta que al hombre de ciudad, por mucha afición que tenga, nunca le es posible tener el conocimiento de la «mancha» o zona de caza y de las costumbres y querencias de las piezas que posee aquel que cada día, llueva o nieve, caiga a plomo el sol o asome en el cielo la luna, se echa al monte con el zurrón al hombro y la escopeta en bandolera.

EL OSO Y SU MALA PRENSA

Seguramente que no existe otras de caza mayor en nuestra Patria que atraiga más al aficionado que la del oso en los picachos de Asturias. Ahora, matar un oso no es cosa que se dé todos los días, ni mucho menos. La especie ha estado casi a punto de extinguirse para siempre en España, dado lo acosada que ha estado en todo tiempo.

Hoy puede decirse que en nuestro país, sólo es en Somiedo donde en verdad existen osos. En los Pirineos y otras zonas del Norte en las que los naturalistas situaban hasta no hace mucho su distribución geográfica, hoy prácticamente no existen, registrándose sólo casos de aparición de algunos animales trashumanes.

—El oso tiene una mala Prensa—nos dice el escritor y gran cazador don Jaime de Foxá actual jefe del Servicio Nacional de Pesca Fluvial y Caza.

En efecto, no se pierde ocasión de atribuirle toda clase de desmanes en las zonas donde vive o hace acto de presencia. La razón de ello hay que buscarla en que el Estado indemniza los daños ocasionados por este plantigrado, y con este fin suelen atribuirle los campesinos los desmanes causados por lobos y otras alimañas.

Con excepción del oso solitario—el que nos habla Pereda en «Peñas Arriba»—, este animal nunca ataca al hombre ni al ganado, ya que se alimenta de bellotas, frutos silvestres y miel que roba en las colmenas silvestres.

Su caza se practica al «ojeo», buscándolo el cazador cuando la nieve cubre los puertos, o bien a «la espera» en los lugares donde busca su sustento. Es ciertamente la caza más emocionante que hoy puede practicarse en España y, además, en los más hermosos parajes. El valle de Liébana, en los confines de las montañas de Santander con las tierras de León y Palencia, es uno de los cazaderos preferidos cuando por allí asoma. El centro del valle lo cruza el río Deva, que desciende saltando entre peñas.

Otro cazadero famoso de osos hace pocos años era el «Mirador de la Reina», próximo al valle de Liébana. Allí se contempla uno de los paisajes más hermosos del mundo, con los Picos de Europa en la lejanía, donde ramonean los rebacos dando fantásticos saltos.

—En toda España, calculamos deben existir unos cien ejemplares de osos—nos dice don Jaime de Foxá—. Este año hemos dado licencias para cobrar nueve ejemplares, pero sólo se han dado muerte a cuatro. Y el tiempo de caza ha terminado el 31 de octubre.

Sólo un mes han tenido, pues, de plazo los cazadores de osos después de cinco años de veda ininterrumpida. Pero hay que conservar la hermosa especie, orgullo de nuestra caza mayor y base de la montería antigua.

EL JABALI «NAVAJERO» Y SUS COLMILLOS

Sin embargo, con ser bastantes las especies de caza mayor en España—oso, lobo, lince, corzo, gamo, «capra hispánica», rebeco, etcétera—, el jabalí y el venado son las principalmente objeto de los cazadores.

Ello está, naturalmente, en que son las que pueblan la mayoría de los cotos de monte de toda la Península, en tanto que las otras especies sólo se dan en lugares aislados.

El jabalí es feo, de aspecto brutal, erizado su piel de duras cerdas y con potentes y afilados colmillos «navajeros», capaces de cortar con la limpieza de una cuchilla la piel de los perros que lo acosan. El cazador, cuando con un impacto certero consigue verlo a sus pies, nunca experimenta «ese amago de pena o remordimiento» que siente al derribar un ciervo o un corzo.

Las rehalas tienen en el corchito montés su principal presa. Es de ver cómo al dar la «plantan» o «botanco» que husmea la maleza acuden sus compañeros de rehalá y al emprender la huida la pi-

ma, que no ha percibido el «aire» de los perros por tener el viento en contra, se lanzan sañudamente en su persecución.

Cuando lo alcanzan, el más valiente de los perros trata de morder las orejas del animal y ambos se enredan en una lucha a muerte en la que toma parte al momento toda la rehala. Entonces interviene el hombre, armado de un cuchillo de monte, atravesando el corazón de la bestia de parte a parte.

Si no tiene coraje para hacer esto o falla el pulso, las consecuencias pueden ser graves, pues el jabalí herido o acosado no vacila en atacar a quien sea. Y usar en estos casos el rifle puede ser peligroso; primero, porque es difícil darle a la pieza en una región vulnerable, y segundo, por que se podría matar sin querer a uno de los fieles canes.

Aunque parezca un poco increíble, se ha dado más de un caso de morir un cazador entre los colmillos de un jabalí enfurecido.

EL VENADO ESTRENA CUERNOS CADA AÑO

La otra gran cacería mayor española que cuenta con mayores adeptos es la del venado o ciervo común. El sistema de caza más corriente es, como se ha dicho, la montería, de gran solera cinegética.

La montería, desde su planeamiento «estratégico» hasta su conclusión, cuando al calor de la fogata en la chimenea del caserío comentan los cazadores las vicisitudes del día, ofrece al verdadero aficionado las más vivas e imprecederas impresiones.

El conde de Yebes, en su libro ya citado, describe hasta cuatro procedimientos de emplazamiento de puestos en una «mancha» o zona donde se suponen encamadas piezas de caza mayor. En realidad, el sistema en todos viene a ser el mismo. Los tiradores rodean de una forma u otra la «mancha», preferiblemente contra el viento, emplazándose algunos incluso en su pleno centro. Entonces es el momento de entrar en acción las rehalas y los batidores que levantan de sus encames a las reses.

Otros procedimientos de cobrar venados son los ya citados del «vaqueo», «rececho», la «atalaya», la «berrea», en los que el factor astucia entra en mayor dosis que en la montería.

Uno de los despistes más entendidos entre los profanos en cinegética es creer que el ciervo añade cada año una punta más a su cuerna. Se suele escuchar a veces a entendidos de café que la edad de un venado es de lo más fácil de calcular.

La realidad es que para averiguar la edad de una pieza cobrada hay que recurrir a mirarle los dientes, como a la mayoría de los mamíferos. Por otra parte, no hay nada de que cada año el ciervo tenga una punta más en su cuerna, sencillamente porque cada año la muda completamente, desde la misma «roseta» o arranque hasta la «palma».

Lo que sí ocurre es que con el transcurso de los años va mejorándola, aunque sin regla fija. Llegando a su pleno esplendor en la

madurez sexual. Después, las cuernas empiezan a ser más débiles y con menos puntas, pudiendo llegar el venado, si en este ciclo no se le interpone una bala por medio, hasta los veinte años con unas defensas francamente raquílicas.

Así, con alguna frecuencia, los cazadores suelen recoger en los bosques donde han pastado ciervos, hermosas cuernas desprendidas de las reses en los meses de abril o mayo. La razón de que estos hallazgos no se produzcan con la abundancia que cabría esperar, hay que verla en la predisposición que muestran las hembras a roerlas.

LA «FORMULA CLARK»

Nada más difícil que determinar, a ojo de buen cubero, qué trofeo de caza es mejor entre varios excelentes. Este problema no ha existido, en varios milenios de historia cinegética hasta en días actuales. Hoy todo queremos valorarlo con vistas a obtener un record, siendo la verdad que ningún dato numérico puede determinar la belleza de un trofeo venatorio ni menos las penalidades sufridas para obtenerlo.

No obstante, la actual afición a los concursos y certámenes ha hecho pensar a los cazadores de todo el mundo una fórmula que permita poner a todos de acuerdo y aceptar las decisiones de un jurado imparcial. La que sin duda alguna ha tenido más éxito en todos los países es la llamada «Clark».

James Clark fué un taxidermista y cazador americano. Su «fórmula de medición de trofeos puede decirse que, en general, ha sido aceptada en todo el mundo. En ella se tiene en cuenta la longitud total y las de las diversas puntas —en el caso de un venado—, así como los gruesos y distancia interna máxima entre las dos cuer-

nas. Otros factores también intervienen en la puntuación, bien sumando o restando

Este sistema de medición de trofeos es el que ha sido adoptado en España. Con esta finalidad existe la Junta Nacional de Homologación de Trofeos de Caza y Estadística Cinegética, de la que es presidente el conde de Yebes.

Hoy la cinegética ha decaído bastante en todo el mundo, en parte por falta de leyes protectoras ajustadas a la realidad. En España, la caza sin método, la labor destructiva de los «furtivos» durante lustros y lustros y, lo que es más terrible, la República con sus huestes frentepopulistas invadiendo y diezmado cotos y, para colmo, la guerra después, han dado un golpe terrible a la riqueza cinegética nacional.

Para remediar esta situación, en 1931 se organizó el Servicio Nacional de Caza, adscribiéndose al ya existente de Pesca Fluvial, con la misión de conservar y fomentar todas las especies cinegéticas españolas, encargándose a la par de dirigir y planificar la extinción de animales dañinos.

Tanto en uno como en otro sentido, los resultados obtenidos hasta la fecha no han podido ser más halagüeños.

CUANDO LOS LOBOS BAJAN AL VALLE

Otra faceta de la caza mayor en España son las tradicionales batidas contra las alimañas, que, acuciadas por el hambre del largo invierno, bajan hasta el valle, causando innumerables daños en el ganado.

Con el fin de organizar las partidas para obtener unos resultados máximos se organizaron en su día las Juntas Provinciales para la Extinción de Animales Dañinos. La labor que realizan estas Juntas tiene fiel reflejo en los cuadros estadísticos. Sin duda, una de estas agrupaciones que ha



Herida en los cuartos traseros, la loba parece sentir el tiro de gracia del alimañero. Eduardo Rosales supo captar en esta foto toda la emoción del instante

logrado resultados más satisfactorios es la que opera en la provincia de Santander. Sus componentes activos suelen ser ganaderos, ingenieros de montes y cazadores. Entre todos, y con la abierta protección de las autoridades, planean las campañas de extinción de la temporada, que tienen siempre la mejor acogida por parte de los lugareños, pues ven así libres sus propiedades de la amenaza de lobos, zorros, milanos, cuervos, grajos, etc.

Como índice claro de lo eficaz de la actuación de las Juntas de Extinción de Animales Dañinos puede servir el siguiente dato: en 1943, los daños causados en la provincia de Santander por lobos ascendieron a casi dos millones de pesetas. Ante esta devastadora perspectiva, el siguiente año organizóse la citada Junta, lográndose dar muerte en las batidas a 199 lobos y reduciéndose la cifra de pérdidas en unas ochocientas mil pesetas.

En ese referido año de 1944 se lograron también matar en la provincia santanderina a 542 zorros, cifra que paulatinamente ha ido decreciendo, hasta llegarse en la pasada a 286.

Otro tanto ha ocurrido con los lobos, que en 1956 sólo fueron muertos 14, pese a lo intenso de las batidas. Las cifras de pérdidas igualmente han descendido bastante. Así frente a la angustiosa de dos millones de pesetas en 1943 se ha llegado a 139.500 pesetas en 1956, elocuente resultado conseguido en sólo trece años de continuadas campañas en lo más abrupto de nuestros montes, soportando los cazadores las más bajas temperaturas y con el riesgo incluso de ser atacados por las hambrientas alimañas.

Se ha especulado demasiado con las historias de lobos solitarios y hambrientos que, rechazados por cualquier causa de la manada, llegan a atacar incluso al hombre. Ahora que está próximo el

invierno, en los pueblos montañosos, al calor de la crepitante fogata, se suelen escuchar de labios de los viejos cazadores historias de lobos solitarios que no tienen nada que envidiar a las más apasionantes novelas.

PARQUES NACIONALES Y RESERVAS DE CAZA

Ante la amenaza de extinción de las especies cinegéticas y aun de algunas otras que no lo son, pero que tienen alguna faceta de interés, en nuestra Patria se ha recurrido a un sistema que viene dando excelentes resultados en otros países.

Se trata de la creación de Parques Nacionales, Reservas y Cotos Nacionales de Caza.

Uno de éstos es el hermosísimo Parque de Covadonga, dependiente de la Dirección General de Montes, que linda con otro cercado de una belleza natural única: el Coto Nacional de los Picos de Europa. En ambos lugares se encuentra la mayor reserva española del rebeco o gamuza trepando por los más agrestes picachos y precipitándose a los abismos, cuando son descubiertos, en increíbles saltos.

Otros Parques Nacionales son los de Ordesa (en Huesca), San Maurice de Agütes Tortas (Lérida) y el de la sierra de Gredos. Este último, concedido actualmente a la Dirección General de Turismo, posee principalmente una gran reserva de una especie cinegética única en el mundo, la «capra hispánica», igual que ocurre en el Coto Nacional de la serranía de Ronda.

Las repoblaciones cinegéticas se iniciaron con carácter oficial y planificado el año 1950. En la Reserva Nacional de Caza de Saja se ensayó hace seis años la introducción del ciervo con un resultado excelente. Posteriormente se fueron llevando nuevas expediciones de reses, hasta un total de ochenta, procedentes de los montes de Toledo, Extremadura, Andújar y Hornachuelos, consiguiendo con esta mezcla de sangres y las magníficas condiciones de la Cordillera Cantábrica lo-

grarse una especie cinegética realmente excepcional.

LA CAZA ES RIQUEZA

Campañas similares de repoblación de venados han sido efectuadas en la Reserva de Peña Mayor, en Asturias, en el Pirineo navarro. En Andalucía se han efectuado repoblaciones en la sierra de Cazorla y en los montes de propios, de Jerez. En todos estos puntos la aclimatación y pronta reproducción de las reses ha sido excelente.

Pero no todo ha sido implantación del venado. En la citada sierra de Cazorla, donde nace el Guadalquivir, se ha efectuado con éxito la repoblación del corzo y del jabalí, procedentes estos últimos ejemplares del famoso coto de Doñana, en la provincia de Huelva.

Lo propio se ha hecho con el gamo y rebeco en la Reserva de Peña Mayor, de Asturias, y en Peña Sagra, de Santander, respectivamente.

A otras especies, como son el muflón y varias de caza menor, también se han dado suelta en diversos puntos de las sierras españolas.

Por otra parte, una serie de medidas han sido tomadas en diversos montes de utilidad pública o municipales con el fin de conservar en aquellos parajes especies cinegéticas llamadas a desaparecer. Así, por ejemplo, durante tres años ha estado prohibida la caza del urogallo—el hermoso gallo salvaje que puede ser considerado auténtica pieza de caza mayor—en los montes santanderinos de utilidad pública. Medida similar hubo de tomarse en todo el macizo de la sierra de Gredos durante cinco años para proteger a la «capra hispánica». Otro tanto ha habido que hacer por tres años en los Picos de Europa con los rebecos.

Excepto la disposición que veda la caza del rebeco, las demás todas han vencido este año, incluida la del oso, que lo había estado durante cinco.

Así que la temporada cinegética que acaba de iniciarse va a ser sonada.

Federico VILLAGRAN
(Fotos Lara.)

Una montería tiene su «estado mayor», sus estrategias, que planean y distribuyen los rifles y la manera de atacar la «mancha». Mientras los cazadores conversan, las rehalas descansan



PREMISA FUNDAMENTAL

La premisa fundamental de toda empresa humana de colectividad es, y seguirá siendo siempre, la unidad de sus miembros. No se concibe grandeza, ni independencia posible, ni logro de metas si previamente, en el dintel de toda acción colectiva, y como sustentando todo propósito, no radica la unidad fundamental del elemento humano, y con él la unión de medios, de esperanzas y de fines.

Si esto es válido para cualquier empresa, lo será con razones de mayor peso para la empresa política. Un movimiento político que pueda definirse y caracterizarse por su unidad podrá definirse también por su grandeza, por su eficacia y por sus cualidades intrínsecas de bondad, de honestidad y de extensión social. «El Movimiento Nacional es la unidad entre los hombres y las tierras de España para la empresa política de su resurgimiento y grandeza, representada por cuantos, inasequibles al desaliento, voluntariamente aceptan la disciplina de sus servicios.» Con estas palabras ha definido Franco nuestro Movimiento Nacional en su discurso de Pedralbes ante el Consejo Provincial de F. E. T. y de las J. O. N. S. de Barcelona.

La unidad es aquí propósito y logro fundacionales. Nuestro Movimiento político nace con la Unificación, proclamada en abril de 1937, en los albores del resurgimiento, y bajo el signo de la unidad inquebrantable persiste en su tarea. Por debajo de todos los anhelos y todas las esperanzas de aquellos tiempos inciertos y heroicos, cuando todo quedaba por hacer, yacían, dando su aliento y empuje, los ideales de una Cruzada y los Puntos programáticos que servían de base y sustento a aquellos ideales por los que se luchaba y se moría.

Después el Movimiento Nacional no se hace ya solamente exclusivo de una de las partes de España partida en dos. La victoria de Franco unifica y borra la raya que los dividía, y de esa unidad de las tierras nace la expansión social, casi numérica, del Movimiento Nacional. Llega entonces, por el camino del sacrificio, de las ilusiones selladas con sangre, la grandeza y la realidad de una política nacional, de cara a todos los españoles, en la que España se asienta y se hace fuerte en todos los sentidos.

Cuando un movimiento político se hace nacional no es simplemente porque así lo quieran y deseen quienes de él forman parte, quienes a él se han sometido, aceptando disciplina, jerarquía y servicio, sino porque la nación, convencida del bien que de ese movimiento emana, lo ha hecho suyo, consustancial consigo mismo. Y la nación, que debe ser algo más que espectadora de una política, pasa del campo de su pasividad amorja al terreno de la actividad mediante la auténtica representación en las más altas y difíciles tareas del gobernar. Es esto lo que hace que un movimiento se haga, por su propia esencia, nacional.

Unidad de los hombres, de las tierras y unidad en el sistema. Sólo así nace la eficacia. «El que bajo sus principios se haya podido liquidar una guerra, salvarnos de otra, resistir sus salpicaduras y las conjuras internacionales, despertar una nueva conciencia en la Nación y hacerla resurgir en todos los órdenes, constituye la más perfecta victoria que un sistema político pudiera ambicionar.»

Todo ha sido ya realidad. Y esta realidad, tan patente para los de dentro como para los de fuera, es la que une y la que da arraigo y continuidad a nuestro Movimiento Nacional.

La eficacia de esta continuidad creadora del sistema político español es hoy reconocida y admirada en el mundo. Pese a la ignorancia o mala voluntad de quienes cerraron sus ojos para no ver, España se ha ganado y sostiene bien alto su prestigio internacional. «Hemos llegado a constituir en

el mundo un hecho, un hecho trascendente, que si un día, por mala información, pudo despertar curiosidad de las críticas, hoy ha conquistado la admiración y respeto de los más.»

Pero una política fuerte, bien asentada, sólo se consigue con obras. Ni palabras, ni discursos ni promesas logran nada. «Se hace mucho más —ha dicho el Caudillo— con la conducta, la honestidad y el celo de nuestros hombres.»

La unidad como fundamento. Y hasta qué punto es patente esta unión entre los pueblos de España, entre sus hombres y ciudades y entre quienes gobiernan y quienes obedecen, nos lo ha venido a demostrar en estos días esta desgracia de una provincia española, que han llorado todas las provincias de España. Sin palabras. Con obras. Con el sentido de una política abiertamente realista, los hombres del Gobierno han vivido con los valencianos sus jornadas de dolor y de amargura, llevando soluciones prácticas para que la desgracia amenigüe y vuelva la recuperación total. Franco, con su ejemplo, ha llevado, junto a su desvelo, el consuelo de su presencia física, y con palabras ajenas a toda retórica, palabras sencillas y escuetas, ha dicho: «Tened fe y confianza, que todo se arreglará.» Y todo se está arreglando.

EL ESPAÑOL

GACETA DE LA PRENSA ESPAÑOLA

LA MEJOR REVISTA
DE INVESTIGACION
EN TORNO
AL PERIODISMO
MUNDIAL

ADMINISTRACION:

Pinar, 5

MADRID

OTOÑO
AMERICANAS
de "sport"



¡Son modelos de GALE-
RIAS PRECIADOS! Ello quiere decir más cuidada mano de obra, más genuina elegancia en los dibujos y colores, un sentido más equilibrado y armónico de la línea y del detalle...

CABALLEROS: 3.^a PLANTA

Galerías Preciados

SENTIDO DE LO FUNDACIONAL

LA fuerza fundacional, inquietante, creadora, del acto de la Comedia, en aquel 29 de octubre de 1933, nace de la claridad y visión políticas con que José Antonio enfocó los más trascendentales problemas históricos de España. Y precisamente en esa diafanidad de enfoque y voluntariedad de solución residen razones de casi cinco lustros de vigente y actual permanencia.

José Antonio Primo de Rivera imprime, en aquella mañana de octubre madrileño, un dinamismo creador a sus palabras y a la empresa política que en aquel trance histórico está naciendo. Quería él que esa fuerza creadora, fundacional, fuese otra de las virtudes impresas en la tarea recién alumbrada. Y, frente a la fuerza dinámica de creación, el anquilosamiento estaría representado por un vicio capital. José Antonio emplea las palabras con absoluta conciencia de su significado. Empezar es seguir, proseguir en la obra, sin límites ni metas. Es querer dotar la empresa que comienza de una salvadora capacidad de voluntad, de imaginación y de razones para hacerse nuevo cada día, para inventarse y crearse en cada etapa de su historia. Por esto el Movimiento —lo ha dicho recientemente Franco— no puede circunscribirse a una generación, sino que es necesario proyectarlo siempre hacia el futuro, transmitir al porvenir y a las nuevas generaciones su dinamismo, sus virtudes de creación y sus razones de permanencia.

Aquella voluntad y pensamiento representan nada menos que la puesta en marcha de un proceso vital para la Nación. Empezaba un curso de vida nueva en el que habían cambiado radicalmente muchos de los viejos esquemas, surgiendo una concepción distinta de lo político y hasta de lo social. Falange Española cancelaba con su postura planteamientos y fórmulas ideológicas, abriendo un nuevo horizonte, un nuevo modo de ser y de estar. El ser era la esencia, la idea, la forma de la nueva política; el estar era la nueva compostura, el comportamiento ante la circunstancia histórica. El ser era lo permanente, mientras que el estar decía más relación a la actualidad de entonces, a la realidad de aquel año 1933.

Por esto, al meditar en el sentido de aquel 29 de octubre, si queremos ser sinceros y fieles a esa fecha básica de nuestra Historia, deberíamos meditar también en la realidad transfigurada de la España de 1957. El dinamismo creador que José Antonio imprimió al 29 de octubre de 1933 nos empuja a pensar, con aquella misma fuerza creadora, en el 29 de octubre de 1957. Por la misma virtud de los principios del Movimiento Nacional, es nuevo también el ser entero de España. Razón de más, y muy poderosa, para la meditación y el pensamiento. Aquel nuevo modo de ser, sustentado en principios vitales, tiene la suficiente capacidad para expresarse con diversidad analógica en las cambiantes circunstancias, sin que por ello padezca su integridad, su auténtico y sustantivo ser.

El Movimiento cuenta con un valor incalculable, sin contar lo que es ya historia y razón de España: su experiencia política. De ahí que su caminar hacia adelante resida en la integración de las sanas tradiciones y de todo lo nuevo, sumándolo al caudal de su experiencia, y en crear los nuevos esquemas que las circunstancias exijan, siempre dentro del cauce de la unidad y de los principios programáticos.

EL ESPAÑOL



**ZUKOV, SALE;
Malinovsky, entra**

RELEVO DE MARISCALES ROJOS

EN las primeras horas de la mañana del sábado 26 de octubre, un avión especial, el "jet" «TU-104», aterrizaba en el aeropuerto de Vnukovo, en Moscú.

En el avión regresaba a Rusia, después de dos semanas de ausencia y de viaje por Yugoslavia y Albania, el mariscal Zukov, ministro de Defensa. En el aeropuerto le esperaban: grupo reducido y escaso, varios generales y dos funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores.

¿Algo especial? Acaso unas misteriosas palabras transmitidas por un corresponsal francés a su periódico: «Durante la visita a Yugoslavia el mariscal Zukov me ha dado la impresión de estar nervioso, preocupado e inquieto...»

Mientras tanto, desde el aeropuerto mismo, Zukov era llamado a una reunión en el Soviet Supremo. Los pasos, pues, del regreso del mariscal están escrupulosamente anotados. ¿Cómo se enteró el pueblo ruso? A las siete y cuarto de aquel día la agencia soviética Tass anunciaba, en un breve comentario, que «el mariscal Zukov acababa de regresar a Moscú después de un viaje de

**6 de noviembre:
Una reunión del
Soviet Supremo
que puede traer
sorpresas**

diecisiete días por Yugoslavia y Albania». Ni una palabra más.

Veintitrés minutos más tarde, un nuevo comunicado de la agencia Tass caía, con el efecto de una bomba, sobre el mundo. El despacho, de una veintena de palabras, decía lo siguiente: «El Presidium de a Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas ha relevado al mariscal Zukov de su puesto de ministro de Defensa. El mariscal Malinovsky ha sido designado para sucederle».

He aquí, pues, el comienzo de la nueva etapa de la crisis interior.

**A LAS MISMAS HORAS
QUE SE ANUNCIABA LA
DESTITUCION, KRUST-
CHEV CONTABA UNA
FABULA**

Ese mismo sábado, Nikita Krustchev asistía a una recepción en la Embajada de Persia. Como de costumbre, y de acuerdo con su extraña personalidad, el secretario del Partido ruso parecía dispuesto a contar algo nuevo. Poco antes de abandonar los salones hablaba Krustchev con un grupo de personalidades, entre las que se encontraba un periodista americano...

«Debo dejarles—dijo—, pero no sin contarles, para divertir a la reunión, una fábula».

El periodista americano anotó la historieta.

«Había una vez un grupo de personas en la cárcel. Entre ellos estaba un social-demócrata, un anarquista y un humilde y pequeño judío sin mucha preparación, llamado Pinya».

Krustchev contaba la fábula lentamente y esperaba pacientemente, a las traducciones del intérprete.

«Un día decidieron elegir un jefe de celda que sería el encar-

gado de vigilar la distribución de los alimentos, el té y el tabaco. El anarquista, grande y corpulento, lleno de vida, protestó inmediatamente contra ese procedimiento para elegir la autoridad en la celda.

—¿Qué quería decir Krustchev? Los diplomáticos escuchaban sorprendidos.

—Al final todos se pusieron de acuerdo, con el beneplácito del voluminoso anarquista, para elegir al pequeño Pinya, de poca educación y aparentemente manejable.

Momento de pausa para la traducción.

—Pasó el tiempo, y los detenidos planearon escaparse. Hicieron un túnel que llegaba hasta el exterior de la prisión, pero había un problema. Para realizar la fuga el primero que saliera del túnel sería muerto por el guardián. Entonces todos miraron al «valiente» y corpulento anarquista... En vista de que éste no se decidía, el pequeño Pinya dijo: «Puesto que soy el jefe de la celda, yo debo salir el primero».

El periodista americano intentaba una pregunta cuando Krustchev, duramente, terminó:

—Ese pequeño Pinya soy yo. Por eso debo «irme el primero», añadió festivamente

En aquellos mismos minutos se anunciaba el cambio de ministro de Defensa. Es entonces cuando la fábula cobró importancia. ¿Quién podía ser el corpulento y valiente anarquista? Todos dijeron: «Zukov».

Los diplomáticos se inclinaron por creer que Krustchev había contado a su capricho, y supuestamente a su favor, la historia de un drama que desde los días de Lenin se produce siempre en Rusia: la lucha por el Poder. Ella es la que ocupa el primer plano y la que tiene sobre toda otra cuestión la gran supremacía.

HISTORIA Y CRONICA DE CUATRO AÑOS Y SIETE MESES POSESTALINIANOS

El 1 de marzo de 1953, más o menos cuando la gente salía del Teatro de la Opera de Moscú, un derrame cerebral paralizaba el brazo y la pierna derecha de Stalin. En la fortaleza del Kremlin se provocaba un aislamiento total. Los centinelas se reforzaban, y ninguna persona tenía acceso, salvo un grupo reducidísimo, a las fuentes de información. Hasta el 4 de marzo no se dió ninguna noticia oficial. Esta se produjo, históricamente, a las ocho de la mañana: «En la noche del 1 al 2 de marzo—decía la radio—, mientras se encontraba en su residencia de Moscú, Stalin sufrió un derrame cerebral que afecta a regiones vitales del cerebro. Ha perdido el conocimiento...»

«Pravda», donde Chepilov estaba de redactor-jefe, tenía paradas las máquinas esperando que llegara, por escrito, una comunicación oficial firmada nada menos, que por el Comité Central del partido y los ministros. El periódico salió con cuatro horas de retraso. En los quios-

cos se colocaban de manera visible los ejemplares. Colas silenciosas de compradores—según un testigo presencial—se hicieron en todas las esquinas donde se vendían.

A las cuatro de la tarde del día 5 la tensión de los boletines aumentaba. A las 9,50 de aquella noche, jueves, Stalin deja de existir. Pero hasta la mañana siguiente no se dieron las categóricas palabras: «el corazón de Stalin ha dejado de latir». Con esas horas de diferencia se ganó un tiempo precioso: los tanques de Beria dominaban los puntos claves de la ciudad.

Y desde este instante, de acuerdo con las leyes permanentes, y nunca desmentidas de la realidad rusa, comenzó la batalla por los resortes del Poder. Doscientos mil soldados controlaban, una por una, todas las calles que llevaban a la Plaza Roja. El domingo siguiente se exponía su cadáver al público. En el Teatro de la Opera, lleno completamente, se representaba «Boris Godunov».

Ya estaban en línea, en torno al féretro, los herederos. Primero, Malenkov—el Delfín—; después, Beria, e inmediatamente Molotov. Por ese orden, al menos, se pronunciaron los discursos.

¿Algo decisivo? Beria, que sería la primera víctima, rindió homenaje al heredero oficial. Molotov, sin embargo, no hizo la menor alusión a Malenkov.

La lucha comenzó inmediatamente. Primero se centró en una campaña contra Stalin. Al mes los elogios habían sido cortados casi totalmente. En Moscú, en el mayor misterio, se susurraban noticias extrañas. Una de ellas, un rumor más, decía que Stalin había sido asesinado. ¿Dónde nació la noticia? A la gente no podía extrañarle nada, pero acaso el rumor creciente nació a los pocos días, cuando un periódico de Moscú, en unas líneas perdidas, publicaba la muerte repentina del médico y profesor Arsenli Vasilievich Rusakov, uno de los doctores firmantes del informe «posmortem».

LA LUCHA BERIA-MALENKOV DA SU OCASION A KRUSTCHEV

La guerra se desencadena, en principio, entre los más fuertes: Malenkov y Beria.

El jefe de la Policía secreta, espina dorsal del tremendo y terrible sistema staliniano, es envuelto en una red de acontecimientos de los que destaca, como todo el mundo sabe, aquel famoso «affaire de los médicos».

No obstante, para mejor comprender el panorama de la situación, conviene situarse en el plano mismo del hombre moscovita. ¿Qué le dijeron a éste después de la muerte de Stalin?

Veinticuatro horas después de haberse anunciado la muerte de Stalin, después de una reunión común del Comité Central del partido, del Presidium y del Consejo de ministros, se hacía pública la nueva lista del Gobierno:

Malenkov, jefe del Gobierno. Molotov, a Exteriores.

Beria, al Interior. Bulganin, al ministerio de la Guerra.

Vorochilov, a la Presidencia de la Unión Soviética.

¿Y el mariscal Zukov? Su nombre aparecía, con el del mariscal Alexander Vassilevski, en categoría de diputados del Ministerio de la Guerra, especie de viceministros.

LA APARICION EN ESCENA «DEL PEQUEÑO PINYA»

Como de costumbre, el resorte verdadero del Poder seguía permaneciendo en la Secretaría del partido comunista. Desde ese puesto había gobernado Stalin. Malenkov, naturalmente, se reservó también el puesto..., pero sólo por unos días, porque el 17 de marzo, Malenkov renunciaba «a petición propia»—según Radio Moscú—, dando su voto a Nikita Krustchev para el mismo cargo. Así entraba en escena, como tercero en discordia, el «pequeño y humilde Pinya, no muy bien educado».

La lucha desencadenada entre Malenkov y Beria obligó a guardar un equilibrio. Que Malenkov reuniera la jefatura del Gobierno y la Secretaría era tanto como señalarse el dictador absoluto. No hay que olvidar que Stalin, hasta la guerra, hasta 1941, no había tenido otro cargo que el de secretario del partido. Se escogió al ruso Krustchev, a «Pinya», pensando recuperar pronto, una vez eliminado Beria, la rectoría del partido. Pero las cosas no rodaron así.

Beria y Malenkov sostienen no sólo en Moscú, sino a lo largo de todo el país, una batalla de depuraciones y de ocupación de puestos claves. El ministro del Interior, Beria, coloca a sus hombres. En cinco meses se producen tres depuraciones en alta escala. El 10 de julio, Beria es detenido y acusado de traición.

En Georgia, patria de Stalin, una serie de detenciones y arrestos termina con la oposición de los stalinianos, sobre cuyas espaldas se echa el peso del terror de los últimos treinta años.

El 23 de diciembre, Beria es ejecutado. El «número 2» había dejado de ser un enemigo. Para luchar contra Beria había tenido que abrir la campaña contra los stalinianos. A las espaldas de Malenkov estaban, en difícil postura, dos hombres claves dispuestos a entrar en lid: Molotov y Kaganovich.

Detrás estaba Krustchev, cuñado de Malenkov, que desde septiembre—al iniciar su campaña contra los «serios defectos» de la agricultura, se había colocado en el primer plano. ¿Y el Ejército?

EL EJERCITO DE LOS MARISCALES INTERVIENE EN LA POLITICA

Desde marzo a la caída de Beria—julio—y desde esta fecha a la de la ejecución del ministro del Interior y de seis de sus «agentes», el Ejército ruso es extraído del anonimato para ocupar una misión especial: de contrapeso frente a las fuerzas de la Policía y de la oposición. Se elige con mucho cuidado a dos mi-

litares comunistas: Bulganin, que es el mariscal de los ascensos políticos y Vorochilov. Para dar mayor énfasis a la oposición se ha hecho venir desde su destierro de Oremberg al mariscal Zukov, uno de los prestigios de la segunda guerra mundial y enviado a aquel lejano puesto y casi borrado de la memoria de las gentes por decisión personal de Stalin.

Su regreso, inmediatamente debajo de Bulganin, parece indicar un esfuerzo de equilibrio: dos militares de fama, Zukov y Vasilevski, van al Ministerio de la Guerra, con lo que se calma a las fuerzas armadas, temerosas de una depuración «bulganiana», ya que éste, en el Ejército, pasa por ser el comisario político número 1 del partido en el Ejército. De todas formas, el regreso de Zukov es considerado como la presencia de un moderado en el Poder. Los aliados extendieron el gran «slogan» publicitario de que era un buen amigo de Eisenhower. Una atmósfera optimista, pues, en torno a él. «La hora de los mariscales», decían en Washington.

KRUSTCHEV DERROTA A MALENKOV Y A LA OPOSICION CON LA COOPERACION DE ZUKOV

La batalla entre Malenkov y Krustchev es una historia sinuosa que tiene en el fondo un protagonista: el propio Stalin. Se desencadena contra éste—al «pobre y humilde, Pinya», Stalin le había hecho bailar en una ocasión, para que hiciera el ridículo, ante un grupo de invitados—una tremenda campaña antiestaliniana, que busca a la vez dos objetivos: ganar la cooperación de las masas, de un lado, y entretener a Occidente, con la esperanza de un cambio de actitud de los nuevos dirigentes rusos. En el fondo—como Stalin había hecho en su larga campaña contra el trotskismo—no se trata de otra cosa que de eliminar a la oposición. Ese es el gran juego, ya que, en sustancia, los procedimientos son los mismos—se dirá que hasta ahora los procesos, salvo en el caso de Beria no han ido más allá de las destituciones fulminantes y el desprestigio de los derrotados, además de su destierro; pero se olvida que la lucha de Stalin por el Poder dura quince años, desde 1924 a 1939, y que sólo en la última parte comienzan aquellos terribles y espectaculares juicios que eliminan a toda la vieja guardia y al Ejército—, y Malenkov y Krustchev lo saben.

¿Lo sabían Zukov y los mariscales? En el período que va de 1953 a 1956, la lucha entre los dos «clanes» políticos, el del jefe del Gobierno y el del partido se va inclinando, lentamente primero, y apresuradamente después, en favor de Krustchev. El Ejército comienza a inclinarse abiertamente en su favor.

Si contra Beria se había creado el proceso de «dos criminales de la blusa blanca», los médicos comprometidos a la eliminación de los personajes del Kremlin, contra Malenkov se inició la aclaración de las depuraciones de Leningrado, entre 1948-49, que culminaron en una serie de des-

apariciones y muertes. El que el general Víctor S. Abakumov, criatura de Malenkov, fuera fusilado, revela cómo los tiros mataban ya la posición del «premier», que pronto, igual que en marzo de 1953, renunciara a la Secretaría del partido, se veía después obligado en 1955 a abandonar la jefatura del Gobierno. Bulganin ascendía al puesto; la dictadura colegial parecía todavía florece en los dos hombres, pero la lucha continuaba. Zukov ascendía a ministro de la Guerra. Así comenzaba un nuevo juego.

KRUSTCHEV SE CALZA LAS BOTAS DE STALIN

Desde el XX Congreso del Partido — marzo de 1956—, la campaña de la «desestalinización» se hace oficial, publicándose el informe de Krustchev sobre los crímenes stalinianos, pero que tiene, como la campaña anterior contra la «deificación de Stalin», todo el carácter de continuar la batalla contra la oposición, en este caso «staliniana». Para no perder pie, unos días después de Krustchev, Malenkov —29 de marzo de 1956— ataca a su vez violentamente a Stalin.

Ninguno de esos compromisos tácticos elude la gran cuestión: Krustchev, calzadas las botas de Stalin, quiere el Poder absoluto.

Los primeros meses del año 1957 son de creciente crisis en la economía. Krustchev presenta un plan general de descentralización económica que encuentra — en mayo — un silencio helado como aprobación en la reunión del Comité Central. Malenkov y Molotov son incapaces de hacer frente a sus movimientos, pero la oposición es clara y notoria. Estamos ya, en cierto modo, de cara al último cuadro: el 4 de julio el mundo se enteró de que Molotov, Malenkov, Kaganovich, Chepilov, Saburov y Pervukin son destituidos como miembros titulares del Presidium. Una campaña posterior aclara que los tres primeros, y más débilmente Chepilov — los cuatro serán desterrados o alejados a miles de kilómetros de Moscú—, estaban organizando un «antipartido».



El mariscal Malinovsky, que ha sustituido a Zukov en el Ministerio de Defensa

En el nuevo Presidium, Krustchev es dueño y señor. Hombres de su plena confianza ocupan, cuando menos, la mayoría. El mariscal Zukov, que era miembro suplente, pasa a ser miembro efectivo del Presidium. Se consagra así la colaboración especial del Ejército en el nuevo golpe de Estado. Zukov votó en favor de Krustchev en el Comité y anunció públicamente en una alocución a las fuerzas armadas que el Ejército le apoyaba.

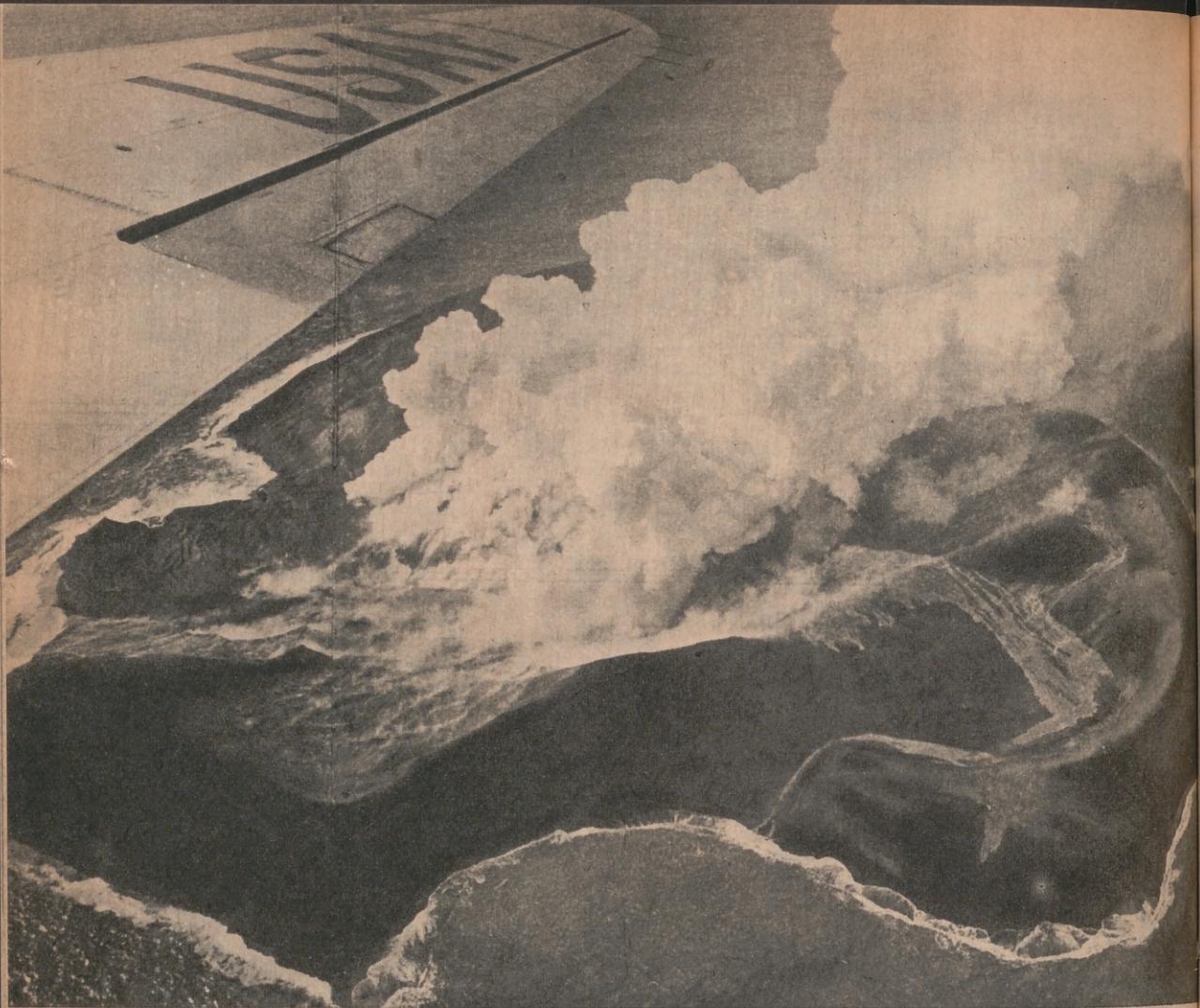
La cadena de acontecimientos se precipitaba, necesariamente, a un final lógico. En estos cincuenta y cinco meses se ha librado una batalla terrible por el Poder, y en octubre de 1957 no quedaba frente a Krustchev otra fuerza que el Ejército. Lo que ha ocurrido, si no es sorprendente es, al menos, tremendo. El mismo hombre que colaboró decisivamente en su ascenso se encuentra ahora acusado, como los anteriores vencidos de julio, bajo el signo de la traición. Destituido del Presidium y del Ministerio de la Guerra; alejados de Moscú mariscales como Rokossovsky — enviado a la región transcaucásica—, Zukov se ha encontrado a su regreso de una misión como embajador extraordinario, con el golpe de Estado fallado contra él. Zukov, que no sólo ha colaborado con Krustchev frente al «antipartido», tiene la responsabilidad de haber aceptado el planteamiento sangriento de la represión de Hungría. Todos los destituidos hasta ahora han recibido cargos nuevos que, de una forma u otra, eran la consagración de su «desgracia política». ¿Qué cargo dará Krustchev al mariscal Zukov?

MALINOVSKY, VIEJO COLABORADOR DE KRUSTCHEV

En cuanto al heredero de Zukov, el mariscal Rodion Y. Malinovsky, de cincuenta y nueve años y miembro del Comité Central del partido desde 1952, no ha estado mezclado nunca en conflictos «internos»; pero como comandante del Ejército de Stalingrado y de uno de los «frentes» ucranianos, ha colaborado estrechamente con Krustchev, que era, entonces, delegado de esta región. Alejado mucho tiempo de Rusia, fué el general que mandaba las tropas rusas en Manchuria durante la guerra de Corea.

He aquí, por tanto, casi cronológicamente la historia de una batalla antiestaliniana para ponerse, al fin, las botas de Stalin. Las reacciones que en un lado o en otro se produzcan cerrarán o abrirán capítulos nuevos en la biografía de Nikita Krustchev. De todas formas, estamos ante posibles y desconcertantes cambios en la política rusa. El día 6 de noviembre, reunión del Soviet Supremo. Estos días, casi reunión permanente del Comité Central.

Enrique RUIZ GARCIA



SURGE UN VOLCAN, NACE UNA ISLA

SEIS KILOMETROS CUADRADOS DE TIERRA NUEVA EN MEDIO DEL ATLANTICO

LLUVIA DE GENIZAS EN EL ARCHIPIELAGO DE LAS AZORES

A las trece horas, hora local, del día 12 de octubre de 1957, un grupo de cinco personas desembarca en una isla. Aparentemente, el hecho carece de importancia, pero la circunstancia de que esta isla haya surgido del mar en el breve espacio de unas horas es lo que da novedad al desembarco.

José Ilharco, uno de los que desembarcan, cuenta cómo fué la «toma de tierra» en el «Diario de Noticias», un periódico portugués:

«Por casualidad descubrí que mi camarada Urbano Carrasco iba a intentar ese desembarco en compañía de un operador de la TV. Yo, enterado, seguí por la playa del Varadouro al barco en el cual iba él a llevar a cabo su tentativa. Allí, en la playa, una barca se preparaba para largar con dos faialenses valientes, Carlos Peixoto y Manuel Duarte. Les pedí que me dejaran ir con ellos, y accedieron.

»Desde la playa del Varadouro al volcán hay apenas cinco millas, cuatro de las cuales recorri-

mos como en un paseo (en el fondo, en el fondo, poco más que un paseo ha sido esta gran y auténtica aventura). Pero nos costó un poco más de trabajo recorrer la última milla. Al aproximarnos al volcán y al desembocar en el islote, una lluvia torrencial de cenizas cayó sobre nuestra embarcación. Pasase lo que pasase, resolvimos no desistir. El monstruo, visto de cerca, no nos daba tanto miedo como visto desde lejos. A veces, grandes chorros de agua lanzados desde el fondo del cráter irrumpen y baten estruendosamente en las laderas del volcán. En pocos segundos teníamos la cara y las ropas cubiertas de cenizas.

»Al mismo tiempo, el otro barco, con mejor suerte, alcanza primero la tierra o, mejor, el lecho de escorias y de cenizas que forman la isla.

»En ese momento decidimos alcanzarla a nado, y así lo hicimos. Y un poco más tarde todos nos abrazamos, sucios y mojados pero alegres, en torno a la bandera

portuguesa, plantada ya por Carrasco a veinte metros de la orilla, en la playa que precede a la gran vertiente elevada del volcán.

»No tenemos que perder tiempo porque ruge amenazadoramente. En poco tiempo, apenas una docena de brazadas, conseguimos Peixoto y yo llegar hasta nuestra barca, seguidos de Duarte. Pero la lancha de Carrasco, algo lejos de la nuestra, ha encallado y le cuesta trabajo volverla al mar. Al mismo tiempo el volcán ruge más fuertemente, como si quisiese castigarle a él y a Tudela (operador de la TV.) por tamaño atrevimiento. Entonces fué cuando sentí miedo; miedo por ellos dos. Pero Manuel Duarte se lanza al mar y acude en su ayuda y, después de esfuerzos desesperados, vuelve a flotar la barca. Reman ellos, vuelve Duarte a nuestra lancha y tomamos el largo. El volcán deja, sorprendentemente, de vomitar lava como si estuviese vencido.

»Estamos ateridos y con las ro-

pas mojadas pegadas al cuerpo, pero muy contentos.

«Cinco portugueses acababan de pisar una nueva tierra portuguesa por primera vez.»

En el 12 de octubre, aniversario del descubrimiento de un Continente, cinco hombres repiten el gesto del desembarco en una tierra nueva. Es quizá un símbolo y nada más que eso, pero la isla es una muestra de esa tierra nueva y vieja al mismo tiempo, que aparece y desaparece de cuando en cuando sobre la superficie del mar.

NACE UN VOLCAN, NACE UNA ISLA

Los movimientos de la corteza terrestre dislocan ésta y dan lugar a fallos y grietas de mayor o menor amplitud y extensión. Grandes o pequeñas superficies, depende de la magnitud del fenómeno, se deslizan unas sobre otras, se elevan o descienden y parece que la tierra es un juguete en manos de gigantes seres invisibles.

De vez en cuando uno de estos corrimientos, una de estas dislocaciones sucede en un lugar en el que el vulcanismo tiene gran actividad, y entonces surge el cono de lava y el penacho, sucio de día y rojo de noche, que señala la presencia de una enorme e incontrolable fuente de energía: el volcán.

Las zonas en las que éstos se manifiestan están bien determinadas: el cordón del Pacífico, el Mediterráneo, que se prolonga hasta el Atlántico y la Tierra de Fuego. Lo que sucede cuando un volcán entra en erupción no es cosa de describirlo aquí. Más o menos extensamente, todo el mundo ha oído hablar del Vesubio, del Etna, de la ciudad de Pompeya, del Krakatoa, del Fujiyama..., de otros muchos que a lo largo de la historia del hombre han sacudido la tierra sembrando el pánico y la muerte. La acción de unos está ya perdida en el tiempo de los hombres, pero es apenas ayer en la medida geológica de la Naturaleza, que no tiene reloj ni calendario ni manos y cuenta sus días por milenios y sus Eras por millones de años.

Cuando el volcán surge en el fondo del mar por levantamiento de éste, se forma la base invisible de una isla que poco a poco, a medida que el cráter submarino arroja lava y materias y éstas se van solidificando, comienza a elevarse hacia la superficie. Muchos de estos volcanes mueren o se duermen antes de asomarse a la luz del sol, y así esperan años y años, cientos, quizá miles, hasta que una nueva erupción hace que su boca negra y redonda asome por encima de las olas. Entonces la montaña submarina asoma apenas la cúspide sobre el mar y nace la isla. En líneas generales, así ha nacido esta nueva isla en las Azores.

CUANDO LLUEVE PIEDRA SOBRE LA TIERRA

Pero los partos son siempre do-

Las cenizas cubren las comarcas cercanas al volcán en la isla de Faial

lorosos. El día 6 el cráter tenía proporciones y aspecto impresionantes.

En un vuelo arriesgado, el primer teniente Cirne de Castro pasó a treinta metros en vertical sobre el volcán, que tiene en ese momento una emisión de gases muy activa. Sus informes han sido precisos, exactos.

—Se ha formado una chimenea de garganta muy estrecha y por eso la lava sale ahora con más fuerza que nunca.

Durante la noche del 5 al 6, seis erupciones consecutivas atronaron el aire. Entre las escorias y la lava se ven enormes pedruscos lanzados a altura impresionante, como si fuesen simples granos de arena. En Horta, población situada en las cercanías del volcán, el vecindario se mantiene alerta. Por fortuna el viento se mantiene favorable y de momento no existe peligro de que las cenizas lanzadas por el cráter calgan sobre la ciudad. El día 6 caen por vez primera, expelido por la estrecha chimenea del volcán, bloques de piedra que se estrellan en la calle de Porto Comprido. Sustos, carreras, gritos. Pero no hay víctimas. Los pedruscos se deshacen al chocar con el suelo y algunos pedazos rompen cristales. Afortunadamente, poca cosa, la gente mira al cielo y a las nubes. El viento es Sudeste. Y la población respira relativamente tranquila.

El noveno día de erupción del volcán de los Capelinhos, lo ha señalado la gente en su memoria como el de la caída en la isla de las piedras lanzadas por el cráter. Las explosiones y erupciones duran media hora, con un intervalo de cuarenta y cinco minutos entre cada una de ellas. En la isla, junto al faro, se agrupan los curiosos. Las piedras hicieron añicos los cristales del faro. Hubo un momento de emoción y confusión. Después se hizo recuento: no había heridos. Hasta ese instante, el volcán había arrojado de 100 a 150 millones de toneladas de materiales.

LA MALDICION DE CAPELO

Como sucede siempre, hay quien toma las manifestaciones de la Naturaleza, erupciones, terremotos, sequías o inundaciones, como un castigo del cielo.

Los habitantes de las Azores no iban a ser una excepción, y la leyenda, siempre hay una leyenda, salió a relucir, desempolvada y actualizada entre erupción y erupción.

La población de Capelo, Belevas y Praia do Norte, que abandonó sus hogares por temor a la lluvia de cenizas y las explosiones violentas, comienza a regresar en este mismo día 6.

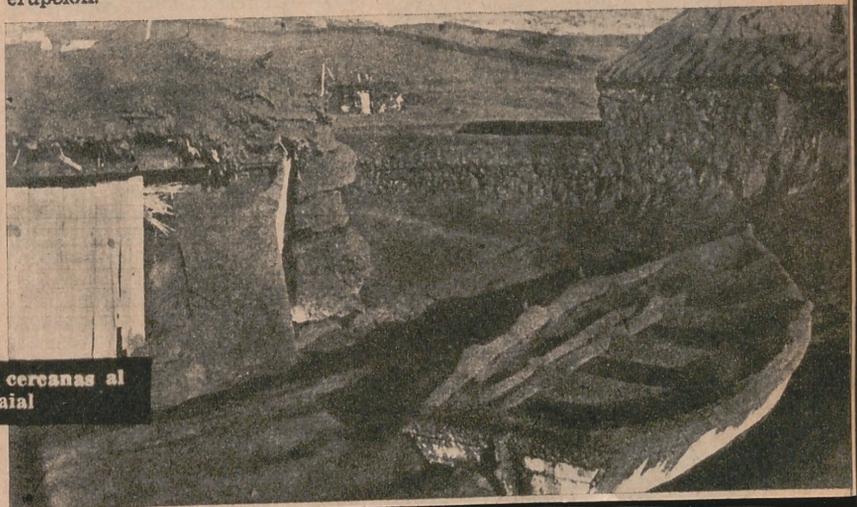
—Es la maldición del volcán —decían las mujeres, cuando miraban con ojos rojos de llanto las casas, las tierras y las playas donde tenían su ganado, sus cosechas, sus barcas, sus redes...

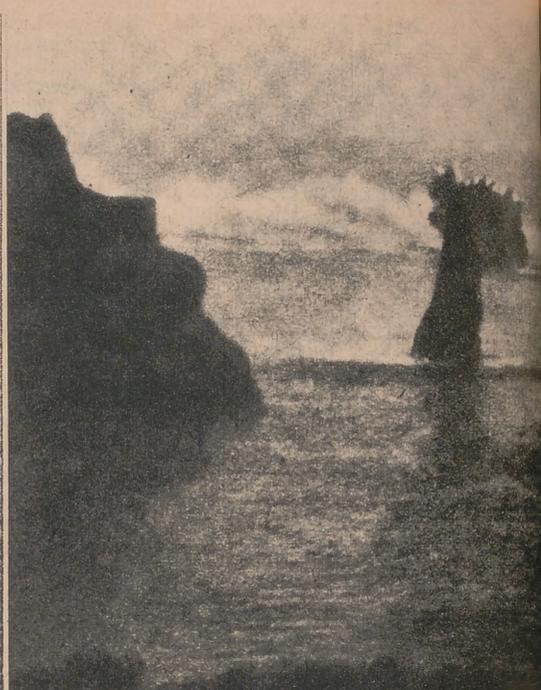
Manuel Souto, de la feligresía de Capelo, viejo marino de setenta y dos años, acompañado de su hijo Juan, de cincuenta, y de su nieto Francisco, de veinte años, llegó a Horta y pidió al administrador del consejo que mandase recoger todo su ganado, no era mucho por cierto, y que lo sacrificasen en el matadero municipal para repartir la carne entre los necesitados. Explicó que el ganado moriría de hambre si no resultaba víctima de la furia del volcán. Su abuelo le decía siempre que la feligresía de Capelo estaba maldita y que sería enterrada bajo la lava.

El ganado no fué abatido. El hombre, generoso por miedo, quizá por fatalismo, lo va a ver cada día en los pastos de la Junta General, a donde lo llevaron. El éxodo, que había empezado de nuevo empujado por la maldición del Capelo, se detuvo cuando las autoridades explicaron que no había peligro inmediato. Sin embargo, la sombra del volcán se proyecta sobre una teoría de situaciones semejantes clavadas en el instinto y en la tradición, y las gentes no se sienten tranquilas. Hay una maldición sobre Capelo.

En la memoria de todos están esas terribles historias que se transmiten de generación en generación desde 1672, fecha en que tuvo lugar la erupción volcánica del Cabezo de Silva, que hoy se llama «Cabezo del Fuego». Todos hablan de las veinticuatro oleadas de lava que arrasaron las feligresías matando personas y ganado. Todavía hoy, en muchos sitios, se cumplen las promesas que se han hecho al Espíritu Santo y a Nuestra Señora de la Esperanza (cuya iglesia fué destruida por la erupción de 1672) en los primeros días de actividad volcánica. A los niños se les asustaba con el volcán. Para ellos no existe el coco. «Que vuelve el volcán», es de más efecto que un cuarto oscuro o unos azotes.

Hay hombres que se muestran tranquilos y decididos. Francisco Goulart, un viejo pescador de ochenta y seis años, nacido en Sitio do Norte, llegó a Horta el día 29 por la mañana acompaña-





do por sus hijos, nietos y biznietos.

—No huyo, no abandono mi casa—decía.

En la ciudad, paseó un rato, se confesó y comulgó, hizo testamento y luego estuvo con unos amigos. Por la tarde regresó a casa.

—No quiero morir lejos de lo que mis abuelos me dejaron, de lo que, pido a Dios, puedo dejar a mis hijos.

LA CIENCIA, EN PRIMERA LINEA

A las diez de la noche la casa en la que está instalada la misión científica en Capelo brilla como un ascua. Todas las luces están encendidas. Nadie duerme. Hace frío y la luna arranca del mar brillos de plata. A lo lejos se distingue perfectamente un barco iluminado. El volcán duerme, las nubes bailan en el viento. Una noche serena, tranquila, con esa tranquilidad engañosa del peligro oculto.

Dos horas más. La luna se ha ocultado tras las nubes. El volcán despierta. Las explosiones son más violentas que nunca y vienen esta vez acompañadas de rayos y truenos. La «casa de la ciencia» se agita. Los científicos vigilan, estudian, hacen fotos. El cráter del nuevo volcán de las Azores es tres veces mayor que el del Vesubio. En una entrevista concedida al «Diario Insular» Horta, el profesor Orlando Ribeiro ha declarado:

—Las islas atlánticas no son las cimas de las montañas de un continente tragado por el mar. Antes al contrario, son todas islas bien oceánicas, nacidas del mar por la acumulación de productos eruptivos a partir de un área de profundidades medias.

El fenómeno es comparable, por sus manifestaciones, al de la isla del Fuego, y podrá, tal vez, detenerse dentro de quince o veinte días, pero también puede cesar repentinamente o continuar por tiempo indefinido. Un grupo de

Cuatro momentos del nacimiento de la isla. Los islotes vecinos dan una idea exacta del avance de la erupción y la formación de la nueva tierra

hombres de ciencia, periodistas, hombres de la radio y la TV, embarcarán en el patrullero «Santo Tomás» para observar de cerca la erupción. El velero ruso «Zarya», permanece todavía en aguas portuguesas, autorizado debido a la misión científica que desempeña, a hacer la aguada en Punta Delgada.

A estas alturas, la erupción está coronada por una enorme nube blanca que alcanza los 1.500 metros de altura. El islote tiene una forma aproximadamente circular, con la vertiente más elevada en su parte Oeste, debido a que es allí donde caen más cenizas empujadas por el viento.

ULTIMA ORDEN: MOVILIZACION GENERAL

Todo parecía anunciar la calma. Nada hacía prever lo que sucedió después. Pero la Naturaleza tiene caprichos.

Cambió el viento y comenzó a llover. Era un verdadero diluvio de agua lo que caía sobre la tierra clavada en el Atlántico. Y mezcladas con la lluvia, caían cenizas sobre gran parte de la isla, llevando el miedo a muchos hogares y destruyendo completamente todos los cultivos. Era como si el cielo vertiese sobre la tierra torrentes de tinta negra.

La misión científica dió la voz de alarma. El gobernador decretó la movilización general e inmediatamente comenzó la evacuación. Unos se fueron por las buenas; otros, por las malas. Un viejo de ochenta y cuatro años, Manuel Jacinto, y su mujer, tuvieron que ser sacados de sus casas a la fuerza.

Los campos, los tejados, todo aparece cubierto por una capa negra de varios centímetros de espesor. No ha quedado ni un árbol, ni un arbusto. No se ven los caminos. Toda la zona afectada fué evacuada ordenadamente;

más de mil personas han tenido que dejar sus hogares. Junto al faro, un automóvil, medio enterrado en cenizas, tuvo que ser sacado de allí con ayuda de una yunta de bueyes. Un círculo de once kilómetros de radio ha sido marcado en rojo alrededor del volcán sobre los mapas. Ni barcos, ni aviones, ni personas deben pasar de ese límite.

Entre tanto, comenzaba a llegar ayuda. Se prohibió beber agua debido a la saturación de amonio que presentaba. Del Portugal continental se enviaban socorros. La misión científica volvió a embarcar en el «Santo Tomás». Cuando regresó dió nuevos datos:

—El islote formado por las cenizas y escorias tiene a adquirir forma redonda. Tiene un diámetro de 800 metros y una altura de 99. El cráter, abierto en la parte Sudeste, tiene 100 metros de anchura. El agua del mar en esa zona mantiene una temperatura de 27 grados centígrados. Las explosiones son ahora menos violentas y mucho más espaciadas, y la ceniza continúa cayendo, si bien con ritmo más moderado.

Pero los habitantes de Capelo encuentran todo extraño e inexplicable. Los viejos recuerdan las palabras de sus abuelos, que hablaban de la gran maldición que pesa sobre aquella parte de la isla.

—La maldición —dicen— se va a cumplir. La leyenda se va a convertir en realidad.

El volcán ha vuelto.

UN NOMBRE BAJO LA ARENA

A los quince días justos de su aparición sobre la superficie del mar, el volcán ha comenzado a lanzar millones de toneladas de arena.

El operador Carlos Tudela no ha podido filmar más que quince metros de película; debido a la acción del agua o a la de la lluvia de arena, su máquina se atascó y no pudo hacer que funcionase de nuevo. La arena lo llena todo, cae sobre todo, penetra en todas partes. Todos cuantos viven pendientes del volcán, por uno u otro motivo, ya empiezan a estar cansados.

Hubo un momento de calma, uno de esos intervalos durante los cuales el volcán descansa. Y se tomaron cientos de fotos. La primera imagen de la isla nueva daba idea de su tamaño. La recién nacida ya se había unido a los Capelinhos, formando un todo con ellos.

Pocos días después se la bautizaba: Nueva. La isla Nueva tiene además ya cinco propietarios. El gobernador, Freitas Pimentel, afirmó que si la isla se mantiene y no desaparece de nuevo bajo el agua, los cinco expedicionarios que colocaron en ella la bandera portuguesa son sus primeros propietarios. Y esto parece muy probable, pues lo que las olas se traigan el volcán lo compensa inmediatamente arrojando miles de toneladas. La isla sigue creciendo. Las explosiones continúan intensamente, pero son más espaciadas.

—No es natural que se mantenga—dicen.

Pero la isla sigue aumentando.

FUNERALES POR UN VIVO

El día 14 partió para isla Nueva la segunda expedición. En ella iba Gerard Gery, fotógrafo del «Paris Match».

A mediodía, el fotógrafo partió en una lancha acompañado por un periodista, Carlos Peixoto, y Manuel Duarte. Hora y media después desembarcaban en el islote grande de los Capelinhos, que ya forma parte de la isla. Inmediatamente echaron a correr, subiendo por la ladera del volcán. Este tuvo una tremenda explosión, escupiendo enormes pedazos de basalto, que descendían a ve-

locidad de vértigo por las laderas camino del mar. Desde tierra veían las piedras rodar y a los cuatro hombres huir. El fotógrafo francés no desistió. Se veía perfectamente su silueta subiendo sin cesar.

Llegó a la cima y desapareció por la vertiente interior del cráter. En ese momento, el volcán entró en actividad de nuevo. En la isla de Faial, junto al faro, la gente rezaba por el hombre, y alguien apuntó la idea de una misa o un funeral por su alma. Todos lamentaban su muerte. Luego, de pronto, le vieron otra vez de pie sobre la cresta del cráter. Un instante más tarde, rodaba como una pelota ladera abajo, protegiendo su máquina con el cuerpo, completamente negro. Cuando llegó a tierra, el funeral fué suspendido. En su máquina, los científicos y los periódicos tienen material sobrado y exacto de cómo «vive» el volcán que se está construyendo una isla.

LA INCOGNITA DE UNA ISLA

Cuando decretó de nuevo la actividad del volcán, una Misión científica pasó a la isla para estudiar sobre el terreno. Pudieron determinar el espesor de la capa de cenizas, así como su temperatura, que oscila entre los 70 y los 300 grados centígrados, a profundidades de 10 y 70 centímetros, respectivamente.

Después, una nueva explosión sacudió la isla. La mayor desde que el volcán empezó su actividad, y una nueva lluvia de ceniza cayó sobre la zona comprendida desde Capelo hasta Norte Pequeño, oscureciendo el cielo y transformando el día en noche oscura.

La Misión geológica y los trabajadores rurales queraron aislados por las cenizas. La explosión fué oída en toda la isla.

Desde entonces hasta hoy, si guen produciéndose con igual

violencia las erupciones del volcán submarino, pero sin causar isla tiene ya una superficie de daños en las zonas evacuadas. La más de seis kilómetros cuadrados y su punto más alto se eleva a 250 metros sobre el nivel del mar.

Las pérdidas son enormes; decenas de millones de escudos. El ganado está siendo evacuado de las islas próximas a bordo del «Terseirense», y en el ánimo de todos flota una pregunta que repiten miles de bocas:

—¿Podrá cultivarse en la isla?

Si es así, las pérdidas se verán compensadas en pocos años. El análisis de las cenizas, la escoria y la lava dirán la penúltima palabra. La última, como es lógico, la dirá el volcán. Hoy por hoy, la isla es una incógnita, un misterio, sencillo y complicado a la vez, pero siempre enormemente grandioso, como lo es todo aquello en que interviene la Naturaleza.

En el Atlántico se ha abierto un signo de interrogación escrito con basalto. La respuesta la dará el tiempo.

G. CRESPI

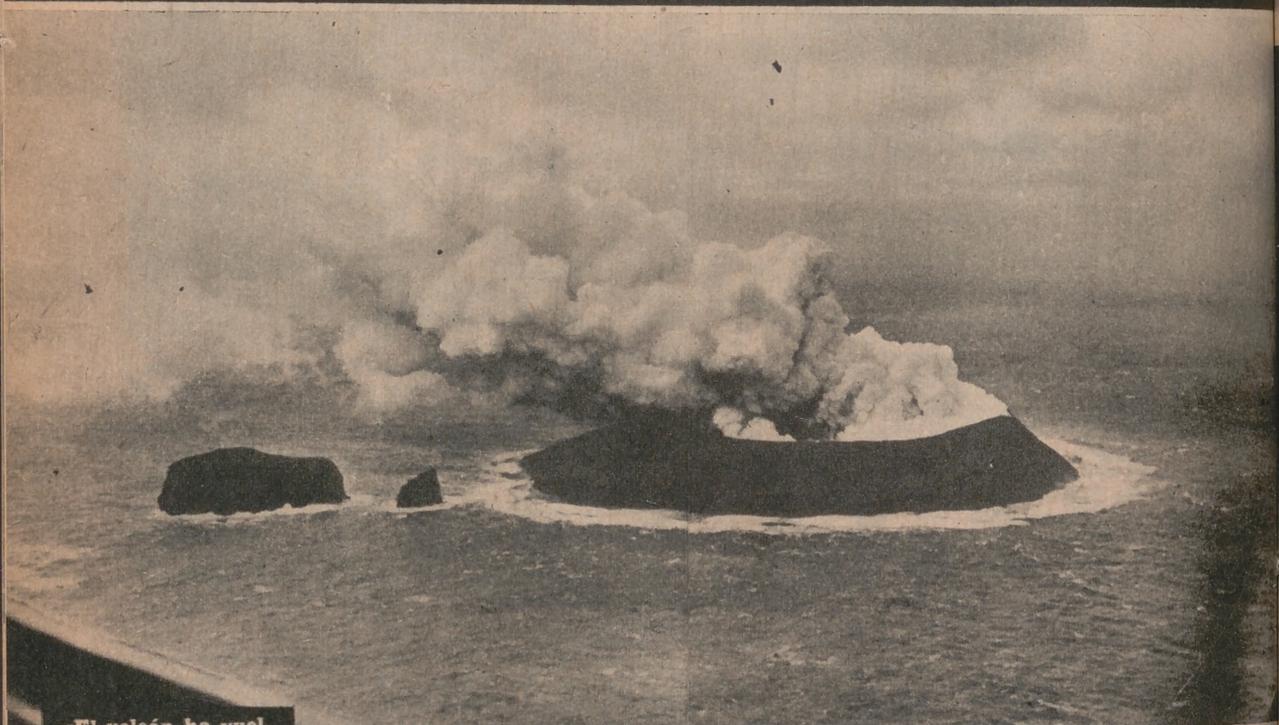


El espesor de la capa de ceniza sobrepasa el medio metro

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 3,00 ptas. - Suscripciones: Trimestre, 38 ptas.; semestre, 75; año, 150



«El volcán ha vuelto», dicen los pescadores de Faial. Y la isla nueva sigue creciendo. A los quince días de edad (arriba) tenía ya una altura de 99 metros sobre el nivel del mar. Dos días después (foto inferior) se encontraba ya ligada a los Capelinhos (A y B) y sólo cinco millas la separan de la isla de Faial (C). (Más información, en la página 60.)

SURGE UN VOLCAN, NACE UNA ISLA

SEIS KILOMETROS CUADRADOS DE TIERRA NUEVA EN MEDIO DEL ATLANTICO • LLUVIA DE CENIZAS EN EL ARCHIPIELAGO DE LAS AZORES

